

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, TRADUCCIÓN DE LAS HOMILÍAS XXXIX DE ORÍGENES SOBRE EL EVANGELIO DE LUCAS, A PAULA Y EUSTOQUIO. (C)

Prólogo.

Hace pocos días dijisteis haber leído los Comentarios de algunos sobre Mateo y Lucas, de los cuales uno era torpe tanto en ideas como en palabras; el otro jugaba con las palabras y dormía en las ideas. Por ello, pedisteis que, despreciando tales tonterías, al menos interpretara las treinta y nueve homilías de nuestro Adamancio sobre Lucas, tal como están en griego: una tarea molesta y similar a un tormento, escribir para un estómago ajeno y no el propio, como dice Tulio: sin embargo, lo haré ahora porque no pedís cosas más sublimes. Pues aquello que en otro tiempo la santa Blaesilla en Roma había solicitado, que tradujera a nuestra lengua los veinticinco tomos de él sobre Mateo, y otros cinco sobre Lucas, y treinta y dos sobre Juan, no está ni en mis fuerzas, ni en mi ocio, ni en mi labor. Veis, pues, cuánto valen para mí tanto vuestra autoridad como vuestra voluntad. He dejado de lado por un momento los libros de Cuestiones Hebraicas, para dictar a vuestro arbitrio estas obras lucrativas, cualesquiera que sean, no mías, sino ajenas: especialmente cuando escucho a un cuervo agorero croando desde la izquierda, y riéndose de manera extraña de los colores de todas las aves, cuando él mismo es completamente oscuro. Confieso, pues, antes de que él objete, que en estos tratados de Orígenes juega como un niño con talis: otras son sus obras viriles, y otras las serias de su vejez. Si os place, si puedo, si el Señor me da permiso para traducirlas al latín, y he completado la obra omitida antes, entonces podréis ver, o más bien, la lengua romana conocerá, cuánto bien ignoraba antes y ahora ha comenzado a saber. Además, he dispuesto enviaros en pocos días los Comentarios del elocuentísimo Hilario y del bienaventurado mártir Victorino, que publicaron sobre Mateo con diferente estilo, pero con una sola gracia del espíritu; para que no ignoréis cuánto estudio de las Sagradas Escrituras hubo antaño también entre nuestros hombres.

COMIENZAN LAS XXXIX HOMILÍAS SOBRE LUCAS, DICHAS EN LOS DÍAS DOMINICALES.

HOMILÍA I. En el prólogo de Lucas hasta el lugar donde dice: Escribirte, excelentísimo Teófilo.

Así como en otro tiempo en el pueblo de los judíos muchos prometían profecía, y algunos eran falsos profetas, de los cuales uno fue Ananías hijo de Agot: otros eran profetas; y había en el pueblo la gracia de discernir los espíritus, por la cual algunos eran aceptados entre los profetas, y otros eran rechazados como por banqueros muy experimentados: así también ahora en el Nuevo Testamento muchos intentaron escribir Evangelios; pero no todos fueron aceptados. Y para que sepáis, no solo hay cuatro Evangelios, sino que muchos fueron escritos, de los cuales estos que tenemos fueron elegidos y entregados a las Iglesias, lo sabemos por el mismo prólogo de Lucas, que se compone así: Puesto que muchos han intentado ordenar una narración (Luc. I). Esto que dice: Han intentado, lleva una acusación latente contra aquellos que, sin la gracia del Espíritu Santo, se lanzaron a escribir Evangelios. Pues Mateo, Marcos, Juan y Lucas no intentaron escribir; sino que, llenos del Espíritu Santo, escribieron los Evangelios. Muchos, pues, intentaron ordenar una narración sobre estas cosas que nos son manifiestamente conocidas. La Iglesia tiene cuatro Evangelios, las herejías muchos: de los cuales uno se escribe según los egipcios, otro según los doce apóstoles. También Basilides se atrevió a escribir un Evangelio y titularlo con su nombre. Muchos intentaron escribir: pero también muchos intentaron ordenar. Solo cuatro Evangelios han sido

aprobados, de los cuales deben ser proclamados los dogmas bajo la persona de nuestro Señor y Salvador. Conozco un Evangelio que se llama según Tomás, y según Matías, y leímos muchos otros, para no parecer ignorantes ante aquellos que creen saber algo si conocen estos. Pero en todos ellos no aprobamos nada más que lo que la Iglesia, es decir, solo cuatro Evangelios, debe recibir. Esto porque al principio se leyó: Muchos intentaron ordenar una narración sobre estas cosas que nos son confirmadas. Ellos intentaron y se esforzaron por escribir sobre estas cosas que nos son manifiestamente conocidas. Lucas indica su propósito con la frase que dice: Nos son manifiestamente mostradas, es decir, *πεπληροφορημένων* (que en latín no se explica con una sola palabra). Pues conocía con certeza y razón, y no dudaba en nada, si era así o de otra manera. Esto les sucede a aquellos que han creído con la mayor fidelidad, y han conseguido lo que el profeta suplica, y dicen: Confírmame en tus palabras (Sal. CXVIII); de donde también el Apóstol dice de aquellos que son firmes y robustos: Para que estéis arraigados y cimentados en la fe (Efes. III). Pues si alguien está arraigado en la fe y cimentado, aunque se levante una tormenta, aunque soplen los vientos, aunque la lluvia se derrame, no será derribado ni caerá, porque el edificio está fundado con sólida masa sobre la roca (Mat. VII). Y no pensemos que la firmeza de la fe se da a estos ojos carnales, que la mente y la razón otorgan. Los infieles creen en los signos y prodigios que la vista humana contempla. Pero el fiel, más prudente y robusto, sigue la razón y la palabra, y así juzga qué es verdadero y qué es falso. Como nos lo transmitieron aquellos que desde el principio lo vieron y fueron ministros de la palabra. En Éxodo está escrito: El pueblo veía la voz de Dios (Éxod. XIX). Y ciertamente la voz se oye antes de ser vista; pero por eso está escrito, para mostrarnos que otros ojos ven la voz de Dios, aquellos que la merecen. En el Evangelio no se ve la voz, sino la palabra, que es superior a la voz. Por eso ahora se dice: Como nos lo transmitieron aquellos que desde el principio lo vieron y fueron ministros de la palabra. Así que los apóstoles vieron la palabra: no porque miraron el cuerpo del Señor Salvador; sino porque vieron la palabra. Pues si hubieran visto a Jesús según el cuerpo, esto es, hubieran visto la palabra de Dios, entonces también Pilato, que lo condenó, vio la palabra de Dios, y Judas el traidor, y todos los que clamaron: Crucifícalo, crucifícalo (Mat. XXVI), quítalo de la tierra, vieron tal palabra de Dios. Pero lejos esté que algún incrédulo haya visto la palabra de Dios. Ver la palabra de Dios es como lo que el Salvador dice: Quien me ve, ve también al Padre que me envió. Como nos lo transmitieron aquellos que desde el principio lo vieron y fueron ministros de la palabra (Juan XIV). En los discursos de Lucas se nos enseña en secreto que el fin de cierta doctrina es la misma doctrina, mientras que el fin de otra doctrina se cuenta en la obra. Por ejemplo: la ciencia de la geometría tiene como fin solo la ciencia y la doctrina. Pero hay otra ciencia cuyo fin exige obra: como en medicina debo conocer la razón y los dogmas de la medicina, no solo para saber qué debo hacer, sino para hacerlo, es decir, para cortar heridas, disponer una dieta moderada y controlada, sentir el calor de las fiebres en el pulso de las venas, para secar, templar y restringir la abundancia de humores con curaciones cíclicas. Si alguien solo sabe esto y no lo sigue con obra, su ciencia será vana. Algo similar a la ciencia de la medicina y la obra también está en el conocimiento y ministerio de la palabra: Como nos lo transmitieron aquellos que desde el principio lo vieron y fueron ministros de la palabra. Para que de lo que dijo: Ellos lo vieron, se signifique la doctrina y la ciencia, y de lo que dijo: Fueron ministros de la palabra, se demuestre la obra. Habiendo seguido desde el principio: Me pareció bien también a mí, habiendo seguido desde el principio todas las cosas con diligencia, escribirte ordenadamente, excelentísimo Teófilo. Alguien podría pensar que escribió el Evangelio a un tal Teófilo: todos los que nos escucháis hablar, si sois tales que sois amados por Dios, también sois Teófilos, y a vosotros se escribe el Evangelio. Si alguien es Teófilo, este es el mejor y más fuerte, esto se dice más significativamente en griego *κράτιστος*. Ningún Teófilo es débil. Y como está escrito sobre el pueblo de Israel, cuando salía de Egipto (Éxod. XIV), que no había débil en sus tribus: así,

para hablar audazmente, digo que todo el que es Teófilo es robusto, teniendo una fortaleza robusta de Dios, como de su palabra, para que pueda conocer la verdad de las palabras con las que fue creado, entendiendo la palabra del Evangelio en Cristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA II. De lo que está escrito: Eran ambos justos ante Dios, caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin reproche. Cap. I.

Quienes quieren excusar sus pecados piensan que nadie está sin pecado, y usan el testimonio que está escrito en Job: Nadie es puro de mancha, ni siquiera si su vida en la tierra fuera de un solo día. Sus meses son numerables (Job XIV). Solo pronuncian el sonido de esto, ignorando completamente su interpretación. Contra ellos responderemos brevemente, que estar sin pecado en las Escrituras se entiende de dos maneras: una, nunca haber pecado en absoluto; otra, haber dejado de pecar. Si, pues, dicen que se llama sin pecado a quien nunca ha pecado, también nosotros admitimos que nadie está sin pecado, porque todos los hombres hemos pecado alguna vez, aunque después seguimos la virtud. Pero si entienden que un hombre no está sin pecado, negando que alguien después de los vicios pueda referirse a las virtudes de tal manera que nunca peque en absoluto, su opinión es falsa. Pues puede suceder que quien antes pecó y dejó de pecar, se diga que está sin pecado. Así también nuestro Señor Jesucristo presentó a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha (Efes. V): no porque el hombre eclesiástico nunca haya tenido mancha; sino porque ya no se mancha: sin arruga, no porque la arruga del hombre viejo nunca haya estado en él; sino porque ha dejado de tenerla. De esta manera también se debe entender lo que sigue, para que sea santa e inmaculada, no porque desde el principio haya sido inmaculada: esto no se puede sospechar de un hombre, que su alma no haya sido manchada; sino que se considere pura y sincera, la que ha dejado de mancharse. Decimos esto para enseñar que un hombre puede ser llamado sin pecado y inmaculado porque ha dejado de pecar. Por eso se escribe claramente sobre Zacarías y Elisabet: Eran ambos justos ante Dios caminando. En todo eran justos ambos ante el Señor, caminando en los mandamientos y justificaciones del Señor sin reproche. Contemplemos más diligentemente las alabanzas de Zacarías y Elisabet, que el santo Lucas escribe en su historia: no solo para saber que ellos eran dignos de alabanza; sino para que, asumiendo un santo celo, también nosotros nos hagamos dignos de alabanza. Podría haber escrito simplemente, eran justos ambos, caminando en todos los mandamientos; ahora, sin embargo, se añade necesariamente, justos ambos ante Dios. Pues puede suceder que alguien sea justo ante los hombres, pero no ante Dios. Por ejemplo, cuando un hombre no tiene de qué hablar mal de mí, y al considerar todo en mí no encuentra nada de lo que pueda criticar, soy justo ante los hombres. Imagina que todos tienen la misma opinión sobre mí, y buscan qué criticarme, y sin embargo no pueden encontrar nada, sino que me alaban con una voz unánime: soy justo ante muchos hombres; pero el juicio de los hombres no es seguro. No saben si en el secreto de mi corazón he pecado alguna vez, si he mirado a una mujer para desearla (Mat. V), y el adulterio ha nacido en mi corazón. Ignoran los hombres cuando me ven hacer limosna según mis fuerzas, si lo hice por el mandato de Dios, o si busqué la alabanza y el favor de los hombres. Es difícil ser justo ante Dios, para que no hagas algo bueno por otra causa que no sea el mismo bien, y busques solo a Dios como retribuidor de la buena obra. Algo así también dice el Apóstol: Cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios (Rom. II). Bienaventurado el que es justo ante Dios y digno de alabanza. Pues los hombres, aunque parezcan tener un juicio cierto, no pueden pronunciar con certeza. Sucede a veces que alaban a quien no es digno de alabanza, y critican a quien no es digno de crítica. Solo Dios es justo juez en la alabanza y en la crítica. Por eso ahora se añade dignamente en la alabanza de los justos: Eran ambos justos ante Dios. Algo así también exhorta Salomón en los Proverbios, diciendo: Hijo,

procura lo bueno ante Dios y los hombres (Prov. III). Sigue otra alabanza de Zacarías y Elisabet. Caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor. Cuando juzgamos bien y rectamente sobre algunos, caminamos en las justificaciones del Señor. Cuando hacemos esto o aquello, caminamos en sus mandamientos. Por eso creo que el santo Lucas, queriendo alabarlos con perfecta alabanza, dijo: Eran ambos justos, caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor. Alguien podría decirme: Si esta alabanza es perfecta, ¿qué significa esto que se dice, sin reproche? Pues bastaba con decir, caminando en todos los caminos y justificaciones del Señor: a menos que pudiera suceder que alguien camine en todos los mandamientos de Dios, y sin embargo no camine sin reproche. ¿Y cómo puede suceder que caminando en todos los mandamientos y justificaciones de Dios esté bajo reproche? A lo cual diré brevemente: Si esto no fuera así, nunca conoceríamos que está escrito en otro lugar: Justamente sigue lo que es justo (Deut. XVI). Pues si no hubiera algo justo que no siguiéramos justamente, nunca se nos mandaría que siguiéramos justamente lo que es justo. Cuando hacemos el mandamiento de Dios, y en nuestra conciencia se mezclan las manchas de la vana gloria, para agradar a los hombres, o cualquier otra cosa que no agrada a Dios, precede la causa de la buena obra, aunque hagamos el precepto de Dios, sin embargo, no lo hacemos sin reproche, e injustamente seguimos lo que es justo. Es difícil, pues, caminar en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin reproche, según el testimonio y la alabanza de Dios en Cristo Jesús. Esta alabanza se dará en el día del juicio por aquel ante quien todos debemos manifestarnos ante su tribunal, para que cada uno reciba lo que hizo por medio del cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V). Pues todos estaremos ante el tribunal de Dios, para recibir lo que merecemos en Cristo Jesús. A quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA III. De lo que está escrito: Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso [Al. encendido]. Cap. I.

Las cosas corporales, que carecen de sentido, para ser vistas por otro, no hacen nada por sí mismas; sino que solamente el ojo de otro, al fijarse en ellas, las ve, ya sea que lo deseen o no, cuando dirige su contemplación hacia ellas. ¿Qué puede hacer el hombre, o cualquier otra cosa rodeada de un cuerpo denso, cuando está presente, para no ser vista? Por el contrario, las cosas que son celestiales y divinas, cuando están presentes, no se ven a menos que ellas mismas lo deseen: y está en su voluntad ser vistas o no ser vistas. Fue por la gracia de Dios que apareció a Abraham, o a los demás profetas: no porque el ojo del corazón de Abraham fuera la causa para ver a Dios; sino porque la gracia de Dios se ofreció espontáneamente para ser vista por el hombre justo. Esto no solo se entiende sobre Dios Padre; sino también sobre el Señor Salvador, y sobre el Espíritu Santo, y para llegar a cosas menores, sobre los Querubines y Serafines. Puede suceder que incluso ahora, mientras hablamos, un ángel esté presente, y sin embargo, porque no lo merecemos, no podamos verlo. Aunque el ojo, ya sea del cuerpo o de nuestra alma, se dirija a la contemplación, a menos que el ángel aparezca voluntariamente y se ofrezca para ser visto, incluso aquel que realmente lo desea, no lo verá. Por lo tanto, dondequiera que esté escrito, Dios apareció a este o aquel, como ahora: Apareció el Ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso, así como dije, enténdelo. Ya sea Dios, o el ángel de Abraham o de Zacarías, cuando lo desee o no lo desee, no será visto, o será visto. Y esto no solo lo decimos en este mundo presente, sino también en el futuro, cuando hayamos partido de este mundo, que no a todos se les aparecerá Dios, o los ángeles, que es decir, que tanto los ángeles, como el Espíritu Santo, y el Señor Salvador, y el mismo Dios Padre, aquel que haya salido del cuerpo, inmediatamente merecerá ver: y solo aquel verá, que tenga el corazón puro (Mat. V), y se haya mostrado de tal manera, que sea digno de la visión de Dios. Y aunque en el mismo lugar esté aquel que tiene el corazón puro, y aquel

que aún está manchado por alguna suciedad, un solo lugar no podrá dañar a nadie, ni ayudar: porque quien tenga el corazón puro, verá a Dios, pero quien sea tal, no verá lo que otros ven. Algo así debe entenderse también de Cristo, quien una vez fue visto en el cuerpo, que no cualquiera que lo veía, podía verlo. Veían solo su cuerpo: pero según lo que Cristo era, no podían verlo. Sin embargo, los discípulos lo veían, y contemplaban la grandeza de su divinidad. Por eso creo que al Felipe que suplicaba y decía: Muéstranos al Padre, y nos basta, el Salvador respondió: Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe. El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan XIV). Porque ni Pilato, que veía a Jesús, contemplaba al Padre, ni el traidor Judas: porque ni Pilato, ni Judas veían a Cristo según lo que era Cristo, ni la multitud que lo apretaba. Solo aquellos lo veían, a quienes sabía que eran dignos de su visión. Trabajemos, pues, también nosotros, para que incluso ahora Dios se nos aparezca. Porque la santa palabra de las Escrituras prometió, que será encontrado por aquellos que no lo tientan: se aparece, sin embargo, a aquellos que no son incrédulos en él: y en el futuro no se nos oculte; sino que lo veamos cara a cara, y tengamos la confianza de una buena vida, y disfrutemos de la visión del Dios omnipotente en Cristo Jesús, y el Espíritu Santo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA IV. De lo que está escrito: No temas, Zacarías, hasta el lugar donde dice de Juan: Precederá ante él con el espíritu y el poder de Elías. Cap. I.

Zacarías, cuando vio al ángel, se asustó. Un rostro nuevo, al presentarse a los ojos humanos, perturba la mente y consterna el ánimo. Por eso el ángel, sabiendo que esta es la naturaleza humana, primero cura la perturbación diciendo: No temas, Zacarías: y reconforta al tembloroso, introduciendo un nuevo mensaje de alegría: Tu oración ha sido escuchada, y tu esposa Isabel te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan, y será para ti gozo y alegría. Cuando un justo nace en el mundo, y entra en el estadio de esta vida, los ministros de su nacimiento se alegran, y se elevan a lo sublime. Pero cuando nace aquel que está destinado a una mala vida, y como por castigo es relegado a una prisión, el ministro se consterna y cae. ¿Quieres recibir un ejemplo de un hombre santo, cuyo fruto entero está en la alabanza? Mira a Jacob, que engendró doce varones, que todos fueron patriarcas y príncipes del pueblo de Dios y de su parte: en todos ellos Jacob se alegraba como padre, así como ahora se anuncia el gozo a todos por el nacimiento de Juan: y quien una vez por la utilidad de otros ha descendido a las obras de los hijos, y ha querido dedicarse a este ministerio, ruegue a Dios, para que tal hijo entre en el mundo, sobre cuyo nacimiento se alegre más. Se escribe, pues, de Juan: Será grande ante el Señor (Luc. I). Muestra la grandeza del alma de Juan, que está abierta a los ojos de Dios: y algo menor, que se ve propiamente en la virtud del alma. Yo entiendo así también aquello que se dice en el Evangelio, No despreciéis a uno de estos pequeños, que están en la Iglesia. Pequeño allí se entiende en distinción del mayor. No se me ordena que desprecie al que es grande, porque no puede ser despreciado el que es grande; sino que se me dice, no desprecies a uno de los pequeños. Pero para que sepas que pequeño y parvo no se dice fortuitamente; sino con la razón que hemos expuesto, está escrito: Cualquiera que escandalice a uno de estos pequeños (Mat. XVIII). El pequeño se escandaliza, el grande no puede soportar el escándalo. Sigue sobre Juan: Y será lleno del Espíritu Santo aún desde el vientre de su madre. Y el nacimiento de Juan está lleno de milagro. Pues así como el arcángel anunció la venida de nuestro Señor y Salvador: así también el nacimiento de Juan lo anuncia el arcángel: Será lleno del Espíritu Santo aún desde el vientre de su madre. El pueblo de los judíos no veía al Señor nuestro haciendo señales y prodigios, y curando sus enfermedades: pero Juan, aún en el vientre de su madre, exulta, pues no puede, y al advenimiento de la Madre de Jesús, se agita por salir del vientre. Pues he aquí, dice Isabel, cuando llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre. Aún estaba en el

vientre de su madre Juan, y ya había recibido el Espíritu Santo. Pues no era ese el principio de su sustancia, y naturaleza, de la que habla la Escritura, que convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios (Mat. IV). Juan convirtió a muchos, pero el Señor no a más, sino a todos. Esta es su obra, convertir a todos a Dios Padre. Y precederá ante él con el espíritu y el poder de Elías. No dice en el alma de Elías, sino en el espíritu y el poder de Elías. Hubo en Elías poder, y espíritu como en todos los profetas, y según la disposición del cuerpo también en el mismo Señor Salvador: de quien poco después se dice a María: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá. El espíritu que estaba en Juan, y el poder que estaba en él, también apareció en este. Aquel fue trasladado: este fue el Precursor del Señor, y murió antes que él, para que descendiendo a los infiernos anunciara su venida. Yo creo que el sacramento de Juan se cumple hasta hoy en el mundo. Cualquiera que va a creer en Cristo Jesús, el espíritu y el poder de Juan preceden a su alma, y preparan al Señor un pueblo perfecto, y en las asperezas del corazón allanan los caminos, y enderezan las sendas, preparar al Señor un pueblo perfecto (Mat. I). No solo en aquel tiempo se prepararon los caminos, y se enderezaron las sendas, sino que hasta hoy el espíritu y el poder de Juan preceden la venida del Señor Salvador. Oh grandes misterios del Señor, y de su disposición. Los ángeles preceden a Jesús: los ángeles diariamente o suben, o descienden sobre la salvación de los hombres, en Cristo Jesús (Juan I), a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA V. De lo que Zacarías quedó mudo. Cap. I.

El sacerdote Zacarías, cuando ofrecía incienso en el templo, es condenado al silencio, y se le retiene, más bien solo habla con gestos, y permanece mudo hasta el nacimiento de su hijo Juan. ¿A dónde tiende esta historia? El silencio de Zacarías es el silencio de los profetas en el pueblo de Israel. Dios ya no les habla: y la palabra que al principio estaba con el Padre Dios, ha pasado a nosotros, y Cristo no nos calla: entre ellos hasta hoy guarda silencio; por lo cual también Zacarías el profeta calló. Se comprueba manifiestamente por sus palabras, que fue profeta y sacerdote. ¿Qué significa esto que sigue: Les hacía señas, y compensaba la pérdida de la voz con gestos? Yo creo que tales son las obras sin palabra, que en razón no difieren en nada de los gestos. Pero donde la razón y la palabra han precedido, y así la obra ha seguido, no deben considerarse simples gestos, que se adornan con palabra, o razón. Si, pues, ves la conversación de los judíos sin razón y sin palabra, de modo que no pueden dar razón de lo que hacen, entiende que lo que entonces precedió en Zacarías, se cumple hasta ahora en su imagen. La circuncisión de ellos es semejante a los gestos. Pues si no se da razón de la circuncisión, la circuncisión es un gesto y una obra muda. La Pascua y otras solemnidades son más gestos que verdad. Hasta hoy el pueblo de Israel es sordo y mudo: ni podía ser de otra manera, que no fuera sordo y mudo, quien rechazó de sí la palabra. Y en otro tiempo Moisés hablaba: Yo, sin embargo, soy alogos (Exod. V, 12): lo cual, aunque el latín lo haya expresado de otra manera, sin embargo, propiamente puede traducirse, sin palabra, o sin razón; y después de decir esto, recibió la razón y la palabra, que había confesado no tener antes. El pueblo de Israel, antes de recibir la ley, era de algún modo mudo, sin razón y sin palabra: luego recibió la palabra, cuya imagen fue Moisés. Este, pues, no confiesa ahora, lo que entonces confesó Moisés, que es mudo y alogos; sino que con gestos y silencio indica que no tiene palabra, y no tiene razón. ¿No te parece que es una confesión de necedad, cuando ninguno de ellos puede dar razón de los preceptos legales y de la profecía? Cristo ha dejado de estar en ellos, la palabra los ha abandonado, se ha cumplido aquello que está escrito en Isaías: La hija de Sion será dejada como una cabaña en una viña, y como una choza en un campo de pepinos, como una ciudad sitiada (Isai. I). Dejados estos, la salvación ha sido trasladada a las naciones, para que ellos se inciten a celos. Mirando, pues, la disposición y el

misterio de Dios, cómo Israel ha sido rechazado para nuestra salvación, debemos tener cuidado, no sea que también ellos hayan sido rechazados por nuestra causa, y seamos dignos de mayor castigo, por quienes otros han sido abandonados, y no hayamos hecho nada digno de la adopción de Dios y de su clemencia, con la que nos adoptó, y nos consideró como sus hijos, en Cristo Jesús (Rom. XI): a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA VI. De lo que está escrito: Cuando Isabel concibió, se escondió: hasta el lugar donde dice: Este será grande. Cap. I.

Cuando Isabel concibió, se escondía durante cinco meses, diciendo: Porque así me ha hecho el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre los hombres. Pregunto por qué razón, después de darse cuenta de que estaba embarazada, evitó el público. Si no me equivoco, esto es también lo que aquellos que están unidos en matrimonio, no tienen todo el tiempo libre para el coito entre ellos; sino que hay un tiempo cuando se apartan de la obra de las nupcias. Pues si el hombre es anciano y la mujer anciana, es de la mayor modestia servir a la lujuria, servir al matrimonio, que parecen ser quitados por la voluntad de Dios, ya sea por el cuidado del cuerpo y la vejez. Esta, que a la palabra del ángel y la disposición de Dios había sido nuevamente unida a su esposo, se avergüenza de que siendo anciana y casi decrepita haya vuelto a la obra de los jóvenes. Por eso se escondía durante cinco meses: no hasta el noveno mes, hasta que llegara el parto; sino hasta que concibiera María. Pues cuando ella concibió, y vino a ella, y el saludo llegó a sus oídos, el niño saltó de alegría en el vientre de Isabel, y profetizó llena del Espíritu Santo, y habló lo que describe el discurso evangélico: Y se difundieron estas palabras por toda la montaña. Pues cuando en el pueblo salió el rumor de que tenía en su vientre a un profeta, y que había algo mayor que el hombre que era llevado por la Virgen, entonces no se esconde, sino que se muestra con toda libertad, y se alegra de tener al Precursor en el vientre del Salvador. Luego la Escritura menciona que en el sexto mes de la concepción de Isabel, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María. Nuevamente, reflexionando en mi mente, pregunto por qué Dios, cuando juzgó que el Salvador debía nacer de una virgen, no eligió a una joven sin esposo, sino a aquella que ya había sido desposada. Y si no me equivoco, esta es la razón. Debía nacer de una virgen que no solo tuviera esposo; sino, como escribe Mateo, ya había sido entregada al hombre, aunque el hombre aún no la conocía (Mat. I), para que el hábito de la virgen no mostrara su deshonor, si la virgen parecía con el vientre hinchado. Por eso, elegantemente en la carta de un mártir, encontré escrito, me refiero a Ignacio, obispo de Antioquía después de Pedro, quien en la persecución luchó en Roma contra las bestias: El príncipe de este mundo ignoró la virginidad de María: la ignoró por José: la ignoró por las nupcias: la ignoró porque se pensaba que tenía esposo. Pues si no hubiera tenido esposo, y como se pensaba, hombre, de ninguna manera podría haberse ocultado al príncipe de este mundo. Inmediatamente habría surgido el pensamiento del diablo en silencio: ¿cómo esta, que no ha cohabitado con un hombre, está embarazada? Este debe ser un concepto divino, debe ser algo más sublime que la naturaleza humana. Por el contrario, el Salvador dispuso que el diablo ignorara su disposición y la asunción del cuerpo: por eso también en su generación lo ocultó; y después ordenaba a los discípulos que no lo hicieran manifiesto. Y cuando fue tentado por el mismo diablo, nunca confesó ser el Hijo de Dios, sino que solo respondía: No es necesario que te adore, ni que haga de estas piedras panes, ni que me precipite desde lo alto (Mat. IV). Y al decir estas cosas, siempre calló ser el Hijo de Dios. Busca también en otra Escritura, y encontrarás que fue voluntad de Cristo que el advenimiento del Hijo de Dios fuera ignorado por el diablo. Pues el Apóstol, afirmando que

su pasión no fue conocida por las fuerzas contrarias, dice: Hablamos sabiduría entre los perfectos. Sabiduría no de este mundo, ni de los príncipes de este mundo que se destruyen; sino que hablamos la sabiduría de Dios en misterio oculto, que ninguno de los príncipes de este mundo conoció. Pues si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II). Por lo tanto, el misterio del Salvador fue oculto a los príncipes de este mundo. Pero lo que, por el contrario, se puede objetar, me parece que debe resolverse antes de que otro lo proponga, por qué razón lo que los príncipes de este mundo ignoraron, no lo ignoró el demonio, especialmente aquel que en el Evangelio decía: ¿Has venido antes de tiempo a atormentarnos, sabemos quién eres, el Hijo de Dios (Mat. IX). Pero considera, que el menor en maldad conoció al Salvador: pero el que es mayor en maldad, y astuto, y malvado, por el mismo hecho de que es mayor en maldad, se ve impedido de conocer al Hijo de Dios. También nosotros mismos, si tenemos menos maldad, podemos avanzar más fácilmente hacia la virtud. Pero si hay más maldad en nosotros, con gran esfuerzo debemos sudar, para liberarnos de una mayor maldad. Esto sobre el hecho de que María tenía esposo.

Dado que el ángel saludó a María con un nuevo discurso, que no pude encontrar en toda la Escritura, es necesario decir algunas palabras sobre esto. Lo que dijo: "Ave, llena de gracia", que en griego se dice "κεχαριτωμένη", no recuerdo haberlo leído en otro lugar de las Escrituras; ni tampoco se dirige tal discurso a un hombre: "Salve, lleno de gracia". Esta salutación se reserva solo para María. Si María hubiera sabido que tal discurso se había dirigido a alguien más, teniendo conocimiento de la ley, siendo santa y habiendo conocido las profecías de los profetas mediante la meditación diaria, nunca la habría aterrorizado como una salutación extraña. Por eso el ángel le dice: "No temas, María, porque has hallado gracia ante el Señor. He aquí que concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo". Se dice también de Juan que "será grande", y el ángel Gabriel lo atestigua; pero cuando vino Jesús, verdaderamente grande y sublime, aquel que antes era grande se hizo menor. Porque él, dice, fue una lámpara ardiente y brillante, y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz (Juan V). La grandeza de nuestro Salvador no se manifestó cuando nació, sino que ahora, después de haber sido oprimida por los adversarios, resplandece. Mira la grandeza del Señor: "Por toda la tierra salió el sonido de su doctrina, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Salmo XVIII). Nuestro Señor Jesús, que es la fuerza de Dios (Rom. I, y I Cor. I), se ha difundido por todo el mundo, y está presente con nosotros, según lo que se lee en el apóstol: "Reunidos vosotros y mi espíritu con el poder de nuestro Señor Jesucristo" (I Cor. V). La fuerza del Señor Salvador está con aquellos que están separados de nuestro mundo en Britania, y con aquellos en Mauritania, y con todos los que bajo el sol han creído en su nombre. Mira, pues, la grandeza del Salvador, cómo se ha difundido por todo el mundo, y ciertamente aún no he expuesto su verdadera grandeza. Sube a los cielos y míralo, cómo ha llenado las cosas celestiales. Se manifestó ciertamente a los ángeles. Desciende con el pensamiento a los abismos, y lo verás también haber descendido allí. Porque el que descendió es el mismo que ascendió, para llenar todas las cosas, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble, de los celestiales, terrenales e infernales (Efes. IV). Considera la fuerza del Señor, que ha llenado el mundo, es decir, las cosas celestiales, terrenales e infernales, cómo ha penetrado incluso el cielo y ha ascendido a lo más alto. Leemos, de hecho, que el Hijo de Dios ha atravesado los cielos (Hebr. IV). Si ves esto, igualmente observarás que no se dijo transitoriamente: "Será grande", sino que la palabra se cumplió con la obra. Nuestro Señor Jesús es grande, tanto presente como ausente, y otorga la participación de su fortaleza a esta nuestra asamblea y congregación: para que cada uno de nosotros merezca recibirlo; roguemos al Señor Dios, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA VII. Sobre lo que está escrito: "Levantándose María con prisa, fue a la región montañosa", hasta el lugar donde dice: "Será la consumación de lo que se ha dicho". Cap. I.

Los mejores vienen a los peores, para otorgarles algún beneficio con su llegada. Así también el Salvador vino a Juan, para santificar su bautismo: y María, tan pronto como escuchó al ángel anunciando que había concebido al Salvador, y que su pariente Isabel estaba embarazada, se levantó con prisa y fue a la región montañosa, y entró en la casa de Isabel. Jesús, que estaba en su vientre, se apresuraba aún en el vientre de su madre a santificar a Juan. De hecho, antes de que María llegara y saludara a Isabel, el niño no saltó en el vientre; pero tan pronto como María pronunció la palabra que el Hijo de Dios había sugerido en el vientre de su madre, el niño saltó de alegría, y entonces Jesús hizo de él su precursor profeta. También era necesario que María, con la prole más digna de Dios, después de la conversación con Dios, ascendiera a las montañas y permaneciera en lugares más elevados. Por eso está escrito: "Levantándose María en aquellos días, fue a la región montañosa". También debía, siendo diligente, no perezosa, apresurarse con solicitud, y llena del Espíritu Santo ser llevada a lugares más altos, y protegida por la virtud de Dios, de la cual había sido cubierta. Así que vino a la ciudad de Judá, y a la casa de Zacarías, y saludó a Isabel. Sucedió que cuando Isabel escuchó la salutación de María, el niño saltó en su vientre, y fue llena del Espíritu Santo. No hay duda de que quien fue llena del Espíritu Santo en ese momento, lo fue por causa de su hijo. Porque la madre no mereció primero el Espíritu Santo, sino que cuando Juan, aún encerrado en el vientre, recibió el Espíritu Santo, entonces ella, después de la santificación de su hijo, fue llena del Espíritu Santo. Puedes creer esto si también conoces algo similar sobre el Salvador. Se encuentra que la bienaventurada María, como hemos encontrado en algunos ejemplares, profetiza. No ignoramos que según otros códices, estas palabras las profetiza Isabel. Así que María fue llena del Espíritu Santo cuando comenzó a tener al Salvador en su vientre. Tan pronto como recibió el Espíritu Santo, el creador del cuerpo del Señor, y el Hijo de Dios comenzó a estar en su vientre, ella misma también fue llena del Espíritu Santo. Así que el niño saltó en el vientre de Isabel, y fue llena del Espíritu Santo, y clamó con gran voz y dijo:

Bendita tú entre las mujeres. Debemos en este lugar, para que no se engañen los simples, refutar lo que suelen oponer los herejes. Porque alguien, no sé quién, ha llegado a tal locura que afirmó que María fue negada por el Salvador, porque después de su nacimiento se unió a José: y habló, lo que con qué mente lo dijo, lo sabe quien lo dijo: Si alguna vez los herejes os objetan algo así, respondedles y decid: Ciertamente, llena del Espíritu Santo, Isabel dijo: "Bendita tú entre las mujeres". Si María es cantada como bendita por el Espíritu Santo, ¿cómo la negó el Salvador? Además, lo que afirman que se casó después del parto, no tienen de dónde probarlo. Porque estos hijos, que se decía que eran de José, no nacieron de María, ni hay Escritura que mencione tales cosas. Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde a mí esto, que la Madre de mi Señor venga a mí? Lo que dice: "¿De dónde a mí esto?", no lo dice ignorando: y más aún llena del Espíritu Santo, como si no supiera que según la voluntad de Dios la Madre del Señor vino a ella; sino que habla con este sentido: ¿Qué bien he hecho? ¿Qué obras mías son tan grandes, que la Madre del Señor venga a mí? ¿Por qué justicia, de qué bienes, de qué fidelidad de mente merecí esto, que la Madre de mi Señor venga a mí? Porque tan pronto como tu salutación llegó a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre. El alma santa del bienaventurado Juan, aún encerrada en el vientre de su madre y a punto de venir al mundo, como por sentido de experiencia, sabía lo que Israel ignoraba. Por eso saltó: y no simplemente saltó, sino de alegría. Porque había sentido que su Señor había venido, para santificar a su siervo, antes de que saliera del vientre de su madre. Ojalá me suceda a mí, que sea llamado necio por los incrédulos, por haber

creído tales cosas. La obra misma muestra y la verdad, que no he creído en la necedad, sino en la sabiduría; y que esto que se considera necio entre ellos, sea para mí ocasión de salvación. Porque si no hubiera sido celestial y bienaventurado el nacimiento del Salvador, si no hubiera tenido algo divino, y superando la humanidad de los hombres, nunca su doctrina habría penetrado todo el mundo. Si solo hubiera estado en el vientre de María, y no fuera el Hijo de Dios, ¿cómo podría ser que en aquel tiempo y ahora, no solo las enfermedades de los cuerpos, sino también las múltiples enfermedades de las almas sean curadas? ¿Quién de nosotros no fue insensato, que ahora por la misericordia de Dios tenemos entendimiento, y tenemos sed de Dios? ¿Quién de nosotros no fue incrédulo a la justicia, que ahora por Cristo tenemos justicia, y seguimos la justicia? ¿Quién de nosotros no fue errante y vagabundo, que ahora por la venida del Salvador no vacilamos, ni nos turbamos, sino que estamos en el camino, en aquel que dijo: "Yo soy el camino" (Juan X)? Podemos también, reuniendo lo demás, ver que todo lo que está escrito sobre él, se refiere con divina admiración: que su nacimiento, su crianza, su virtud, su pasión y su resurrección no solo en aquel tiempo, sino también ahora operan en nosotros. ¿Quién os ha congregado, oh catecúmenos, en la Iglesia? ¿Qué estímulo os ha impulsado, para que, dejando vuestras casas, os reunáis en esta asamblea? Porque no hemos recorrido vuestras casas una por una; sino que el Padre omnipotente, con invisible poder, somete a vuestros corazones, a quienes sabe dignos, este ardor, para que casi involuntarios, y reticentes, vengáis a la fe, especialmente al inicio de la religión, cuando como temerosos y temblorosos recibís la fe de la salvación con temor. Os ruego, oh catecúmenos, no os resistáis: que ninguno de vosotros tema y se asuste, sino que sigáis a Jesús que os precede. Él os atrae a la salvación, os congrega en la Iglesia, ahora ciertamente sobre la tierra: pero si hacéis frutos dignos, en la Iglesia de los primogénitos que están escritos en los cielos. Bienaventurada la que creyó, porque habrá perfección en lo que le fue dicho por el Señor. Sobre lo cual también la bienaventurada María magnifica al Señor Jesús. Magnifica, sin embargo, el alma al Señor, el espíritu a Dios. Qué interpretación tienen estas cosas, si el Señor concede que nuevamente nos reunamos en la Iglesia, para que vengáis festivos a la casa de Dios, y prestéis oídos a la lectura divina, buscaremos, examinaremos, discutiremos, en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VIII. Sobre lo que está escrito; "Mi alma magnifica al Señor", hasta el lugar donde dice; "A los que temen les concede poder". Cap. I.

Antes de Juan profetiza Isabel, antes del nacimiento del Señor Salvador profetiza María. Y así como el pecado comenzó con una mujer, y de ahí llegó hasta el hombre: así también el principio de la salvación tuvo su inicio en las mujeres, para que las demás mujeres, dejando la fragilidad del sexo, imitaran la vida y la conversación de aquellas santas, que ahora se describen principalmente en el Evangelio. Veamos, pues, la profecía virginal. "Mi alma magnifica al Señor", dice, "y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador". Dos cosas, a saber, el alma y el espíritu, cumplen con doble alabanza. El alma proclama al Señor, el espíritu a Dios. No porque haya una alabanza del Señor y otra de Dios; sino porque quien es Dios, es también Señor: y quien es Señor, es también Dios. Se pregunta cómo magnifica al Señor. Porque si el Señor no puede recibir aumento ni disminución, y lo que es, es: ¿de qué manera ahora María dice: "Mi alma magnifica al Señor"? Si considero que el Señor Salvador es la imagen del Dios invisible (Col. I), y veo mi alma hecha a imagen del creador, para que sea imagen de la imagen, pues mi alma no es especialmente imagen de Dios; sino que fue hecha a semejanza de la imagen anterior: entonces veré que, a ejemplo de aquellos que suelen pintar imágenes, y tomando un solo rostro (por ejemplo) del rey para expresar la semejanza principal, cada uno de nosotros formando su alma a imagen de Cristo, pone una imagen

mayor o menor, ya sea deslucida o sucia, o clara, y brillante, y resplandeciente a la semejanza de la imagen principal. Cuando, pues, haya hecho grande la imagen de la imagen, es decir, mi alma, y la haya magnificado con obra, pensamiento, palabra, entonces la imagen de Dios se hace grande, y el mismo Señor, cuya imagen está en nuestra alma, es magnificado. Y así como el Señor crece en nuestra imagen, si somos pecadores, disminuye y decrece. Pero nosotros, en lugar de la imagen del Salvador, nos ponemos otras imágenes: en lugar de la imagen del Verbo de sabiduría, justicia, y otras virtudes, asumimos la forma del diablo, para que se diga de nosotros: "Serpientes, generación de víboras" (Mat. XXIII). Y nos ponemos la persona del león, y del dragón, y de los zorros, cuando somos venenosos, crueles, astutos: y también del macho cabrío, o del cerdo, cuando estamos más inclinados a la lujuria. Recuerdo haber dicho una vez, al comentar el Deuteronomio en el lugar donde está escrito: "No hagáis ninguna semejanza de ningún animal" (Deut. IV), que es espiritual hacer en otros la imagen del varón, en otros de la mujer: aquel tiene la semejanza de las aves, aquel de los reptiles, y serpientes, y otro hacer la semejanza de Dios. Cómo se entienden estas cosas, lo sabrá quien las haya leído. Así que el alma de María primero magnifica al Señor, y después se regocija en Dios. Porque si no creyéramos antes, no podríamos regocijarnos. "Porque ha mirado", dice, "la humildad de su sierva". ¿En qué humildad miró el Señor a María? ¿Qué tenía de humilde y abatido la Madre del Salvador, que llevaba en su vientre al Hijo de Dios? Lo que dice: "Ha mirado la humildad de su sierva", es como si dijera: Ha mirado la justicia de su sierva, ha mirado la templanza, ha mirado la fortaleza y la sabiduría. Es digno, pues, que mire las virtudes. Que alguien responda y diga: Entiendo cómo Dios mira la justicia de su sierva, y la sabiduría: pero cómo atiende a la humildad, no está claro. Que considere quien busca tales cosas, que propiamente en las Escrituras una de las virtudes es alabada como humildad. Porque el Salvador dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat. XI). Si quieres escuchar el nombre de esta virtud, cómo también es llamada por los filósofos, escucha que es la misma humildad que Dios mira, que ellos llaman "ὑποψία" o "μετριότης". Pero también nosotros podemos llamarla de alguna manera, cuando alguien no está hinchado, sino que se humilla a sí mismo. Porque quien se hincha, cae, según el Apóstol, en el juicio del diablo: pues él también comenzó con hinchazón y soberbia. "Para que no, dice, hinchado, caiga en el juicio del diablo" (I Tim. III). Ha mirado, pues, la humildad de su sierva. Humilde, dice, y siguiendo la virtud de la mansedumbre y la humildad, Dios me ha mirado. "He aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones". Si simplemente entiendo todas las generaciones, lo interpreto sobre los creyentes. Pero si he investigado algo más profundo, notaré cuán grande es decir: "Porque ha hecho en mí grandes cosas el que es poderoso: porque todo el que se humilla será exaltado" (Luc. XVIII). Dios miró, pues, la humildad de la bienaventurada María, por eso hizo en ella grandes cosas el que es poderoso, y santo es su nombre. "Y su misericordia es de generación en generación". La misericordia de Dios no se extiende a una generación, ni a dos, ni a tres, ni a cinco, sino que se extiende eternamente de generación en generación, a los que temen su poder. "Ha hecho poder con su brazo". Aunque te acerques al Señor débil, si le temes, podrás escuchar la promesa que el Señor te hace por tu temor. ¿Cuál es esta promesa? "A los que le temen", dice, "les ha hecho poder". Poder, o dominio, es potestad real. Y "κράτος", que podemos llamar "imperio", se dice porque impera, o contiene bajo sí todas las cosas. Si, pues, temes al Señor, te da fortaleza, o dominio, te da reino, para que, hecho bajo el Rey de reyes, poseas el reino de los cielos, en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IX. Sobre lo que está escrito: "Permaneció con ella tres meses", hasta el lugar donde dice: "Y hablaba bendiciendo al Señor". Cap. I.

Tanto de lo que se ha dicho como de lo que se ha narrado, debe haber una razón digna del Espíritu Santo y de la fe en Cristo, a la cual somos llamados a creer. Por lo tanto, ahora debemos buscar la razón por la cual María, después de concebir, fue a visitar a Isabel y permaneció con ella durante tres meses, o cuál fue la causa para que Lucas, quien escribía la historia del Evangelio, también escribiera que permaneció con ella durante tres meses y luego regresó a su casa. Sin duda, debe haber alguna razón, que si el Señor abre nuestro corazón, el siguiente discurso mostrará. Pues si solo por el hecho de que María fue a Isabel y la saludó, el niño saltó de alegría y Isabel, llena del Espíritu Santo, profetizó lo que está escrito en el Evangelio, y en una hora tuvo tantos progresos, queda a nuestra conjetura qué progreso hizo Juan en tres meses con María asistiendo a Isabel. Sería muy indigno que en un instante y momento el niño saltara y de alguna manera se regocijara de alegría, e Isabel fuera llena del Espíritu Santo, pero que durante tres meses ni Juan ni Isabel progresaran por la presencia cercana de la Madre del Señor y del mismo Salvador. Por lo tanto, Juan fue ejercitado y de alguna manera urgido por su santa madre durante tres meses, y fue preparado en el vientre de su madre para que, nacido de manera maravillosa, fuera nutrido de manera aún más maravillosa. Pues no se refiere que haya sido alimentado de manera habitual, no está escrito cómo fue amamantado por los pechos de su madre, ni cómo fue llevado en el regazo de una nodriza, sino que inmediatamente sigue: "Y estaba en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel". Luego leemos: "A Isabel se le cumplió el tiempo de dar a luz, y dio a luz un hijo". Muchos piensan que es superfluo decir: "A Isabel se le cumplió el tiempo de dar a luz, y dio a luz un hijo" (Marcos I). Pues, ¿qué mujer puede dar a luz si no ha cumplido antes el tiempo de dar a luz? Pero quien contempla diligentemente las Escrituras y escucha al pueblo hablando, debe prestar atención a la lectura, observando tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, si en algún lugar está escrito en el nacimiento de un pecador: "Se cumplió el tiempo de dar a luz", nunca lo encontrará. Pero dondequiera que nazca un justo, allí se cumple el día, allí se cumple su llegada al mundo. El nacimiento del justo tiene plenitud; el nacimiento del pecador, por así decirlo, tiene vacuidad e inanidad. Esto es sobre lo que está escrito: "Se cumplió el tiempo de dar a luz". Los vecinos y parientes se congratulaban con su madre y querían ponerle al niño el nombre de su padre, para que se llamara Zacarías. Pero Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, decía: "Juan es su nombre". Luego, cuando ellos buscaban razones justas por las cuales debía llamarse Juan, ya que en su familia nadie tenía ese nombre, preguntan al padre, quien no pudiendo responder (habló con la mano y las letras). Escribió en una tablilla: "Juan es su nombre", y en cuanto el estilo fue impreso en la cera, la lengua, que antes había estado atada, fue liberada. Recuperó el habla, no humana, ya que su lengua había estado atada; sin embargo, no fue humana. Pues la incredulidad la había atado. Tan pronto como fue liberada, dejó de ser humana y hablaba bendiciendo a Dios, y profetizó lo que está escrito en el Evangelio, sobre lo cual, con la ayuda del Señor Jesucristo, cuando sea el momento, discutiremos: a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

273-274 HOMILÍA X. Sobre lo que está escrito: "Lleno del Espíritu Santo profetizó", hasta el lugar donde dice: "Porque irá delante del Señor a preparar sus caminos". Cap. I.

Lleno del Espíritu Santo, Zacarías anuncia dos profecías en general, la primera sobre Cristo, la otra sobre Juan. Lo cual se aprueba claramente por sus palabras, en las que habla como si el Salvador estuviera presente y se moviera en el mundo, y luego sobre Juan: "Lleno del Espíritu Santo profetizó diciendo: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo". Pues al visitar Dios y querer redimir a su pueblo, María permaneció con Isabel, después de que el ángel le habló, durante tres meses, para que por una virtud inefable, no solo Juan, como dijimos antes, sino también Zacarías, como ahora declara el

discurso evangélico, fueran instruidos por el Salvador presente. Pues también aquí, durante tres meses, él recibía aumentos del Espíritu Santo, y aunque no sabía, era instruido, y profetizó sobre Cristo diciendo: "Quien dio redención a su pueblo, y levantó un cuerno de salvación para nosotros en la casa de David", en la cual según la carne nació Cristo. Y verdaderamente, porque fue un cuerno de salvación, esta profecía se canta en la casa de David. Pues la viña fue hecha en un cuerno (Isaías V). ¿En qué cuerno? En Cristo Jesús, en aquel en quien ahora se escribe: "Levantó un cuerno de salvación para nosotros en la casa de David su siervo, como habló por boca de sus santos profetas: salvación de nuestros enemigos". No pensemos ahora que se dice de enemigos corporales, sino de espirituales. Pues vino el Señor Jesús fuerte en la batalla, para destruir a todos nuestros enemigos, para liberarnos de sus asechanzas. De la mano de nuestros enemigos y de la mano de los que nos odian. Hacer misericordia con nuestros padres. Yo creo que, en la venida del Señor Salvador, tanto Abraham, como Isaac, como Jacob disfrutaron de la misericordia de Dios. Pues no es creíble que quienes antes vieron su día y se alegraron, después en su venida y nacimiento de la Virgen, no recibieran ninguna utilidad. ¿Y qué hablo de los patriarcas? Siguiendo la autoridad de las Escrituras, audazmente ascenderé a cosas más altas, pues la presencia del Señor Jesús y su dispensación no solo ayudó a las cosas terrenales, sino también a las celestiales. Por lo cual también el Apóstol dice: "Haciendo la paz por la sangre de su cruz, ya sea en la tierra, ya sea en los cielos" (Efesios II). Si, pues, en los cielos y en la tierra la presencia del Señor fue provechosa, ¿por qué temer decir que su venida también fue provechosa para los mayores, para que se cumpla lo que se dice: "Hacer misericordia con nuestros padres, y recordar su santo pacto, el juramento que juró a Abraham nuestro padre, para darnos que, sin temor, seamos liberados de la mano de nuestros enemigos?"

Frecuentemente algunos son liberados de la mano de los enemigos, pero no sin temor. Pues cuando el miedo y el peligro han precedido, y así alguien ha sido rescatado de la mano de los enemigos, es liberado, pero no sin temor. Sin embargo, la venida del Señor Jesús nos liberó de la mano de los enemigos sin temor. Pues no sentimos a nuestros enemigos, ni los vimos resistiendo; sino que no sabemos cómo de repente fuimos rescatados de sus fauces y asechanzas, en un instante y momento, y nos trasladó a la herencia y parte de los justos. Y fuimos liberados de la mano de los enemigos sin miedo, para que sirvamos a Dios en santidad y justicia delante de él todos nuestros días. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo. Preguntándome a mí mismo la razón por la cual no dice como de Juan, sino a Juan mismo: "Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo", y lo demás, pues fue superfluo hablar a quien no escucha, y hacer una apóstrofe a un pequeño y lactante: creo que puedo encontrar esto, que así como Juan nació de manera maravillosa, y el ángel anunciándolo, vino al mundo, y María permaneciendo junto a Isabel durante tres meses, fue derramado en la tierra, así también todas las cosas que se escribieron sobre él, se refieren como hechas de manera maravillosa. Si dudas que inmediatamente desde el vientre de su madre pudiera escuchar las palabras de su padre y saber qué es lo que se le dice: "Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo", considera que fue mucho más maravilloso lo que precedió: "He aquí que tan pronto como la voz de tu saludo llegó a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre". Pues si aún encerrado en el vientre de su madre escuchó a Jesús, y al escuchar saltó y se alegró, ¿por qué no creer que ya nacido pudo escuchar y entender la profecía de su padre, diciéndole: "Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos"? Por eso creo que Zacarías se apresuró a hablar al pequeño, porque sabía que pronto estaría en el desierto, y que no podría tener su presencia. Pues el niño estaba en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel (Éxodo III). Y Moisés estuvo en los desiertos; pero después, y ya cumplidos los años de su vida, huyó de Egipto, y durante otros años cuidó ovejas: Juan, sin embargo, tan pronto como nació, pasó a los desiertos, y quien fue el mayor entre los nacidos de mujer, apareció digno de un mayor alimento. De quien el

profeta habla: "He aquí, envió a mi ángel delante de tu faz" (Malaquías III). Correctamente se le llama ángel a quien fue enviado delante del Señor, y pudo escuchar y entender al padre profetizando tan pronto como nació. Por lo tanto, nosotros que creemos en tantas maravillas, creamos igualmente en la resurrección, creamos también en las promesas que han de venir, y en el reino de los cielos que el espíritu nos promete diariamente. Que todas estas cosas, como están escritas, las recibamos de manera más maravillosa de lo que podemos sentir, en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XI. Sobre lo que está escrito: "El niño crecía y se fortalecía en espíritu", hasta el lugar donde dice: "Este fue el primer censo que se hizo siendo gobernador de Siria Quirino". Cap. I y II.

De dos maneras se dice que algo crece en las Sagradas Escrituras: una corporalmente, donde la voluntad humana no tiene efecto, y otra espiritualmente, donde la causa del crecimiento reside en el esfuerzo humano. De esto, pues, que hemos puesto en segundo lugar, es decir, espiritual, ahora narra el Evangelista: "El niño crecía y se fortalecía en espíritu". Lo que dice es así: crecía en espíritu, y no permanecía en la misma medida en la que comenzó; sino que siempre crecía en él el espíritu, y por cada hora y momento, con el espíritu creciendo, también su alma tomaba incrementos, y no solo el alma, sino también el sentido y la mente seguían los aumentos del espíritu. Aquello que Dios mandó: "Creced y multiplicaos" (Génesis I), quienes lo toman simplemente y según la letra, no sé cómo podrían explicarlo. Pues bien, "multiplicaos" se refiere al número, y mientras se hacen más de los que eran antes, la multiplicación tiene lugar: pero esto que sigue, "Creced", no está en nuestro poder. Pues, ¿quién de los hombres no querría añadir a su estatura (Mateo VI), para hacerse más alto? Si, pues, se manda que crezcamos, ciertamente se manda lo que no podemos hacer. ¿Quieres saber cómo se entiende "Creced"? Escucha lo que hizo Isaac, de quien se dice: "Isaac prosperaba y se hacía más grande, hasta que llegó a ser muy grande" (Génesis XXI). Pues siempre su voluntad tendiéndose hacia cosas mejores, tenía sus progresos, y su mente contemplaba algo más divino, y ejercitaba su memoria, para guardar más en su tesoro, para retener más firmemente. Y de esta manera sucede que quien cultiva todas sus virtudes en el campo de su alma, cumple el mandato que ordena, "Creced". Por lo tanto, también Juan, aún pequeño, crecía y se multiplicaba. Sin embargo, es muy difícil para un pequeño crecer en espíritu, y entre los mortales de piedra. El niño crecía y se fortalecía en espíritu (Mateo XXIX). Una cosa es "crecía", otra "se fortalecía". La naturaleza humana es débil, y para que pueda hacerse más fuerte, necesita la ayuda divina. Leemos, "La carne es débil". ¿Con qué ayuda, pues, debe ser fortalecida? Ciertamente con el espíritu. Pues el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Quien quiera hacerse más fuerte, no debe ser fortalecido sino en el Espíritu. Muchos se fortalecen en la carne, se robustecen en el cuerpo; pero el atleta de Dios debe ser fortalecido en espíritu, y cuando así haya sido fortalecido, aplastará la sabiduría de la carne, y hecho espiritual, someterá el cuerpo al dominio del alma. No pensemos, pues, que la historia de Juan está escrita simplemente, y que no tiene nada que ver con nosotros, en lo que se dice, "crecía y se fortalecía en espíritu": sino para nuestra imitación, para que multiplicados espiritualmente según el sentido que hemos dicho, tomemos incrementos. Y estaba en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel. Dijo recientemente que también la concepción de Juan tuvo algo asombroso, cuando el niño saltó en el vientre, y aún no nacido reconoció a su Señor: y el nacimiento no fue un milagro menor, cuando a él, como si escuchara, se dirigió el discurso del profeta Zacarías, diciendo: "Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo". Dignamente, pues, quien así fue concebido y nacido, no esperó a ser nutrido por su padre hasta el día de su manifestación a Israel, sino que se retiró, huyendo del tumulto de las ciudades, de la multitud del pueblo, de la cercanía de las ciudades, y se fue a

los desiertos, donde el aire era más puro y el cielo más abierto, y Dios más familiar, para que, como aún no había llegado el sacramento del bautismo, ni el tiempo de la predicación, se dedicara a las oraciones, y conversara con los ángeles, llamara al Señor, y lo escuchara respondiendo y diciendo: "He aquí, estoy aquí" (Mateo XI). Pues así como Moisés hablaba, y Dios le respondía, así creo que Juan habló en el desierto, y el Señor le respondió. Esto lo creo, movido por una razón cierta de las Escrituras. Pues si no hubo nadie mayor entre los nacidos de mujer que Juan el Bautista, y a Moisés le respondió Dios, consecuentemente también respondió a Juan, quien fue mayor que Moisés, quien fue nutrido en el desierto, cuya natividad fue anunciada por el mismo arcángel que también anunció la del Señor, cuyo padre, que no creía que nacería, quedó mudo. Estaba, pues, en el desierto Juan, y era nutrido de una manera nueva y fuera de la naturaleza humana, como lo menciona Mateo: "Su comida eran langostas y miel silvestre" (Mateo III). Pues como fue ministro del primer advenimiento del Salvador, y solo hablaba de la dispensación de la carne del Señor, y su profecía preanunciaba a aquel que había nacido de la Virgen, no tuvo miel doméstica, ni elaborada con diligencia humana, sino miel silvestre, y un insecto no grande, no elevándose en lo alto, sino un insecto pequeño, apenas levantándose del suelo, y más saltando que volando. ¿Qué más? Se dice manifiestamente que las langostas fueron su alimento, un animal pequeño y puro.

Considerad, pues, hermanos amadísimos, que quien nació de manera nueva, fue nutrido de manera nueva. Después de lo cual la Escritura añade: "Sucedió en aquellos días que salió un edicto de César Augusto, para que se empadronara todo el mundo. Este fue el primer censo hecho siendo gobernador de Siria Quirino" (Lucas II). Alguien podría decir: ¡Oh, narración evangélica! Pues que el primer censo del mundo entero fue bajo César Augusto, y entre todos también José con María, desposada con él y embarazada, inscribió su nombre en el censo, y antes de que se completara el censo, nació Jesús, parece significar un misterio a quien lo mira con más atención, que en la profesión de todo el mundo debía ser inscrito también Cristo, para que inscrito con todos santificara a todos, y contado en el censo con el mundo, ofreciera su comunión al mundo, para que después de este censo, inscribiera a algunos del mundo consigo en el libro de los vivientes: para que quienes creyeran en él, después fueran inscritos con sus santos en los cielos, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

279-280 HOMILÍA XII. Sobre lo que está escrito, que un ángel vino del cielo y anunció el nacimiento del Señor a los pastores. Cap. II.

Nació mi Señor Jesús, y un ángel descendió del cielo anunciando su nacimiento. Veamos, pues, a quién buscó para anunciarles su llegada. No fue a Jerusalén, no buscó a los Escribas y Fariseos, no entró en la sinagoga de los judíos, sino que encontró a los pastores vigilando sobre sus rebaños, y les habló: Hoy ha nacido el Salvador, que es Cristo el Señor. ¿Crees que el divino discurso de las Escrituras no significa nada más, sino solo que el ángel vino a los pastores y les habló? Escuchen, pastores de las Iglesias, pastores de Dios, que siempre su ángel descende del cielo y les anuncia que hoy ha nacido para ustedes el Salvador, que es Cristo el Señor. Porque los pastores de las Iglesias, si no viene aquel pastor, no podrán por sí mismos cuidar bien del rebaño; su custodia es débil, a menos que Cristo los alimente y cuide con ellos. Hace tiempo se leyó en el Apóstol: Somos colaboradores de Dios (I Cor. III). El buen pastor, que imita al buen pastor (Juan X), es colaborador de Dios y de Cristo. Y por eso es buen pastor, quien tiene consigo al mejor pastor pastoreando con él. Porque Dios ha puesto en la Iglesia apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, maestros, todo en la perfección de los santos (Ef. IV). Y estas cosas se han dicho de manera más simple. Sin embargo, si es necesario ascender a una comprensión más sagrada, diré que algunos ángeles fueron pastores que gobernaban los asuntos humanos. Y cuando cada uno de ellos conservaba su custodia, y

vigilando día y noche ya no podía soportar el trabajo, y hacía esto con diligencia, para gobernar a las naciones que le habían sido confiadas, vino el ángel al nacer el Señor, y anunció a los pastores que había surgido el verdadero pastor. Por ejemplo, para dar un ejemplo, había un pastor de Macedonia, que necesitaba la ayuda del Señor: por eso apareció en sueños un hombre macedonio a Pablo, diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos (Hechos XVI). ¿Qué diré de Pablo? cuando estas cosas no las dijo Pablo, sino Jesús que estaba en Pablo. Por lo tanto, los pastores necesitan la presencia de Cristo. Por eso el ángel descendió del cielo y dijo: No teman. He aquí que les anuncio una gran alegría. Verdaderamente una gran alegría, para aquellos a quienes se les había confiado el cuidado de los hombres y de las provincias, que Cristo había venido al mundo. Mucha utilidad recibió el ángel que dispensaba los asuntos egipcios, después de que el Señor descendió del cielo, para que los egipcios se hicieran cristianos. También fue provechoso para todos aquellos que gobernaban diversas provincias. Por ejemplo, al gobernador de Macedonia, al gobernador de Acaya, y de las demás regiones. Porque no es lícito creer que los malos ángeles gobiernen sus provincias, y que los buenos no tengan permitidas las mismas provincias. Pero esto que se dice de cada provincia, creo que también debe creerse de todos los hombres en general. A cada uno le asisten dos ángeles, uno de justicia y otro de iniquidad. Si hay buenos pensamientos en nuestro corazón, y en el alma brota la justicia, no hay duda de que el ángel del Señor nos habla. Pero si hay malos pensamientos en nuestro corazón, nos habla el ángel del diablo. Así como hay dos ángeles por cada persona, así pienso que en cada provincia hay ángeles diferentes, unos buenos y otros malos. Por ejemplo, en Éfeso, debido a los pecadores que había en esa ciudad, presidían los peores ángeles. Pero como había muchos creyentes en ella, también había un ángel de la Iglesia de los efesios, ciertamente bueno. Esto que hemos dicho de Éfeso, debe conocerse sobre todas las provincias. Antes de la venida del Señor Salvador, estos ángeles podían aportar poco beneficio a los que les habían sido confiados, y sus esfuerzos no lograban el efecto deseado. Es una señal de cuán poco podían beneficiar a los sujetos. Escucha lo que decimos: Cuando el ángel de los egipcios ayudaba a los egipcios, apenas un prosélito creía en Dios, y esto sucedía con el ángel dispensando a los egipcios. Finalmente, porque muchos de los egipcios e idumeos prosélitos aceptaban la fe de Cristo, por eso la Escritura dice: No abominarás al egipcio, porque fuiste extranjero en la tierra de Egipto, ni al idumeo, porque es tu hermano. Si nacen hijos de ellos, en la tercera generación entrarán en la Iglesia de Dios (Deut. XXIII). Y así sucedía que de todas las naciones algunos se hacían prosélitos, y esto mismo con la ayuda de los ángeles que tenían sometidas a las naciones. Ahora, sin embargo, los pueblos creyentes se acercan a la fe de Jesús, y los ángeles a quienes se les han confiado las Iglesias, fortalecidos por la presencia del Salvador, traen a muchos prosélitos, para que se congreguen en todo el mundo las asambleas de los cristianos. Por lo tanto, levantémonos y alabemos al Señor, y seamos por el Israel carnal, el Israel espiritual. Bendigamos al Dios omnipotente con obra, pensamiento y palabra, en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XIII. De lo que está escrito: Y se hizo una multitud del ejército celestial, hasta el lugar donde dice: Encontraron a María y a Jesús puesto en el pesebre. Cap. II.

Nuestro Señor y Salvador en Belén, y la multitud del ejército celestial alaba a Dios, y dice: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Esto lo dice la multitud del ejército celestial, porque ya no podía proporcionar ayuda a los hombres, y veía que no podía cumplir la obra que se le había confiado sin aquel que verdaderamente podía salvar, y también ayudar a los mismos prelados, para que los hombres fueran salvados. Así como está escrito en el Evangelio, que algunos remando surcaban el mar contra vientos contrarios ya cansados, y trabajando veinticinco o treinta estadios, no podían alcanzar el

puerto, y después el Señor vino, y calmó las olas tumultuosas, y liberó la nave cuyos lados eran golpeados de un lado a otro, del peligro inminente (Juan VI): así entiende que también los ángeles querían proporcionar ayuda a los hombres, y darles salud de sus enfermedades, porque todos son espíritus servidores enviados para el ministerio a favor de los que han de heredar la salvación (Hebr. I): quienes, en cuanto estaba en sus fuerzas, ayudaban a los hombres. Pero veían que su medicina era mucho inferior a lo que requería el cuidado de ellos. Ahora, para que puedas entender lo que decimos con un ejemplo, imagina una ciudad en la que muchos están enfermos, y se aplica frecuentemente la mano de los médicos: hay diversas heridas, y cada día la putrefacción se extiende en la carne muerta: y sin embargo, los médicos que han sido llamados para curar, no pueden encontrar más medicinas, ni la ciencia de su arte puede vencer la magnitud del mal; cuando se encuentran en tales circunstancias, llega un archiatra que tiene un conocimiento supremo en el arte, y aquellos que antes no podían sanar, al ver que las putrefacciones de las heridas cesan por la mano del maestro, no envidian, no se atormentan de celos, sino que estallan en alabanzas al archiatra, y proclaman a Dios que ha enviado a un hombre de tal conocimiento tanto para ellos como para los enfermos. En esta similitud, se escuchó a la multitud del ejército de ángeles diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Porque después de que el Señor vino a la tierra, hizo la paz por la sangre de su cruz, tanto de las cosas que están en la tierra como de las que están en los cielos (Efes. I). Si bien los ángeles querían que los hombres recordaran a su creador, cuando hicieron todo lo que estaba en sus fuerzas para que fueran sanados, y ellos no quisieron mirar hacia la salud, ven a aquel que pudo sanar, y glorificantes dicen: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz. El lector diligente de las Escrituras investigue cómo habla el Salvador: No he venido a traer paz a la tierra, sino espada (Mat. X), y ahora los ángeles en su nacimiento cantan, en la tierra paz. Si bien en otro lugar se dice de su persona: Mi paz les doy, mi paz les dejo. No como este mundo da la paz, yo doy la paz (Juan XIV). Vea, pues, lo que inferimos, si puede resolver la cuestión. Si estuviera escrito, en la tierra paz, y hasta aquí estuviera terminada la sentencia, correctamente nacería la cuestión. Pero ahora, en lo que se ha añadido, es decir, lo que se dice después de la paz, en los hombres de buena voluntad, resuelve la cuestión. Porque la paz que el Señor no da sobre la tierra, no es paz de buena voluntad. Porque no dijo simplemente, No he venido a traer paz, sino con el añadido, sobre la tierra: ni al contrario dijo, No he venido a traer paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad. Estas cosas hablaron los ángeles a los pastores, que no solo hablaban en ese tiempo, sino que hasta hoy, si no han hablado a los pastores, y no han unido sus obras a ellos, se les dice: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el guardián (Sal. CXXVII). Si es audaz hablar siguiendo el sentido de las Escrituras, en cada Iglesia hay dos obispos, uno visible, otro invisible: aquel visible a la carne, este patente al sentido. Y así como el hombre si ha llevado bien la administración que se le ha confiado, es alabado por el Señor: si mal, está sujeto a culpa y vicio; así también el ángel. Porque está escrito en el Apocalipsis de Juan: Pero tienes allí unos pocos nombres que no han manchado su vestidura, o su vestidura. Y de nuevo: Tienes allí a los que enseñan la doctrina de los nicolaítas (Apoc. II): y luego tienes a aquellos que cometen tales o tales pecados, y se acusa a los ángeles a quienes se han confiado las Iglesias. Si, pues, los ángeles tienen cuidado de cómo se gobiernan las Iglesias, ¿qué necesidad hay de decir de los hombres, cuánto temor deben tener, para que puedan, trabajando con los ángeles que trabajan, alcanzar la salvación? Yo creo que se puede encontrar juntos a un ángel y a un hombre buenos obispos de la Iglesia, y de alguna manera ser partícipes de una misma obra. Siendo así, pidamos al Dios omnipotente, que los ángeles y los hombres, obispos de las Iglesias, sean de ayuda para nosotros, y sepamos que ambos serán juzgados por el Señor por nosotros. Que si ellos son juzgados, y el vicio y el pecado no se encuentran en su negligencia, sino en nuestra negligencia, seremos reprendidos y castigados.

Porque aunque ellos hagan todo y se esfuercen por nuestra salvación, nosotros no obstante estaremos libres de pecados. Pero frecuentemente sucede que mientras nosotros trabajamos, ellos no cumplen su oficio, y están en falta. Y sucedió, dice, que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros. Pasemos hasta Belén, y veamos esta palabra que ha sucedido, que el Señor nos ha mostrado. Vinieron apresuradamente, y encontraron a María y a José y al niño. Porque vinieron apresuradamente, y no lentamente, ni con paso cansado, por eso encontraron a José, el dispensador del nacimiento del Señor, y a María que dio a luz a Jesús, y al mismo Salvador acostado en el pesebre. Eso era, de lo que el profeta había profetizado diciendo: El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor: El buey es un animal puro, el asno es un animal impuro. El asno conoció el pesebre de su Señor. No conoció el pueblo de Israel el pesebre de su Señor, sino el animal impuro de entre las naciones. Israel no me conoció, y mi pueblo no me entendió (Isaías I). Entendiendo este pesebre, esforcémonos por conocer al Señor, y ser dignos de su conocimiento, asumir también su nacimiento y resurrección de la carne, y también su glorioso y majestuoso segundo advenimiento, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XIV. De lo que está escrito: Cuando se cumplieron los días de su circuncisión, hasta el lugar donde dice: Un par de tórtolas y dos pichones de paloma. Cap. II.

Cristo murió por el pecado. No porque él mismo hubiera pecado, ya que no cometió pecado ni se halló engaño en su boca; sino que murió para que nosotros, que estábamos muertos, al morir él por los pecados, no viviéramos más en el pecado y los vicios (Rom. VI). Por eso está escrito: Así como morimos con él cuando murió, y resucitamos con él al resucitar, así también fuimos circuncidados con él, y después de la circuncisión fuimos purificados solemnemente. Por lo tanto, ya no necesitamos la circuncisión carnal. Y para que sepas que él fue circuncidado por nosotros, escucha a Pablo predicando claramente. En él habita, dice, toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad, en quien también fuisteis circuncidados con una circuncisión no hecha por manos, al despojaros del cuerpo de carne, en la circuncisión de Cristo, sepultados con él en el bautismo, en el cual también resucitamos por la fe en la operación de Dios, que lo resucitó de los muertos (Col. I). Así que tanto su muerte, como su resurrección y circuncisión, fueron hechas por nosotros. Cuando se cumplieron, dice, los días para circuncidar al niño, su nombre fue llamado Jesús, el cual fue llamado por el ángel antes de ser concebido. El nombre de Jesús es glorioso y digno de toda adoración y culto, y no debe ser pronunciado en el mundo por ellos, sino por una naturaleza más excelente y mayor. Por eso el evangelista añadió significativamente diciendo: Y su nombre fue llamado Jesús, el cual fue llamado por el ángel antes de ser concebido en el vientre. Luego sigue: Cuando se cumplieron los días de su purificación según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén. Por la purificación, dice, de ellos. ¿De quiénes? Si estuviera escrito por su purificación, es decir, de María que había dado a luz, no habría surgido ninguna cuestión, y podríamos decir audazmente que María, que era humana, necesitaba purificación después del parto. Pero ahora, al decir, los días de su purificación, no parece significar uno, sino otro, o varios. Entonces, ¿Jesús necesitaba purificación y estaba impuro, o estaba contaminado por alguna mancha? Tal vez parezca que hablo temerariamente, pero estoy movido por la autoridad de las Escrituras. Mira lo que está escrito en Job: Nadie está limpio de mancha, ni siquiera si su vida fuera de un solo día (Job XV). No dijo, nadie está limpio de pecado, sino nadie está limpio de mancha. Porque las manchas y los pecados no significan lo mismo. Y para que sepas que mancha y pecado son diferentes, Isaías lo enseña claramente diciendo: El Señor lavará la mancha de los hijos e hijas de Sion, y limpiará la sangre de en medio de ellos, con espíritu de juicio la mancha, y con espíritu de ardor la sangre (Isai IV). Toda alma que ha sido revestida de cuerpo humano

tiene sus manchas. Y para que sepas que Jesús también debe ser considerado manchado según la ignominia de la cruz, no según la carne santa que asumió, de la cual el Apóstol dice: En semejanza de carne de pecado, por su propia voluntad, porque asumió un cuerpo humano para nuestra salvación, escucha al profeta Zacarías diciendo: Jesús estaba vestido con vestiduras sucias (Zach. III). Esto también es contra aquellos que niegan que nuestro Señor tuvo un cuerpo humano, sino que afirman que estaba compuesto de celestiales y espirituales. Porque si su cuerpo fuera de celestiales, y como ellos falsamente afirman, de estrellas y otra naturaleza más sublime y espiritual, que respondan por qué un cuerpo espiritual podría estar sucio, o cómo interpretan lo que hemos citado, Jesús estaba vestido con vestiduras sucias. Si se ven obligados a aceptar que un cuerpo espiritual puede ser entendido como una vestidura sucia, deben decir consecuentemente que lo que se promete en las Escrituras se ha cumplido, es decir: Se siembra cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual (I Cor. XV), y que resucitamos manchados y sucios, lo cual es un pecado incluso pensar, especialmente para quien sabe que está escrito: Se siembra en corrupción, resucita en incorrupción; se siembra en deshonra, resucita en gloria; se siembra en debilidad, resucita en poder; se siembra cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual. Por lo tanto, es necesario que por nuestro Señor y Salvador, que estaba vestido con vestiduras sucias y asumió un cuerpo terrenal, se ofrezcan aquellas cosas que solían purificar las manchas según la Ley. Esto se pregunta frecuentemente entre los hermanos, y lo reviso por la ocasión del lugar. Los niños son bautizados para la remisión de los pecados. ¿De qué pecados, o en qué momento pecaron? ¿O cómo puede subsistir alguna razón de lavado en los niños, excepto según el sentido que mencionamos antes: Nadie está limpio de mancha, ni siquiera si su vida fuera de un solo día sobre la tierra? Y porque por el sacramento del bautismo se eliminan las manchas de la natividad, por eso se bautizan, incluso los niños. Porque si uno no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos (Joan. III). Cuando, dice, se cumplieron los días de su purificación. Se cumplen los días y la justicia. Porque el alma no se purifica inmediatamente al nacer, ni puede alcanzar la pureza perfecta en el mismo nacimiento, sino como está escrito en la Ley: Si da a luz un varón, la madre estará sentada en sangre impura durante siete días, y luego treinta y tres en sangre pura, y al final el mismo niño estará sentado en sangre purísima (Luc. II): así, porque la ley es espiritual y tiene sombra de los bienes futuros (Rom. VII, y Hebr. X), podemos entender que la verdadera purificación nos llega después de un tiempo. Creo que incluso después de la resurrección de los muertos necesitamos un sacramento que nos lave y purifique, porque nadie puede resucitar sin manchas, ni se puede encontrar un alma que carezca de todos los vicios de inmediato. Por eso, en la regeneración del bautismo se asume el sacramento, para que así como Jesús fue purificado por la ofrenda según la disposición de la carne, también nosotros seamos purificados por la regeneración espiritual. Lo llevaron según la ley de Moisés a Jerusalén, para ofrecerlo ante la presencia del Señor. ¿Dónde están aquellos que niegan al Dios de la Ley, que dicen que no fue este, sino otro el que fue predicado en el Evangelio? Dios envió a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la Ley. ¿Entonces se debe pensar que el buen Dios hizo a su Hijo bajo la Ley del Creador, y bajo el dominio del enemigo que él mismo había dado? Más bien, por eso fue hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley (Gal. IV), y someterlos a otra ley, de la cual se había leído antes, Escucha, pueblo mío, mi ley, y lo demás. Lo llevaron, pues, y lo presentaron ante la presencia del Señor. ¿Cumpliendo los preceptos de qué Escritura? Sin duda, de aquella. Como está escrito, dice, en la Ley de Moisés, que todo varón que abre el vientre será llamado santo para el Señor, y tres veces al año aparecerá todo varón ante la presencia del Señor Dios. Los varones que, al abrir el vientre de su madre, eran santos, se ofrecían ante el altar del Señor. Todo varón que abre el vientre, dice. Suena a algo sagrado. Porque cualquiera que digas que ha sido expulsado del útero como varón, no abre el vientre de su madre como el Señor Jesús, porque en todas las mujeres no es el parto del niño, sino el

coito del hombre el que abre el vientre (Num. VIII). El vientre de la madre del Señor fue abierto en el momento en que el parto fue dado, porque el útero santo y digno de toda veneración no fue tocado por ningún varón antes del nacimiento de Cristo. Me atrevo a decir algo, porque incluso en lo que está escrito: El Espíritu de Dios vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I), fue el principio de la semilla y la concepción, y sin la apertura del vientre, el nuevo feto creció en el útero. Por eso el Salvador dice: Yo soy un gusano y no un hombre, oprobio de los hombres y desprecio del pueblo (Ps. XXI). Veía en el útero de la madre la impureza de los cuerpos, rodeado por sus entrañas, sufría las angustias de la inmundicia terrenal, por lo que se asemeja a un gusano, y dice: Yo soy un gusano y no un hombre. Porque el hombre suele nacer de varón y mujer, pero yo no nací de varón y mujer según el rito humano y la naturaleza, sino a semejanza de un gusano, que no tiene semilla de otro lugar, sino que en los mismos cuerpos en los que se forma tiene su origen. Por eso, porque todo varón que abre el vientre será llamado santo para el Señor, fue llevado a Jerusalén, para aparecer ante la presencia de Dios, y por lo que sigue, Para que se ofreciera un sacrificio por él, como está escrito en la Ley del Señor: Un par de tórtolas o dos pichones de paloma (Luc. II, 24). Vemos que se ofreció un par de tórtolas y dos pichones de paloma por el Salvador. Yo también considero benditas a estas aves que fueron ofrecidas por el nacimiento del Señor, y así como admiro a la asna de Balaam, y la considero afortunada, porque fue digna no solo de ver al ángel de Dios, sino también de hablar con voz humana: así mucho más predico a estas aves, y las exalto, porque fueron ofrecidas por nuestro Señor y Salvador. Para ofrecer por él un par de tórtolas o dos pichones de paloma. Tal vez parezca que introduzco algo nuevo, pero poco digno de la majestad. Así como el nacimiento del Salvador fue nuevo, no de varón y mujer, sino solo de la Virgen: así también el par de tórtolas y los dos pichones de paloma no fueron como los que vemos con los ojos de la carne; sino como el Espíritu Santo, que en forma de paloma descendió y vino sobre el Salvador, cuando fue bautizado en el Jordán (Matth. III). Así fue también el par de tórtolas: no eran aves como las que vuelan por el aire, sino algo divino y más augusto que la contemplación humana, que aparecía bajo la forma de paloma y tórtola, para que no con víctimas como las de todos los hombres, aquel que nacía por todo el mundo, y que había de sufrir, fuera purificado ante el Señor, sino que, como su disposición era nueva en todo, también tuviera nuevas víctimas, según la voluntad del Dios omnipotente en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XV. De Simeón, que vino al templo en el espíritu, hasta el lugar donde dice: Ahora despides a tu siervo, Señor, en paz. Cap. II.

Es digna de ser buscada la razón del don de Dios. Simeón, hombre santo y agradable al Señor, como está escrito en el Evangelio, esperando la consolación de Israel, había recibido respuesta del Espíritu Santo de que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. ¿De qué le sirvió ver a Cristo? ¿Acaso solo tenía en la promesa verlo, y no obtener ninguna utilidad de su visión? ¿O hay algún don digno de Dios que el bienaventurado Simeón mereció y recibió? La mujer tocó el borde del manto de Jesús y fue sanada (Matth. IX). Si ella obtuvo tanto beneficio al tocar solo la parte extrema del manto, ¿qué se debe pensar de Simeón, que tomó al niño en sus brazos, y sosteniéndolo se alegraba y regocijaba al ver al pequeño que llevaba, que había venido a liberar a los cautivos, y a sí mismo para ser liberado de los nudos del cuerpo: sabiendo que nadie podría liberar a alguien del encierro del cuerpo con la esperanza de la vida futura, sino aquel a quien sostenía en sus brazos. Por eso le habla: Ahora despides, Señor, a tu siervo en paz. Porque mientras no tenía a Cristo, mientras no lo abrazaba con mis brazos, estaba encerrado, y no podía salir de las cadenas. Esto no solo debe saberse de Simeón, sino de todo el género humano. Si alguien sale del mundo, si alguien es

liberado de la casa de los cautivos para ir a reinar, tome a Jesús en sus manos, y lo rodee con sus brazos, lo tenga todo en su seno, y entonces podrá ir exultante a donde desea. Considera cuánta disposición precedió para que Simeón mereciera sostener al Hijo de Dios. Primero había recibido respuesta del Espíritu Santo de que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Luego no entró al templo por casualidad y simplemente, sino que vino al templo en el Espíritu de Dios. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, Ephes. II). El Espíritu Santo lo llevó al templo. Tú también, si quieres sostener a Jesús, y abrazarlo con tus manos, y ser digno de salir del encierro, esfuérate con todo tu trabajo para tener al Espíritu como guía, y ven al templo de Dios. He aquí que ahora estás en el templo del Señor Jesús, es decir, en su Iglesia, que es el templo construido con piedras vivas. Estás en el templo del Señor cuando tu vida y tu conducta son dignas de ser llamadas Iglesia. Si vienes en espíritu al templo, encontrarás al niño Jesús, lo levantarás en tus brazos y dirás: Ahora despides a tu siervo, Señor, en paz, según tu palabra. Y observa que a la liberación y el despido se le añade la paz. Porque no dice, Quiero ser despedido, sino con el añadido, ser despedido en paz. Porque también al bienaventurado Abraham se le prometió lo mismo: Pero tú irás a tus padres en paz, nutrido en buena vejez. ¿Quién es el que muere en paz, sino el que tiene la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, y guarda el corazón de su poseedor? ¿Quién es el que sale de este mundo en paz, sino aquel que entiende que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, y no tiene ningún enemigo adversario de Dios, sino que ha asumido toda paz y concordia en sus buenas obras, y así es despedido en paz para ir a los santos Padres, a los que también el santo Abraham fue (Phil. I)? ¿Qué hablaré de los Padres? También al mismo que es el príncipe y Señor de los patriarcas, ir a Jesús, de quien se dice: Es mejor ser liberado y estar con Cristo. Aquel que tiene a Jesús, se atreve a decir: Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Galat. II, 20). Para que también nosotros, estando en el templo, y sosteniendo al Hijo de Dios, y abrazándolo, seamos dignos de la liberación y el viaje a lo mejor, oremos al Dios omnipotente, oremos también al mismo niño Jesús, a quien deseamos hablar y sostener en nuestros brazos: a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XVI. De lo que está escrito: Su padre y su madre estaban maravillados por lo que se decía de él, hasta el lugar donde dice: He aquí, este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel. Cap. II.

Y estaban, dice, su padre y su madre admirados por lo que se decía de él. Reunamos en uno lo que en el nacimiento de Jesús se dijo y escribió sobre él, y ahora podremos saber que cada cosa es digna de milagro. Por eso se admiraba también el padre (pues así fue llamado José, porque fue su cuidador), y se admiraba la madre por todo lo que se decía de él. ¿Qué cosas, entonces, había difundido la fama sobre el niño Jesús? Había pastores en aquella región, vigilando y observando las guardias de la noche sobre su rebaño. Vino un ángel en la misma hora del nacimiento de Jesús, y les dijo: Os anuncio una gran alegría. Id, y encontraréis al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Aún no había terminado el ángel de hablar, y he aquí que una multitud del ejército celestial comenzó a alabar y bendecir a Dios. Cuando los pastores, temerosos, vieron esto, y el ángel se hubo apartado de ellos, se dijeron unos a otros: Vayamos a Belén y veamos lo que el Señor nos ha mostrado. Fueron y encontraron al niño. Tanto ellos como los padres, viendo lo que había sucedido, se admiraban de esto. Y se escribe de Simeón que aumentó el rumor del milagro, o fue gran parte de él, y sostuvo al niño en sus brazos, y dijo: Ahora despides, Señor, a tu siervo en paz, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación. El clímax, por así decirlo, de lo que se decía de Jesús, y de lo que su padre y su madre se admiraban, fue el discurso de Simeón. No le bastó con sostener al niño y pronunciar lo que estaba escrito sobre él mismo, sino que bendijo

al padre y a la madre de él: y también profetizó sobre el mismo niño, diciendo: He aquí que este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel, y como signo que será contradicho. Y a ti misma una espada te atravesará el alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. ¿Qué significa lo que dice, He aquí que este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel? Algo similar encontré escrito en el Evangelio según Juan: Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan IX). Así como vino para juicio, para que los que no veían de las naciones vean, y los que antes veían de Israel se vuelvan ciegos: así vino para caída y resurrección de muchos. En la venida del Señor Salvador, los que antes estaban firmes, cayeron, y los que habían caído, se levantaron. Esta es una interpretación de lo que se dijo: He aquí que este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel. Pero hay algo más profundo que entender contra aquellos, especialmente, que ladran contra el Creador, y de aquí y de allá del Antiguo Testamento, recogen testimonios que no entienden, engañando los corazones de los simples. Dicen: He aquí el Dios de la Ley y los profetas, ved cómo es: Yo, dice, mataré, haré vivir: heriré, y yo sanaré: y no hay quien libre de mis manos (Deut. XXXII). Oyen, mataré, y no oyen, haré vivir: oyen, heriré, y desprecian oír, y yo sanaré. Con tales ocasiones calumnian al Creador. Por tanto, antes de interpretar qué sentido tiene: Yo mataré y haré vivir, heriré y sanaré, les opondré un testimonio del Evangelio, y hablaré contra los herejes. Hay innumerables herejías que aceptan el Evangelio según Lucas. Si por eso el Creador es cruel, y tan feroz y cruel, porque dice: Yo mataré, y haré vivir: heriré, y sanaré, es manifiestamente también Jesús su Hijo; pues lo mismo está escrito de él: He aquí que este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel. No solo para resurrección, sino también para caída. Si es malo matar, también será malo venir para caída. ¿Qué responderán? ¿Acaso se apartarán de su culto, o buscarán alguna interpretación, y recurrirán a las tropologías, para que lo que vino para caída, suene más a benignidad que a austeridad? ¿Y cómo será justo cuando algo así se encuentra en el Evangelio, recurrir a alegorías y nuevas inteligencias: cuando en el Antiguo Instrumento, inmediatamente acusar, y no aceptar ninguna explicación, aunque sea probable? Pero también lo que sigue: Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos, aunque busquen explicarlo, no podrán cumplirlo. Yo, porque deseo ser Eclesiástico, y no ser llamado por algún hereje, sino por el nombre de Cristo, y tener un nombre que sea bendecido sobre la tierra, y deseo tanto en obra como en sentido ser y llamarme cristiano, busco una razón igual en la Ley antigua y en la nueva. Habla Dios: Yo mataré: me agrada que Dios me mate. Pues cuando el hombre viejo está en mí, y aún vivo como hombre, deseo que Dios mate en mí al hombre viejo, y me vivifique de entre los muertos. Pues el primer hombre, dice, es de la tierra terrenal, el segundo hombre es del cielo celestial. Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial (I Cor. XV). Según este sentido se entiende también aquello: Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean: y los que ven, se vuelvan ciegos. Tenemos en nosotros todos los hombres, tanto la vista como la ceguera. Adán veía, y no veía. Eva también, antes de que se abrieran sus ojos, se describe que vio. Vio, dice, la mujer el árbol, que era bueno para comer, y óptimo a los ojos para ver, y tomando del fruto del árbol, comió, y dio a su marido, y comieron (Gen. III). Por tanto, no eran ciegos, sino que veían. Luego sigue: Y se abrieron sus ojos. Por tanto, eran ciegos, y no veían, cuyos ojos después fueron abiertos. Pero los que antes veían bien, después de que transgredieron el mandato del Señor, comenzaron a ver mal y, al deslizarse el pecado de la obediencia, después lo perdieron. Yo así entiendo también aquello que dice Dios: ¿Quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo el Señor Dios? (Exod. IV). Hay un ojo del cuerpo, con el que vemos estas cosas terrenales, un ojo según el sentido de la carne, del que la Escritura dice: En vano andas hinchado por el sentido de la carne (Colos. II). Al cual tenemos otro contrario mejor, y divinamente sabio: que porque estaba ciego en nosotros, vino Jesús para

hacerlo ver, para que los que no veían, vean, y los que veían, se vuelvan ciegos. Según este sentido, también esto que ahora tenemos en manos debe entenderse: He aquí que este está puesto para caída, y para resurrección de muchos en Israel. Tengo algo en mí que está mal, y la soberbia del pecado se levanta: esto caiga, esto se derrumbe. Que si cae, lo que antes había caído, levantándose estará firme. Mi hombre interior yacía antes abatido, y el exterior estaba erguido. Antes de que creyera en Jesús, el bien en mí yacía, el mal estaba firme. Después de que él vino, entonces lo que en mí era malo, cayó, y se cumplió aquello: Siempre llevando en el cuerpo la mortificación de Jesús. Y aquello: Mortificad vuestros miembros sobre la tierra, fornicación, impureza, lujuria, idolatría, hechicerías (Coloss. III), y demás. De todas estas cosas se ha hecho una caída útil. Y de esta caída se dice: Dondequiera que esté el cadáver, allí se reunirán las águilas (Matt. XIV). Pues cadáver ha tomado su nombre de caída. Esta es una caída, a la que primero vino Jesús; y no puede hacer resurrección, si no ha precedido la caída. Vino antes a destruir lo que en mí era malo, para que, destruido y mortificado, se levante en mí y se vivifique lo que es bueno, para que alcancemos el reino de los cielos por nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XVII. De lo que está escrito: Eran su padre y su madre admirados por lo que se decía de él, y de nuevo hasta el lugar donde se escribe sobre Ana. Cap. II.

Lucas, quien escribió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el que nacerá santo, será llamado Hijo de Dios: y quien nos transmitió claramente que el hijo de la Virgen es Jesús, y que no fue concebido de semilla humana: este testificó que José era su padre, diciendo: Eran su padre y su madre admirados por lo que se decía de él. ¿Qué causa, entonces, existió para que se recordara como padre a quien no lo fue? Quien se contenta con una simple exposición, dice: El Espíritu Santo lo honró con el título de Padre, porque había criado al Salvador. Pero quien busca algo más profundo, puede decir: porque el orden de la generación se deduce desde David hasta José (Matt. I), y para que no pareciera que José era nombrado en vano, quien no había sido padre del Salvador, para que el orden de la generación tuviera lugar: fue llamado padre del Señor (Luc. III). Admiraban, pues, su padre y su madre por lo que se decía de él, tanto por el ángel, como por la multitud del ejército celestial, y también por los pastores. Pues oyendo todas estas cosas, se maravillaban intensamente. Luego la Escritura dice: Simeón lo bendijo, y dijo a María su madre: He aquí que este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel, y como signo que será contradicho. Y a ti misma una espada te atravesará el alma, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. ¿Cómo vino el Salvador para caída y resurrección de muchos? Es algo que debe contemplarse.

Quien expone de manera simple, puede decir que vino para la caída de los infieles y para la resurrección de los creyentes. Pero quien es un intérprete curioso dice que de ninguna manera puede caer quien antes no se ha mantenido en pie. Dame, entonces, quién fue aquel que se mantuvo en pie y en cuya caída vino el Salvador, así como aquel que se levanta. Pues ciertamente se levanta aquel que antes había caído. Debe considerarse, sin duda, si acaso el Salvador no vino para la caída y resurrección de diferentes personas, sino para la caída y resurrección de las mismas. "Para juicio he venido", dice, "para que los que no veían vean, y los que veían se vuelvan ciegos" (Juan IX). Hay en nosotros algo que antes veía y después dejó de ver, y algo que no veía y después comenzó a ver. Por ejemplo: Quiero ver con aquellos ojos con los que antes no veía y que después se me abrieron, ya que después de la desobediencia de Adán y Eva, sus ojos se abrieron, de lo cual hemos tratado en el sermón anterior. Ahora bien, debe interpretarse qué significa esto que dice: "He aquí que está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel". Me conviene primero caer, y cuando haya

caído, después resurgir bien, para que el Salvador no sea causa de una mala caída; sino que me hizo caer para que me levantara, y la caída me fue mucho más útil que aquel tiempo en que parecía estar de pie. Pues estaba de pie en el pecado en aquel tiempo en que vivía en pecado: y porque estaba de pie en el pecado, la primera utilidad para mí fue caer y morir al pecado. De hecho, incluso los santos profetas, cuando contemplaban algo más sublime, caían sobre su rostro. Por eso caían, para que los pecados fueran purgados más plenamente por la caída. Esto mismo te concede primero el Salvador, que caigas. Eras pagano, que caiga en ti el pagano: amabas a la prostituta, que primero en ti perezca la prostituta: eras pecador, que caiga en ti el pecador, para que puedas resurgir y decir: "Si hemos muerto con Él, también viviremos con Él; y si somos conformes a su muerte, también lo seremos a su resurrección" (Rom. VI).

Por tanto, este está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel, es decir, en aquellos que pueden ver con plena claridad y razón. Y como señal que será contradicha. Todo lo que narra la historia sobre el Salvador es contradicho. La Virgen es madre, lo cual es contradicho. Los marcionitas contradicen esta señal y dicen que no fue engendrado de mujer en absoluto. Los ebionitas contradicen la señal, diciendo que nació de un hombre y una mujer como nosotros nacemos. Tuvo un cuerpo humano, y esta es una señal que es contradicha. Algunos dicen que vino del cielo; otros, que tuvo un cuerpo como el nuestro, para que por la semejanza del cuerpo también redimiera nuestros cuerpos del pecado y nos diera esperanza de resurrección. Resucitó de entre los muertos: y esta es una señal que es contradicha, cómo resucitó, y si fue él mismo, y tal como murió, o si resucitó en un cuerpo de mejor sustancia. Y hay una infinita contienda: algunos dicen que mostró a Tomás la marca de los clavos en sus manos (Juan XX); otros, por el contrario, discuten cómo, si tenía el mismo cuerpo, entró con las puertas cerradas y se mantuvo en pie. Ves, entonces, cómo con varios argumentos también se suscita la cuestión de su resurrección, y se convierte en una señal que es contradicha. Yo también creo que lo que fue predicho por boca de los profetas es una señal que es contradicha. Hay muchos herejes que afirman que no fue predicado en absoluto por los profetas. ¿Y por qué necesito extenderme en muchas cosas? Todo lo que la historia narra sobre él es una señal que es contradicha. No porque contradigan aquellos que creen en él: nosotros, de hecho, sabemos que todo lo que está escrito es verdadero; sino porque entre los incrédulos todo lo que está escrito sobre él es una señal que es contradicha. Luego Simeón dice: "Y a ti misma una espada te atravesará el alma". ¿Quién es esta espada que no solo atraviesa a otros, sino también el corazón de María? Está escrito abiertamente que en el tiempo de la pasión todos los apóstoles se escandalizaron, incluso el mismo Señor diciendo: "Todos vosotros os escandalizaréis esta noche" (Mat. XXVI). Por lo tanto, todos se escandalizaron, tanto que incluso Pedro, el príncipe de los apóstoles, lo negó tres veces. ¿Qué? ¿Pensamos que, escandalizados los apóstoles, la Madre del Señor estuvo libre de escándalo? Si no sufrió escándalo en la pasión del Señor, Jesús no murió por sus pecados. Pero si todos pecaron y carecen de la gloria de Dios, justificados por su gracia y redimidos, ciertamente también María fue escandalizada en ese tiempo. Y esto es lo que ahora profetiza Simeón, diciendo: "Y a ti misma un alma, que sabes que diste a luz como Virgen sin varón, que escuchaste de Gabriel: 'El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra', te atravesará la espada de la infidelidad, y serás herida por el filo de la ambigüedad, y tus pensamientos te desgarrarán en diferentes direcciones, cuando veas a aquel que escuchaste ser el Hijo de Dios, y sabías que fue engendrado sin semilla de varón, crucificado y muerto, y sujeto a tormentos humanos, y finalmente lamentándose amargamente y diciendo: 'Padre, si es posible, pase de mí este cáliz' (Mat. XXVI). Y a ti, por tanto, te atravesará el alma una espada, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. Los pensamientos eran malos en los hombres, que por eso fueron revelados, para

que, expuestos, fueran destruidos, y muertos y extinguidos dejaran de existir, y los matara aquel que murió por nosotros: porque mientras los pensamientos estaban escondidos y no expuestos, era imposible matarlos por completo. Por eso también nosotros, si hemos pecado, debemos decir: "Mi pecado te he hecho conocer, y mi iniquidad no he ocultado. Dije: Confesaré mi injusticia contra mí al Señor" (Sal. XXXII). Si hacemos esto, y revelamos nuestros pecados no solo a Dios, sino también a aquellos que pueden curar nuestras heridas y pecados, nuestros pecados serán borrados por aquel que dice: "He aquí que borraré como nube tus iniquidades, y como niebla tus pecados" (Isa. XLIV). Después de la profecía de Simeón, porque era necesario que también las mujeres fueran salvadas, viene una profetisa mujer, de quien está escrito: "Y era Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser". ¡Qué hermoso orden! No vino antes la mujer que el hombre, sino que primero vino Simeón, quien tomó al niño y lo sostuvo en sus brazos: luego la mujer, de quien no se han registrado palabras, pero se dice en general que confesó al Señor y habló de él a todos los que esperaban la redención de Israel. Y justamente la santa mujer mereció recibir el espíritu de profecía, porque había alcanzado esta cumbre con larga castidad y largos ayunos. Vean, mujeres, el testimonio de Ana, e imítenlo, si alguna vez les sucede perder a sus maridos. Consideren lo que está escrito sobre ella: "Vivió siete años desde su virginidad con su marido", y lo demás, por eso fue profetisa. Pues el Espíritu Santo no habitó en ella como por casualidad. Es bueno y primero, si alguna puede poseer la gracia de la virginidad. Pero si no puede, y le sucede perder a su marido, que persevere como viuda. Esto debe tenerlo en mente no solo después de la muerte del marido, sino también mientras él vive, para que, aunque no venga su voluntad y propósito, sea coronada por el Señor, y diga: Esto prometo y declaro, si me sucede algo humano que no deseo, no haré otra cosa que perseverar como viuda incontaminada. Ahora bien, se encuentran segundas, terceras y cuartas nupcias, por no hablar de más, y no ignoramos que tal matrimonio nos excluirá del reino de Dios. Pues así como de las dignidades eclesiásticas no solo la fornicación, sino también las nupcias excluyen, ni el obispo, ni el presbítero, ni el diácono, ni la viuda pueden ser bigamos: así quizás también del grupo de los primitivos e inmaculados de la Iglesia, que no tiene mancha ni arruga, será excluido el bigamo: no para ser enviado al fuego eterno, sino para no tener parte en el reino de Dios. Recuerdo que cuando interpreté aquello que está escrito a los Corintios: "Iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los que invocan a él", dije sobre la diversidad de la Iglesia y de aquellos que invocan el nombre del Señor. Pues creo que el monógamo, la virgen, y aquel que persevera en castidad, son de la Iglesia de Dios: pero aquel que es bigamo, aunque tenga buena conducta y destaque en otras virtudes, sin embargo, no es de la Iglesia y de ese número que no tienen mancha ni arruga, o algo semejante; sino que es del segundo grado, y de aquellos que invocan el nombre del Señor, y que son salvados en el nombre de Jesucristo, pero de ninguna manera son coronados por él. A quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

303-304 HOMILÍA XVIII. De lo que está escrito: "El niño crecía y se fortalecía", hasta el lugar donde dice: "¿No sabíais que en los asuntos de mi Padre me es necesario estar?" Cap. II.

Nació mi Señor Jesús, y sus padres subieron a Jerusalén para cumplir lo que estaba prescrito en la Ley, y ofrecer por él un par de tórtolas y dos pichones. Simeón lo sostuvo en sus brazos, como se leyó antes, y profetizó sobre él lo que narra la historia: y después de que todo se cumplió según la costumbre, regresan los padres a donde Jesús entonces vivía: y sin embargo, crecía y se fortalecía en sabiduría y gracia. Aún no había cumplido los cuarenta días de purificación, aún no había llegado a Nazaret, y ya contemplaba toda la sabiduría. La Escritura pudo haber dicho que crecía y se fortalecía, y recibía el espíritu; pero quien se vació a sí

mismo tomando forma de siervo (Filip. II), tan pronto como se ofreció el sacrificio por su purificación, llenó lo que había vaciado: no porque su cuerpo se hiciera inmediatamente más grande; sino porque se mostraba algo más sagrado, según refiere la Escritura: "El niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría". Busquemos si en algún otro lugar está escrito sobre un niño que "crecía y se fortalecía", para que, al comparar muchos, podamos entender qué más se dice de nuestro Señor. De Juan: "El niño crecía y se fortalecía": y sin embargo, no se añade "y se llenaba de sabiduría", sino "se fortalecía en espíritu". Aquí, sin embargo, del Señor: "Crecía", dice, "y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él" (Luc. II). Todo esto se dice del niño que aún no había cumplido doce años. Pero cuando tenía doce años, permanece en Jerusalén. Sus padres, ignorándolo, lo buscan con preocupación, y no lo encuentran. Lo buscan entre los parientes, lo buscan en la comitiva, lo buscan entre los conocidos, y en todos estos no lo encuentran. Jesús es buscado, entonces, por sus padres con el padre que fue su nutridor y compañero al descender a Egipto: y sin embargo, no se encuentra inmediatamente cuando es buscado. Pues Jesús no se encuentra entre los parientes y los cercanos de la carne, no en aquellos que están corporalmente unidos a él. En la comitiva de muchos, mi Jesús no puede ser encontrado. Aprende dónde lo encuentran los que lo buscan, para que tú también, buscándolo con José y María, lo encuentres. Y buscándolo, dice, lo encontraron en el templo. No en cualquier otro lugar, sino en el templo. Ni simplemente en el templo, sino en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles. Y tú, por tanto, busca a Jesús en el templo de Dios, búscalo en la Iglesia: búscalo con los maestros que están en el templo y no salen de él. Pues si lo buscas así, lo encontrarás. Ahora bien, si alguien dice ser maestro y no tiene a Jesús, este es maestro solo de nombre, y por eso en él no puede encontrarse a Jesús, la Palabra de Dios y la sabiduría. Fue encontrado, dice, en medio de los doctores. Así como en otro lugar está escrito de los profetas, así también ahora entiende en medio de los doctores. Si, dice, a otro le es revelado estando sentado, el primero calla (I Cor. XIV). Lo encuentran sentado en medio de los doctores: y no solo sentado, sino también preguntando y escuchándolos. Y ahora Jesús está presente, nos interroga y escucha a los que hablan. Y se maravillaban, dice, todos. ¿Sobre qué se maravillaban? No sobre sus preguntas, aunque también estas eran maravillosas, sino sobre sus respuestas. Pues una cosa es preguntar, otra responder. Preguntaba a los maestros, y como no podían responder, él mismo respondía sobre lo que había preguntado. Pero que la respuesta no signifique simplemente un intercambio de palabras, sino enseñanza en las Escrituras santas, la Ley divina te lo enseñe. Moisés hablaba, pero Dios le respondía con voz. Aquella respuesta era sobre lo que el Señor instruía al ignorante Moisés. A veces Jesús pregunta, a veces responde, como dijimos antes. Aunque su pregunta es maravillosa, sin embargo, mucho más maravillosa es su respuesta. Para que también nosotros lo escuchemos, y nos proponga cuestiones que él mismo resuelva, supliquémosle, y con gran esfuerzo y dolor busquemos, y entonces podremos encontrar a quien buscamos. Pues no en vano está escrito: "Yo y tu padre, dolientes, te buscábamos": pues es necesario que quien busca a Jesús, no lo busque negligentemente, no de manera disoluta, no transitoriamente, como algunos buscan, y por eso no pueden encontrarlo. Pero nosotros digamos: "Dolientes te buscamos". Y cuando hayamos dicho esto, a nuestra alma trabajada y que busca con dolor, responderá y dirá: "¿No sabéis que en los asuntos de mi Padre me es necesario estar?" ¿Dónde están los herejes impíos y locos que afirman que la ley y los profetas no son del Padre de Jesucristo? Ciertamente Jesús estaba en el templo, que fue construido por Salomón, y confiesa que ese templo es de su Padre, a quien nos reveló, de quien dijo ser Hijo. Respondan cómo uno es el buen Dios, y otro el justo. Porque el Salvador es Hijo del Creador, alabemos en común al Padre y al Hijo, cuya es la ley, cuyo es también el templo. A quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XIX. De lo que está escrito: "El niño crecía y se fortalecía", hasta el lugar donde dice: "Interroga a los ancianos en el templo". Cap. II.

Porque algunos que parecen creer en la Sagrada Escritura, niegan la divinidad del Salvador como si fuera en gloria del Dios omnipotente, me parece justo que sean enseñados por la autoridad de las mismas Escrituras que algo divino vino en un cuerpo humano: y no solo en un cuerpo humano, sino también en un alma humana. Aunque si atendemos diligentemente al sentido de las Escrituras, esa alma tuvo algo más que las demás almas humanas. Pues toda alma humana, antes de llegar a las virtudes, se ensucia con vicios. Sin embargo, el alma de Jesús nunca fue manchada por la suciedad del pecado. De hecho, antes de llegar a los doce años de edad, el Espíritu Santo escribe sobre él en el Evangelio de Lucas: "El niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría". La naturaleza humana no admite que antes de los doce años se complete la sabiduría. Una cosa es tener parte de la sabiduría, otra es estar completo en sabiduría. No dudamos, por tanto, que algo divino apareció en la carne de Jesús: y no solo sobre el hombre, sino también sobre toda criatura racional. Y crecía, dice. Pues se había humillado, tomando forma de siervo, y con la misma virtud con la que se había humillado, crece. Apareció débil: porque había asumido un cuerpo débil, y por eso nuevamente se fortalece. Se había vaciado el Hijo de Dios (Fil. II): y por eso nuevamente se completa en sabiduría: y la gracia de Dios estaba sobre él. No cuando llegó a la adolescencia, no cuando enseñaba abiertamente; sino que cuando aún era niño tenía la gracia de Dios: y así como todo en él era maravilloso, también su infancia fue maravillosa, para que se completara la sabiduría de Dios. Por lo tanto, sus padres iban, según la costumbre, a Jerusalén en el día solemne de la Pascua. Y cuando tuvo doce años. Observa diligentemente, porque antes de que tuviera doce años, se completaba la sabiduría de Dios y las demás cosas que se escribieron sobre él. Cuando, pues, como dijimos, tenía doce años, y según la costumbre se habían cumplido los días de la solemnidad, y sus padres regresaban con el niño Jesús, el niño se quedó en Jerusalén, y sus padres no lo sabían. Y aquí entiende algo más sublime de lo que la naturaleza humana soporta. Pues no simplemente se quedó, y sus padres ignoraban dónde estaba; sino como está escrito en el Evangelio de Juan, que los judíos le acechaban, y él se escapó de en medio de ellos, y no apareció: así también creo que el niño se quedó en Jerusalén, y sus padres ignoraban dónde se había quedado. No nos asombremos de que se les llame padres, de los cuales uno mereció el nombre por el parto, y el otro por el servicio, de padre y madre. Sigue: "Dolientes, dice, te buscábamos". No creo que dolieran porque pensarán que el niño se había perdido o había muerto: ni podía suceder que María, que sabía que había concebido del Espíritu Santo, que había oído al ángel hablando, y a los pastores corriendo, y a Simeón profetizando, temiera perder al niño errante. Aleja esta opinión especialmente de José, a quien el ángel había ordenado que tomara al niño y fuera a Egipto, quien había oído: "No temas tomar a María tu esposa, porque lo que en ella ha nacido, del Espíritu Santo es" (Mat. I y II). Nunca podría suceder que temiera perder al niño, a quien sabía que era divino. El dolor y la búsqueda de los padres suena a algo diferente de lo que entiende el lector simple. Pues, ¿cómo tú, cuando lees las Escrituras, buscas en ellas el sentido con cierto dolor y tormento, no porque pienses que las Escrituras han errado, o que tienen algo incorrecto; sino porque tienen internamente el discurso y la razón de la verdad, y tú no puedes encontrar lo que es verdadero: así también ellos buscaban no sea que se hubiera alejado de ellos, no sea que dejándolos, hubiera migrado a otros, y lo que más creo, no sea que hubiera regresado a los cielos, cuando le hubiera placido, para descender nuevamente. Dolientes, pues, buscaban al Hijo de Dios. Y cuando lo buscaban, no lo encontraron entre los parientes. Pues la relación humana no podía contener al Hijo de Dios. No lo encontraron entre los parientes, porque lo divino era mayor que el conocimiento y la ciencia mortal.

¿Dónde, pues, lo encuentran? En el templo. Pues allí se encuentra al Hijo de Dios. Si alguna vez tú también buscas al Hijo de Dios, busca primero en el templo, apresúrate allí, allí encontrarás a Cristo, el discurso y la sabiduría, es decir, al Hijo de Dios. Y como era niño, se encuentra en medio de los maestros, santificándolos y enseñándolos. Porque era niño, se encuentra en medio, no enseñándolos, sino preguntándoles, y esto por el deber de la edad, para enseñarnos qué conviene a los niños, aunque sean sabios y eruditos, que escuchen más bien a los maestros, que deseen enseñar, y no se jacten con vana ostentación. Preguntaba, digo, a los maestros, no para aprender algo, sino para enseñar preguntando. Pues de una misma fuente de doctrina mana tanto preguntar como responder sabiamente: y es de la misma ciencia saber qué preguntar y qué responder. Convenía primero que el Salvador fuera maestro de la pregunta erudita, para que después respondiera a las preguntas según la razón de Dios y el discurso. A quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XX. De lo que está escrito: "¿Qué es lo que me buscabais?" hasta el lugar donde dice: "María conservaba todas estas palabras en su corazón". Cap. II.

Buscaban María y José entre los parientes a Jesús, y no lo encontraban: en la comitiva, y no podían encontrarlo. Lo buscaron en el templo; pero entre los maestros, y en medio de los preceptos lo encuentran. Dondequiera que haya maestros, en medio de los maestros se encuentra a Jesús: sí, sin embargo, el maestro se sienta en el templo, y nunca sale de él. Jesús benefició a sus maestros, y a aquellos a quienes parecía preguntar, los enseñó hablando en medio de ellos, y de alguna manera los incitaba a buscar lo que hasta entonces, si lo sabían o lo ignoraban, no podían saber. Se encuentra a Jesús en medio de los maestros, y encontrado dice a sus buscadores: "¿Qué es lo que me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas de mi Padre me es necesario estar?" Primero, armémonos simplemente contra los impíos herejes, que dicen que el creador es el padre de Cristo Jesús, ni el Dios de la ley, ni de los profetas. He aquí que el padre, Dios del templo, es afirmado. Que se avergüencen los valentinianos al oír a Jesús diciendo: "En las cosas de mi Padre me es necesario estar". Que se avergüencen todos los herejes, que reciben el Evangelio según Lucas, y desprecian lo que en él está escrito. Esto, como dije, sea entendido más simplemente. Pues se añade: "Pero ellos no entendieron el discurso", examinemos más diligentemente el sentido de la Escritura, si eran tontos e insensatos, para no saber qué decía, si lo que dijo: "En las cosas de mi Padre me es necesario estar", significaba en el templo, o si significa algo más alto, y que edifique más a los oyentes. Cada uno de nosotros, si es bueno y perfecto, es posesión de Dios Padre, y tiene en medio de sí a Jesús. Creámosle, pues, diciendo: "Porque en las cosas de mi Padre me es necesario estar". Más razonable y viviente, y verdadero templo de Dios sospecho que es esto, que aquel que típicamente fue construido con obra terrena. Por lo cual en aquel templo, como fue típico, así se retiró y típicamente. Pues salió del templo terrenal diciendo: "He aquí que vuestra casa será dejada desierta" (Mat. XXIII), y dejando aquella casa vino a la posesión de Dios Padre, a las Iglesias dispersas en todo el mundo, y dice: "En las cosas que son de mi Padre me es necesario estar". Entonces, pues, no entendieron la palabra que les habló. Al mismo tiempo, notad también que mientras estuvo en la posesión de su Padre estaba arriba, porque aún no tenían plena fe José y María, por eso no podían permanecer arriba con él: sino que se dice que descendió con ellos. Frecuentemente Jesús desciende con sus discípulos, ni siempre se encuentra en el monte, ni sin fin sostiene lo sublime. En el monte está con Pedro, con Jacobo, con Juan, y nuevamente en otro lugar con los demás discípulos (Mat. XVII). Pero porque no podían aquellos que sufrían diversas enfermedades subir al monte, por eso desciende, y viene a aquellos que estaban abajo. Ahora también se escribe, "Descendió con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto". Aprendamos, hijos, a estar sujetos a nuestros padres: el mayor se sujeta al menor. Pues porque veía a José mayor en edad, por eso lo honró con el honor de

padre, dando ejemplo a todos los hijos, para que se sujeten a sus padres. Que si no fueran sus padres, se sujeten a aquellos que tienen la edad de padres. ¿Qué hablo de padres e hijos? Si Jesús, el Hijo de Dios, se sujeta a José y a María, ¿no me sujetaré yo al obispo, que me ha sido ordenado por Dios como padre? ¿No me sujetaré al presbítero, que me ha sido puesto por la dignación del Señor? Creo que José entendía que Jesús era mayor que él, que se le sujetaba, y sabiendo que el mayor estaba sujeto, temeroso moderaba su mando. Que cada uno vea, pues, que a menudo el inferior está puesto sobre los mejores, y no pocas veces sucede que aquel que está sujeto es mejor que aquel que parece estar puesto sobre él. Lo cual, cuando lo entienda el que está en dignidad superior, no se elevará en soberbia por ser mayor, sino que sabrá que así tiene al mejor sujeto, como Jesús estuvo sujeto a José. Luego sigue: "Pero María conservaba todas estas palabras en su corazón". Sospecha algo más que de un hombre, por lo cual guardaba todas sus palabras en su corazón, no como de un niño que tenía doce años, sino de aquel que había sido concebido del Espíritu Santo, a quien veía progresar en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres. Jesús progresaba en sabiduría, parecía más sabio en cada edad. ¿Acaso no era sabio, para hacerse más sabio? ¿O porque se había vaciado tomando forma de siervo, lo que había perdido lo retomaba, y se llenaba de virtudes, que, poco antes al asumir el cuerpo, parecía haber dejado? Progresaba, pues, no solo en sabiduría, sino en edad. Hay progreso de edad. En las Escrituras se mencionan dos edades, una del cuerpo que no está en nuestro poder, sino en la ley de la naturaleza: otra del alma, que propiamente está en nosotros, según la cual, si queremos, crecemos cada día, y llegamos a la cumbre, para que no seamos más niños fluctuantes, y que seamos llevados por todo viento de doctrina, sino que dejando de ser niños, comencemos a ser hombres, y digamos: "Cuando fui hecho hombre, destruí lo que era de niño" (I Cor. XV). Este, como dije, progreso de edad, que tiene incremento del alma, está en nuestro poder. Si no basta el testimonio, también tomemos aquel ejemplo de Pablo: "Hasta que lleguemos todos al hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud del cuerpo de Cristo" (Efe. IV). Está, pues, en nosotros, llegar a la medida de la edad del cuerpo de Cristo, y si está en nosotros, con todo esfuerzo nos esforcemos por dejar al niño, y destruirlo, y llegar a las demás edades, para que también nosotros podamos oír: "Tú irás a tus padres en paz, nutrido en buena vejez", ciertamente espiritual, que es verdaderamente buena vejez, encaneciendo y llegando hasta el fin en Cristo Jesús. A quien sea la gloria y el honor y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXI. De lo que está escrito: "En el año quince del imperio de Tiberio César", hasta el lugar donde dice: "Enderezad sus caminos". Cap. III.

Cuando el discurso profético se enviaba solo a los judíos, se ponían en el título los reyes judíos: Por ejemplo: "Visión que vio Isaías hijo de Amós, contra Judá y contra Jerusalén en el reino de Ozías y Jonatán, y Acaz, y Ezequías" (Isa. I): y no veo a ningún otro, excepto a los reyes de Judá, designado en el tiempo de Isaías. En algunos profetas también leemos a los reyes de Israel, como allí: "Y en los días, dice, de Jeroboam hijo de Joás rey de Israel" (Amós I). Pero cuando el sacramento del Evangelio debía ser predicado, y el Evangelio debía ser diseminado en todo el mundo, cuyo príncipe fue Juan en el desierto, y el imperio romano gobernaba el imperio de Tiberio, y entonces en el año quince se describe que la palabra del Señor fue hecha a Juan. Y si solo a aquellos que de las naciones iban a creer se les iba a anunciar la salvación, y completamente excluir a Israel, habría bastado diciendo: "En el año quince de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato". Pero como de Judea y de Galilea muchos iban a creer, por eso también se ponen estos reinos en el título, y se dice: "Tetrarca de Galilea Herodes, y Felipe su hermano tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene, bajo los príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, fue hecha la palabra del Señor a Juan hijo de Zacarías en el desierto".

Antiguamente la palabra de Dios se hacía a Jeremías hijo de Hilcías en Anatot en los días de Josías rey de Judá (Jer. I): ahora la palabra de Dios se hace a Juan hijo de Zacarías, que nunca fue hecha a los profetas en el desierto. Pero porque más hijos iban a creer de la desierta que de aquella que tiene marido (Gál. IV; Isa. LIV): por eso fue hecha la palabra de Dios a Juan hijo de Zacarías en el desierto. Y considera también que tiene más sentido si se entiende mística y no según la simple letra. Pues quien predica en el desierto, lo hace en vano allí donde nadie lo escucha. El precursor de Cristo, y la voz que clama en el desierto, predica en el desierto del alma, que no tenía paz (Juan I). No solo entonces, sino también en el presente primero viene la lámpara ardiente y luminosa, y predicaba el bautismo de penitencia, en remisión de los pecados (Mar. I): luego sigue la luz verdadera, cuando la misma lámpara dice: "Es necesario que él crezca, y yo disminuya" (Juan III): Se hace la palabra en el desierto, y viene a toda la región alrededor del Jordán. Pues, ¿qué otros lugares debía recorrer el Bautista, sino los cercanos al Jordán, para que quienes quisieran hacer penitencia, estuvieran listos para el baño de agua? Ahora bien, el Jordán significa descendente. El río de Dios, nuestro Salvador, el Señor, es el que desciende y corre con gran ímpetu, en el cual somos bautizados. El cual verdadero agua saludable, también en remisión de los pecados en el bautismo predica: venid, catecúmenos, haced penitencia, para que en remisión de los pecados obtengáis el bautismo. En remisión de los pecados recibe el bautismo aquel que deja de pecar. Pues si alguien pecando viene al baño, no se le hace remisión de los pecados. Por eso os ruego, no vengáis al bautismo sin cautela y diligente circunspección, sino mostrad primero frutos dignos de penitencia. Haced algo de tiempo en buena conversación, guardaos limpios de todas las suciedades y vicios: y entonces se os hará remisión de los pecados, cuando comencéis también vosotros a despreciar vuestros propios pecados. Dejad vuestros delitos, y se os perdonarán. Esto mismo que ahora se pone del antiguo instrumento, lo leemos escrito en el profeta Isaías, pues allí se dice: "Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas" (Isa. XL). El Señor quiere encontrar en vosotros un camino, para poder entrar en vuestras almas, y hacer su camino. Preparadle una senda, de la cual se dice: "Enderezad sus sendas": Voz del que clama en el desierto. La voz clama, preparad el camino. Primero la voz llega a los oídos: luego después de la voz, o más bien con la voz, el discurso penetra el oído. Según este sentido, Cristo fue anunciado por Juan. Veamos, pues, qué anuncia la voz del verbo. "Preparad, dice, el camino al Señor". ¿Qué camino prepararemos al Señor? ¿Acaso corporal? ¿O puede el discurso de Dios ir por tal camino? ¿O es necesario preparar internamente al Señor, en nuestro corazón, un camino recto y llano? Este es el camino por el cual entra el discurso de Dios, que consiste en la capacidad del cuerpo humano. Grande es el corazón del hombre, y espacioso, y capaz, si sin embargo está limpio: ¿Quieres conocer su grandeza y amplitud? Mira cuánta magnitud de sentidos divinos puede contener. Él, dice, me dio el conocimiento de las cosas que son, la razón del mundo, y las obras de los elementos, el principio y el fin y el medio de los siglos, las variedades de los tiempos, y la traslación de los meses, los círculos de los años, y las sedes de las estrellas, las naturalezas de los animales, y las furias de las bestias, las violencias de los espíritus, y los pensamientos de los hombres, las diversidades de los árboles, y la fuerza de las raíces (Sab. VII, 17). Ves que no es pequeño el corazón del hombre, que puede contener tanto. Ni en la cantidad del cuerpo, sino en su fortaleza entiende, que puede contener tanta ciencia de la verdad. Pero para llevar también a los simples a creer con ejemplos cotidianos, que grande es el corazón del hombre, veamos. Cualesquiera ciudades que hayamos atravesado, las tenemos en el ánimo, y las cualidades, y los sitios de las calles, de los muros, y de los edificios se mueven en nuestro corazón. El camino que hemos tomado, lo retenemos en la pintura y descripción de la memoria: el mar que hemos navegado lo abarcamos con pensamiento silencioso. No es pequeño, como dije, el corazón del hombre, que puede contener tanto. Si, pues, no es pequeño conteniendo tanto, consecuentemente en él se prepara

el camino del Señor, y se hace recta la senda, para que en él camine el discurso de Dios, y la sabiduría. Prepara el camino al Señor por buena conversación, y con obras egregias mantén la senda: sin ofensa alguna deambule en ti la Palabra de Dios, y te conceda el conocimiento de sus misterios y de su venida. A quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXII. De lo que está escrito: "Todo valle será llenado", hasta el lugar donde dice: "Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham". Cap. III.

Veamos lo que se anuncia en la venida de Cristo, entre lo cual primero se escribe sobre Juan: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Y lo que sigue es propiamente del Señor Salvador. Pues no fue Juan quien llenó todo valle, sino el Señor Salvador. Cada uno considere quién era antes de creer: entonces advertirá que era un valle humilde, un valle sumido en lo profundo. Cuando vino el Señor Jesús y envió al Espíritu Santo, su vicario, todo valle fue llenado. Fue llenado con buenas obras y frutos del Espíritu Santo. La caridad no permite que permanezcas como un valle. Si tienes paz, sabiduría y bondad, no solo dejarás de ser un valle, sino que comenzarás a ser un monte de Dios. Esto lo vemos suceder más cada día entre las naciones, y cumplirse: Todo valle será llenado; más que en el pueblo de Israel, que fue rebajado de lo alto: Todo monte y colina serán humillados. Ese pueblo fue una vez un monte y una colina, que fue rebajado y destruido. Por la falta de ellos, la salvación fue dada a las naciones para emularlos (Rom. XI). Y si dices que las fuerzas contrarias, que se levantaban contra los mortales, son montes y colinas que han sido rebajados, no pecarás. Pues para que se llenen tales valles, deben ser humillados. Pero contemplemos también si lo que fue profetizado en la venida de Cristo se ha cumplido. Pues sigue: Y todo lo torcido será enderezado. Cada uno de nosotros era torcido, si no es que aún hoy persevera: y por la venida de Cristo, que se hizo para nuestra alma, todo lo torcido fue enderezado. ¿De qué te sirve que Cristo haya venido una vez en carne, si no ha venido también a tu alma? Oremos para que su venida sea diaria para nosotros, y podamos decir: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gal. III). Pues si Cristo vive en Pablo, pero no vive en mí, ¿de qué me servirá? Pero cuando también venga a mí, y disfrute de Él como lo hizo Pablo, entonces también yo hablaré como Pablo: Vivo ya no yo, sino que Cristo vive en mí. Consideremos, pues, lo demás que se anuncia en la venida de Cristo. No había nada más áspero que tú. Mira tus antiguos impulsos, mira la ira y otros vicios, si es que han dejado de ser lo que eran, y entiendes que no había nada más áspero, y (para hablar más significativamente) nada más desigual. Tu conversación era desigual, y tu discurso y obras desiguales. Vino, pues, mi Señor Jesús, y niveló tus asperezas, convirtió todo lo desordenado en caminos llanos, para que en ti se hiciera un camino sin ofensa, y leve [quizás laeve], y purísimo, y Dios Padre caminara en ti, y Cristo Señor hiciera su morada en ti, y dijera: Yo y mi Padre vendremos, y haremos morada en él (Juan XIV). Sigue; Y toda carne verá la salvación de Dios. Tú eras una vez carne, es más, para hablar más maravillosamente, aunque aún estés en la carne, ves la salvación de Dios. Pero lo que significa que se dice, toda carne, ya que no se exceptúa ninguna que no vea la salvación de Dios, lo dejó para que lo entiendan aquellos que conocen los misterios de las Escrituras. Debemos atender a lo que Juan dice a los que salen al bautismo. Si alguien quiere ser bautizado, que salga. Pues permaneciendo en su estado anterior, y no dejando sus costumbres y hábitos, de ninguna manera viene correctamente al bautismo. Pero para que entiendas qué significa salir al bautismo, toma el testimonio y escucha las palabras con las que Dios habla a Abraham; Sal de tu tierra (Gen. XII), y lo demás. A las multitudes que salen al baño, no a las que han salido, sino solo a las que están saliendo, Juan les habla lo que sigue. Pues si ya hubieran salido, nunca les diría, generación de víboras. Por tanto, todo lo que les dice, a vosotros, oh catecúmenos y

catecúmenas, os lo dice. Vosotros que os disponéis a venir al bautismo, considerad que no se os pueda decir, generación de víboras. Pero también lo que sigue, si no expulsáis la maldad y el veneno de las serpientes de vuestro corazón, se os dirá: ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Una gran ira se cierne sobre este mundo: todo el mundo sufrirá la ira de Dios: tanta vastedad del cielo, y la amplitud de la tierra, y los coros de estrellas, el resplandor del sol, y los consuelos nocturnos de la luna, la ira de Dios los subvertirá. Pues todo esto pasará por los pecados de los hombres. Y en tiempos antiguos, la ira de Dios vino solo sobre la tierra, porque toda carne había dejado su camino sobre la tierra (Gen. VI): pero ahora la ira de Dios vendrá sobre el cielo y la tierra. Los cielos pasarán, pero tú permanecerás (se dice a Dios), y todos envejecerán como un vestido (Sal. CII). Ved qué clase y cuánta ira es, que consumirá todo el mundo, y castigará a los que son dignos de pena, y encontrará materia en la que ejercerse. Cada uno de nosotros, por lo que ha hecho, ha preparado materia para la ira. Pues según tu dureza e impenitente corazón atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, se dice a los Romanos (Rom. II). Luego sigue: ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento. Y a vosotros que venís al bautismo, se os dice: Haced frutos dignos de arrepentimiento. ¿Queréis saber cuáles son los frutos del arrepentimiento? La caridad es fruto del Espíritu, el gozo es fruto del Espíritu, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia, y otras cosas semejantes (Galat. V). Si tenemos todas estas cosas, hemos hecho frutos dignos de arrepentimiento. Nuevamente se dice a los que venían al bautismo de Juan: Y no comencéis a decir entre vosotros, tenemos por padre a Abraham: porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. Juan, el último de los profetas, profetiza la expulsión del pueblo anterior y la vocación de las naciones. Pues a aquellos que se gloriaban de Abraham les dice: Y no comencéis a decir entre vosotros, tenemos por padre a Abraham. Y de las naciones vuelve a hablar: Porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. ¿De qué piedras? No mostraba ciertamente piedras irracionales y corpóreas, sino hombres insensibles y una vez duros, que porque adoraban piedras y maderas, se cumplió lo que se cantaba en el salmo: Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos (Sal. CXV). Verdaderamente, los que hacen ídolos, y confían en ellos, son semejantes a sus dioses, sin sentido, sin razón alguna, convertidos en piedras y maderas. Pues viendo tanto el orden de las criaturas, la belleza, el oficio, tanta hermosura del mundo, no quieren entender al Creador a partir de las criaturas, ni consideran alguna providencia de tal disposición, que haya algún rector, sino que son ciegos, viendo el mundo solo con esos ojos con los que los animales irracionales y las bestias ven. Pues no advierten que en lo que ven hay razón que lo gobierna, que hay alguna razón en ello. Esto porque Juan había dicho: Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. Y nosotros, por tanto, supliquemos a Dios, que si alguna vez fuimos piedras, nos convirtamos en hijos de Abraham en lugar de esos hijos que fueron expulsados, y que por su culpa perdieron la promesa y la adopción. Aún pondré un testimonio sobre las piedras. Pues en el cántico del Éxodo está escrito: Conviértanse en piedras, hasta que pase tu pueblo, Señor, hasta que pase este pueblo que poseíste (Éxodo XV). Se ruega, pues, a Dios, que por un tiempo se conviertan en piedras; pues así lo expresa más significativamente el griego, ἀναλιθούσθωσαν, hasta que pase el pueblo de los judíos. No hay duda de que después de que ellos hayan pasado, las naciones dejarán de ser piedras, y en lugar de un corazón duro recibirán en Cristo una naturaleza humana y racional. A quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIII. De lo que está escrito: He aquí que el hacha está puesta a la raíz de los árboles, hasta el lugar donde dice: Y vinieron también los publicanos para ser bautizados por él. Cap. III.

Juan ya en ese tiempo decía: He aquí que el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Y si ya se acercara la consumación, y el fin de los tiempos estuviera cerca, no nacería para mí ninguna cuestión. Pues diría que lo que dice: He aquí que el hacha está puesta a la raíz del árbol, y aquello: Porque todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego, fue profetizado porque en ese tiempo se cumplía. Pero como han pasado tantos siglos, y tantos años innumerables han transcurrido desde ese tiempo hasta el presente día, debemos investigar cómo el Espíritu Santo en el profeta dice: He aquí que el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Yo creo que se profetiza al pueblo israelita que su corte está cercana. Pues a aquellos que salían a él para ser bautizados, entre otras cosas les decía: Haced frutos dignos de arrepentimiento; y como si hablara a los judíos decía: No comencéis a decir entre vosotros, tenemos por padre a Abraham. Porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. Por tanto, lo que dice: He aquí que el hacha está puesta a la raíz de los árboles, lo dice a los judíos. A este sentido también se ajusta aquello apostólico, que los ramos fueron cortados por esta hacha de incredulidad, para que no se cortara de la raíz el árbol, sino lo que brotó de la raíz, para que en la raíz del árbol original, se puedan injertar ramas de olivo silvestre (Rom. XI). Por tanto, todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego: pues este es su fin, ser consumido por el fuego. Luego se introducen tres órdenes de personas que preguntan a Juan sobre su salvación: uno que la Escritura llama pueblos que salen al bautismo, otro que nombra publicanos, y un tercero que se considera bajo la denominación de soldados. Las multitudes le preguntaban, diciendo: ¿Qué haremos? Y él les respondía: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo. Lo cual, no sé si conviene mandarlo a las multitudes. Pues parece más adecuado para los apóstoles que para el vulgo, que el que tiene dos túnicas, dé una al que no tiene. Y para que sepas que esto conviene más a los apóstoles que a las multitudes, escucha lo que el Salvador les dice: No llevéis dos túnicas en el camino (Mat. XX). Así que el doble vestido con el que cada uno se viste, y se manda que se dé al que no tiene, suena a otra inteligencia. Pues el Salvador quiere que, así como no tenemos que servir a dos señores, tampoco tengamos dos túnicas, ni estemos cubiertos con un vestido doble, para que no haya un vestido del hombre viejo, y otro del nuevo. Al contrario, desea que nos despojemos del hombre viejo, y nos revistamos del nuevo. Hasta aquí la exposición es fácil. Pero se pregunta, cómo según esta interpretación se manda que demos el vestido al que no tiene. ¿Quién es aquel que no tiene ni siquiera un vestido sobre su carne, que está desnudo, que no está cubierto con ninguna vestidura? No digo esto para que no se mande la liberalidad y la misericordia hacia los pobres. Es una clemencia hiperbólica: que incluso cubramos a los desnudos con otra túnica. Pero digo esto, que también el lugar respeta una inteligencia más profunda, y que debemos dar la túnica al que no tenía ninguna. ¿Quién es, pues, aquel que no tiene túnica? Sin duda, aquel que no tiene a Dios en absoluto. Debemos, pues, despojarnos y dar al que está desnudo. Uno tiene a Dios, otro no lo tiene en absoluto, una fortaleza contraria, evidentemente. Y como está escrito, que arrojemos al fondo del mar nuestros delitos (Miqueas VII): así debemos arrojar de nosotros los vicios y pecados, y echarlos sobre aquel que fue la causa de ellos para nosotros. Y el que tiene, dice, alimento, haga lo mismo. El que tiene alimentos dé al que no tiene, para que no solo le dé vestimenta, sino también algo que pueda comer. Y vinieron también los publicanos para ser bautizados por él. Esto, incluso según la simple inteligencia, enseña a los publicanos a no buscar más de lo que está prescrito en la Ley; pues los que exigen más, no transgreden el mandato de Juan, sino del Espíritu Santo que habló en Juan. No sé, sin embargo, si, según la ἀναγωγήν, el discurso significa algo más excelente, y si debemos revelar cosas tan místicas en tal audiencia, especialmente entre aquellos que no penetran en la médula de las Escrituras, sino que solo se deleitan en la superficie. Es peligroso, pero sin embargo debe tocarse brevemente. Cuando hayamos salido del mundo, y esta vida nuestra haya sido cambiada, habrá algunos sentados en los confines

del mundo como en el oficio de publicanos, examinando diligentemente para que no encuentren algo suyo en nosotros. Me parece que el príncipe de este mundo es como un publicano, de donde está escrito sobre él: Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan XIV). También aquello que leemos en el Apóstol: Pagad a todos lo que debéis, al que tributo, tributo: al que impuesto, impuesto: al que honor, honor; no debáis nada a nadie, sino que os améis unos a otros (Rom. XIII), debe entenderse sagradamente. Por lo cual consideremos si acaso, cuando no tengamos algo que podamos pagar como impuesto, seamos arrastrados por la deuda, como suele suceder también en el mundo con los deudores, cuando alguien es encerrado para servir a la república por la deuda. Muchos de nosotros deben ser retenidos por tales publicanos: a quienes Jacob, aquel hombre santo, no temía mucho, ni temía que se encontrara algo de los impuestos de los publicanos en él. Por eso hablaba audazmente a aquel publicano Laban: Reconoce si algo tuyo está en mí (Gen. XXXI). Sobre lo cual la Escritura da testimonio diciendo: Y Laban no reconoció nada en Jacob. El Salvador nuestro y el Espíritu Santo que habló en los profetas, no solo enseñan a los hombres, sino también a los ángeles, y a las virtudes invisibles. ¿Qué diré del Salvador? También los profetas mismos y los apóstoles, todo lo que resuenan, no solo lo predicán a los hombres, sino también a los ángeles. Para que sepas que es verdad: Atiende, dice, cielo, y hablaré; en presencia de los ángeles te cantaré; y: Alabad al Señor, cielos de los cielos, y aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor (Sal. CXLVIII, 4); y: Alábenlo ángeles; y: En todo lugar de su dominio bendice, alma mía, al Señor. Encontrando en muchos lugares, y especialmente en los salmos, que también se habla a los ángeles, se da al hombre el poder, al que tiene el Espíritu Santo, de hablar también a los ángeles. De los cuales pondré un ejemplo, para que sepamos que también los ángeles son instruidos por las voces humanas. Está escrito en el Apocalipsis de Juan: Al ángel de la Iglesia de Éfeso escribe: Tengo algo contra ti (Apoc. II); y de nuevo: Al ángel de la Iglesia de Pérgamo escribe: Tengo algo contra ti. Ciertamente es un hombre quien escribe a los ángeles, y les manda algo. No dudo que también en nuestra asamblea haya ángeles presentes, no solo en general en toda la Iglesia, sino también individualmente. De los cuales el Salvador dice: Sus ángeles ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos (Mat. XVIII). Aquí hay una doble Iglesia, una de hombres, otra de ángeles. Si decimos algo según la razón, y según la voluntad de las Escrituras, los ángeles se alegran, y oran con nosotros. Y porque los ángeles están presentes en la Iglesia, al menos en la que lo merece, y es de Cristo, por eso se manda a las mujeres que oran, que tengan un velo sobre la cabeza por causa de los ángeles, ciertamente aquellos que asisten a los santos, y se alegran en la Iglesia (I Cor. XI). A quienes nosotros, porque nuestros ojos están oscurecidos por las manchas de los pecados, no vemos, pero los apóstoles de Jesús a quienes se les habla: En verdad, en verdad os digo, veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre (Juan I). Si tuviera esta gracia, para ver como los apóstoles, y como Pablo vio, contemplaría ahora la multitud de ángeles, lo que veía Eliseo, y Giezi que estaba con él no veía. Giezi estaba en miedo, no fuera que fuera capturado por los enemigos, solo Eliseo veía. Pero Eliseo como profeta del Señor, suplica, y dice: Oh Señor, abre los ojos de este joven, y vea que son muchos más los que están con nosotros que con ellos (IV Reg. VI). Y de inmediato a las oraciones del santo varón, Giezi vio a los ángeles que antes no veía. Decimos esto para mostrar que también los publicanos son enseñados por Juan, y no solo aquellos que sirven a los impuestos de la república, sino también aquellos que venían al arrepentimiento. Y había otros publicanos corporales, así como otros soldados, que salían al bautismo del arrepentimiento. Pues vino no solo Juan y profeta, sino también el mismo Salvador, a predicar el arrepentimiento salvador a los hombres, y a los ángeles, y a las demás virtudes, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua

confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filip. II): a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIV. De lo que está escrito: Yo os bautizo con agua, hasta el lugar donde dice: Él os bautizará con el Espíritu Santo y fuego. Cap. III.

Joannem, quien es menor que Cristo, fue recibido por el pueblo, pensando y considerando que tal vez él era el Cristo: pero al que era mayor que él y había venido, no lo recibieron. ¿Quieres saber la causa? Conoce: el bautismo de Juan era visible, el bautismo de Cristo era invisible. Porque yo, dice, os bautizo en agua: pero el que viene después de mí, es mayor que yo, él os bautizará con el Espíritu Santo y fuego. ¿Cuándo bautiza Jesús con el Espíritu Santo, y cuándo de nuevo con fuego? ¿Acaso bautiza al mismo tiempo con Espíritu y fuego, o de manera diferente y variada? Pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo, no muchos días después de estos. Los apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo después de su ascensión a los cielos (Hechos II): pero que hayan sido bautizados con fuego, la Escritura no lo menciona. Pero así como Juan junto al río Jordán esperaba a los que venían al bautismo, y a otros los rechazaba diciendo: Generación de víboras, y demás; sin embargo, a los que confesaban sus vicios y pecados, los recibía: así estará en el río de fuego el Señor Jesús junto a la espada flamígera (Gén. III), para que a cualquiera que, después de salir de esta vida, desee pasar al paraíso y necesite purificación, lo bautice en este río y lo transmita a lo deseado: pero a aquel que no tenga la señal de los bautismos anteriores, no lo bautice con el lavacro de fuego. Porque es necesario que primero alguien sea bautizado con agua y espíritu, para que cuando llegue al río de fuego, muestre que ha guardado los lavacros de agua y espíritu, y entonces merezca recibir también el bautismo de fuego en Cristo Jesús: a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXV. Sobre la sospecha que tenía el pueblo de Juan, de que tal vez él fuera el Cristo. Cap. III.

El amor también tiene peligro si se excede en su medida. Porque quien ama a alguien debe considerar las naturalezas y causas del amado, y no amarlo más de lo que merece. Pues si se excede en la medida de la caridad, tanto el que ama como el que es amado estarán en pecado. Para que esto sea más claro, pongamos un ejemplo. El pueblo admiraba a Juan y lo amaba: y en verdad era digno de admiración, para que se le otorgara más que a los demás hombres, porque había vivido de manera diferente a todos los mortales. No todos estamos contentos con un alimento simple, sino que nos deleitamos con la variedad de los manjares: un solo vino nos basta para beber, compramos vinos de diversos sabores. Juan, sin embargo, siempre se alimentaba de langostas, siempre de miel silvestre, y estaba contento con un alimento simple y ligero, para que su cuerpo no se engrosara con manjares más pesados, ni se agravara con banquetes exquisitos; pues tal es la naturaleza de nuestros cuerpos, que se agravan con alimentos superfluos: y cuando el cuerpo se ha agravado, también el alma se carga, que está difundida por todo el cuerpo y sujeta a sus pasiones. Por lo cual, se ordena correctamente a aquellos que pueden observar: Es bueno no comer carne, ni beber vino, ni en lo que tu hermano se escandalice (Rom. XIV). Juan, por tanto, era de vida admirable y muy diferente de la conversación de otros hombres. No tenía mundo, ni siervo, ni siquiera una humilde choza. Moraba en el desierto no solo hasta el día de su manifestación a Israel, sino también en el tiempo en que predicaba el arrepentimiento al pueblo, estaba en la soledad de Judea, y se regaba con agua simple, para que también en la bebida fuera diferente de los demás. Nosotros, que vivimos en las ciudades, que estamos en medio de los pueblos, buscamos ropas más elegantes, y alimentos, y cosas adecuadas: pero él, que moraba en el desierto, ved con

qué vestimenta estaba vestido. Se había hecho una túnica de pelos de camello, y se ceñía con un cinturón de cuero. Por tanto, todos conocían esto en él, y por la disimilitud de su vida, todos los que lo veían lo admiraban, y admirándolo lo veneraban con gran devoción, sobre todo porque bautizaba a los penitentes para la remisión de los pecados. Por estas razones lo amaban justamente, pero no guardaban la medida en la caridad: pensaban que tal vez él era el Cristo. Evitando una caridad desordenada e irracional, el apóstol Pablo hablaba de sí mismo: Temo que alguien piense de mí más de lo que ve en mí, o escucha de mí, y que la grandeza de las revelaciones me exalte (I Cor. XII), etc. Temiendo que también él incurriera en esto, no quería que se juzgara todo de él que conocía, para que nadie pensara que era más de lo que veía, y excediendo la medida del honor, dijera lo que se había dicho de Juan, que él era el Cristo. Lo cual algunos también dijeron de Dositheo, el hereje de los samaritanos, y otros de Judas el Galileo. Finalmente, algunos se atrevieron tanto en su amor, que inventaron ciertos monstruos nuevos e inauditos sobre Pablo. Algunos dicen que lo que está escrito, sentarse a la derecha del Salvador y a la izquierda, se dice de Pablo y de Marción, que Pablo se sienta a la derecha, Marción a la izquierda. Otros, al leer: Enviaré al abogado, el Espíritu de verdad (Juan XIV), no quieren entender la tercera persona del Padre y del Hijo, y la naturaleza divina y sublime, sino al apóstol Pablo. ¿No te parece que todos amaron más de lo que conviene, y mientras admiran la virtud de cada uno, han perdido la medida del amor? Lo cual sufrimos en la Iglesia: muchos, al amarnos más de lo que merecemos, proclaman y hablan, alabando nuestros discursos y doctrina, que nuestra conciencia no acepta. Otros, calumniando nuestros tratados, nos acusan de sentir lo que nunca hemos sentido. Pero ni los que aman más, ni los que odian, mantienen la regla de la verdad: y unos mienten por amor, otros por odio. Por lo cual, es necesario poner freno al amor, y permitirle tanta libertad de vagar, cuanto no caiga en precipicios. Está escrito en el Eclesiastés: No seas demasiado justo, ni pienses más de lo que conviene, no sea que te asombres. Siguiendo este ejemplo, puedo decir algo similar: No ames al hombre con toda tu alma, y con toda tu fuerza: no ames al ángel con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza; pero guarda el mandamiento según el dicho del Salvador solo para Dios. Amarás, dice, al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza (Mat. XXII). Que alguien me responda, y diga: El Salvador manda: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y a tu prójimo como a ti mismo. Quiero amar a Cristo: enséñame, pues, cómo debo amarlo. Porque si lo amo con todo mi corazón, y con toda mi alma, y con toda mi fuerza, hago contra el mandamiento, al amar a otro así sin ser Dios. Pero si lo amo menos que al Padre omnipotente, temo no ser hallado impío y profano hacia el Primogénito de toda criatura. Enséñame, y muéstrame la razón, cómo debo amar a Cristo, caminando en medio de ambos. ¿Quieres saber con qué amor debe amarse a Cristo? Escucha brevemente. Amarás al Señor tu Dios en Cristo. ¿Crees que puede haber un amor diferente en el Padre y en el Hijo? Ama al Señor Cristo al mismo tiempo. Ama al Padre en el Hijo, al Hijo en el Padre, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza. Y si alguien pregunta, y dice: prueba lo que afirmas con las Escrituras, que escuche al apóstol Pablo, que tenía un amor razonable, hablando: Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor Salvador (Rom. VIII), a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVI. De lo que está escrito: Su aventador en su mano, y limpiará su era, hasta el lugar donde dice: Y recogerá su trigo en el granero. Cap. III.

Cristo es Dios: y quien lo adora, debe adorar en espíritu y verdad (Juan IV). También nuestro Dios es fuego consumidor (Deut. IV). Dios se llama de dos maneras, espíritu y fuego.

Espíritu para los justos, fuego para los pecadores. Pero mientras que los ángeles también se llaman espíritus y fuego: Él hace, dice, a sus ángeles espíritus, y a sus ministros fuego ardiente (Hebr. I): los ángeles son espíritus para los santos: pero para aquellos que lo merecen, les asignan fuego, y les suministran ardor. Según este sentido, también nuestro Dios y Salvador, siendo espíritu, vino a enviar fuego sobre la tierra. Espíritu, según lo que está escrito: Pero cuando te conviertas al Señor, se quitará el velo: y el Señor es espíritu (II Cor. III). Pero vino a enviar fuego no sobre el cielo, sino sobre la tierra, como él mismo demuestra diciendo: Fuego vine a enviar sobre la tierra, y ¿qué quiero sino que ya arda? (Luc. XI). Porque si te conviertes al Señor, que es espíritu, Cristo será para ti espíritu, y no vino a enviar fuego sobre la tierra. Pero si no te conviertes a Dios, sino que tienes la tierra y su fruto, vino a enviar fuego sobre tu tierra. Algo similar está escrito de Dios: El fuego de su furor se ha encendido, no hasta el cielo arriba, sino hasta el infierno abajo: y devorará no el cielo, sino la tierra y sus brotes. ¿Por qué he recordado esto? Porque también el bautismo, con el que Jesús bautiza, es en el Espíritu Santo y fuego. Recuerdo lo que hablé recientemente, y no pasa la explicación anterior; pero quiero añadir algo nuevo. Si eres santo, serás bautizado con el Espíritu Santo: si eres pecador, serás sumergido en el fuego; y un mismo bautismo se convertirá en condenación y fuego para los indignos y pecadores: pero para aquellos que son santos, y se convierten al Señor con toda fe, se les otorgará la gracia y la salvación del Espíritu Santo. Aquel, pues, que se dice que bautiza con el Espíritu Santo y fuego, tiene el aventador en su mano, y limpiará su era, y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja con fuego inextinguible. Quiero encontrar la razón por la cual nuestro Señor tiene un aventador, y que con un viento suave las pajas ligeras sean llevadas de aquí para allá, pero el trigo pesado sea llevado a un solo lugar, pues no se pueden separar el trigo y las pajas sin viento; creo que las tentaciones se entienden como viento, que en el confuso montón de creyentes, muestran a unos como pajas, a otros como trigo. Porque cuando tu alma ha sido vencida por alguna tentación, no es la tentación la que te convierte en paja; sino que, siendo paja, es decir, ligero e incrédulo, la tentación muestra lo que eras oculto. Por el contrario, cuando soportas las tentaciones con fortaleza, no te hace la tentación fiel y paciente, sino que la virtud que estaba en ti, de paciencia y fortaleza, y estaba oculta, la saca a la luz. Porque, dice el Señor, ¿crees que te he hablado de otra manera que para que obedezcas como justo? Y en otro lugar: Te afligí, y te hice pasar necesidad, para que se manifestaran las cosas que estaban en tu corazón. De esta manera, la tempestad no hace que el edificio sobre la arena se mantenga, sino sobre la tierra. Cuando se levanta, no derriba lo que está fundado sobre la tierra: pero lo que flota sobre la arena, muestra inmediatamente que no estaba bien fundado. Por lo tanto, antes de que se levante la tempestad, antes de que se levanten los vientos, antes de que los ríos se hinchen, mientras todo aún está en silencio, dirijamos todo nuestro esfuerzo a los cimientos de los edificios, construyamos nuestra casa con piedras variadas y firmes de los preceptos de Dios, para que cuando la persecución se ensañe contra los cristianos, y se levante un duro torbellino, mostremos que tenemos un edificio sobre la roca que es Cristo Jesús (Mat. VII). Pero si alguien (lo cual esté lejos de nosotros) niega, sepa que no negó a Cristo en el momento en que pareció negarlo; sino que ya tenía las semillas y raíces de la negación desde hace tiempo, y entonces se reconoció lo que tenía, y se sacó a la luz. Oremos, pues, al Señor, para que seamos un edificio que ninguna tempestad derribe, fundado sobre la roca, por nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXVII. De lo que está escrito: Muchas otras cosas exhortando anunciaba, hasta el lugar donde dice: El Espíritu Santo descendió sobre él. Cap. III.

Quien enseña el discurso del Evangelio, no anuncia una sola cosa, sino muchas. Esto es lo que la Escritura significa, diciendo: Muchas otras cosas exhortando anunciaba. Así que también otras cosas, que no están escritas, Juan predicaba al pueblo: pero considerad cuántas fueron las que anunciaban a Cristo. Porque mostró el bautismo del Espíritu Santo, predicó la salvación a los publicanos, enseñó la disciplina a los soldados, que se limpiara la era, que se cortaran los árboles, y las demás cosas que narra la historia del Evangelio. Excepto, pues, estas que están escritas, también aquellas que no están escritas, se muestra que las anunció en lo que se dice: Muchas otras cosas exhortando anunciaba al pueblo. Y como en el Evangelio según Juan se refiere de Cristo: Que muchas otras cosas habló, que no están escritas en este libro, que si se escribieran, ni el mismo mundo creo que podría contener los libros que se habrían de escribir (Juan XXI); así también en el presente lugar entiende, que tal vez Lucas, porque se anunciaban algunas cosas mayores por Juan, que no debían ser confiadas a las letras, quiso decirlas nominalmente, pero solo significó que fueron dichas: y por eso dijo: Muchas otras cosas exhortando anunciaba al pueblo. Admiramos, pues, a Juan por lo que sigue, sobre todo porque entre los nacidos de mujer no hubo mayor que Juan el Bautista (Mat. XI), y ascendió a tal opinión por el mérito de su virtud, que muchos pensaron que era el Cristo; pero hay algo mucho más admirable. Herodes el tetrarca tenía poder real, y podía matarlo cuando quisiera (Mar. VI): y habiendo hecho algo injusto, y contra la ley de Moisés, al tomar la esposa de su hermano, que tenía una hija del primer marido, no lo temió, no aceptó su persona, no pensó, como dije, en el poder real, no temió la muerte; sabía, pues, aunque no fuera profeta, que si lo provocaba, podía matarlo. Conociendo, pues, todas estas cosas, con libertad profética reprendió a Herodes, y acusó las nupcias incestuosas, y por eso fue encerrado en la cárcel, no preocupado por la muerte, no por la incertidumbre del juicio, sino que en las cadenas pensaba en Cristo, a quien había anunciado. Y como él mismo no podía ir a él, envía a sus discípulos a preguntar: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Observas, pues, que también en la cárcel enseñaba, viendo que incluso en ese lugar tenía discípulos, y por qué razón allí mismo los instruía. Entre estas cosas, también cuando surgió la cuestión sobre Jesús, envía de sus discípulos y pregunta: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Los discípulos regresan, y anuncian al maestro lo que el Salvador había mandado anunciar: armado con las palabras de quien, Juan va confiado al combate, muere con confianza, y con gusto es decapitado, fortalecido por la misma voz del Señor, creyendo que es verdaderamente el Hijo de Dios. Esto sobre Juan y su libertad, y la locura de Herodes, quien sobre muchos crímenes añadió también este, de encerrar primero a Juan en la cárcel, y después decapitarlo. Pero como el Señor fue bautizado, y los cielos se abrieron, y el Espíritu Santo descendió sobre él, y una voz tronó desde los cielos diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. XVII): se debe decir que en el bautismo de Jesús, los cielos fueron abiertos, y para la dispensación y remisión de los pecados, no de aquel que no había cometido pecado, ni se halló engaño en su boca (Efe. IV), sino de todo el mundo, los cielos fueron abiertos, y el Espíritu Santo descendió: para que después de que el Señor ascendiera a lo alto, y llevara cautiva la cautividad, nos diera el Espíritu, que había venido a él: el cual había dado, también en el tiempo de la resurrección diciendo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados: a quienes los retengáis, les serán retenidos (Juan XX). Porque el Espíritu Santo descendió sobre el Salvador en forma de paloma, ave mansa, inocente y simple. Por lo cual también se nos ordena que imitemos la inocencia de las palomas. Tal es el Espíritu Santo, puro, y volador, y que se eleva sublime. Por lo cual, orando decimos: ¿Quién me dará alas como de paloma, y descansaré? (Sal. LV); es decir, ¿quién me dará alas del Espíritu Santo? Y en otro lugar, el discurso profético promete: Si dormís entre los cleros, las alas de la paloma serán plateadas: y las partes traseras de su dorso en el verdor del oro (Sal. LXVIII). Porque si descansamos entre los cleros del Antiguo y Nuevo Testamento, se nos darán las alas de la paloma plateadas, es decir, los

discursos de Dios, y sus partes traseras resplandecientes con el fulgor y verdor del oro, para que nuestro sentido se complete con los sentidos del Espíritu Santo, es decir, que el discurso y la mente de él se completen con su venida, y no hablemos nada, ni entendamos, sino lo que él sugiera; sino que toda santificación, tanto en el corazón, como en las palabras, y en la obra, venga del Espíritu Santo en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILÍA XXVIII. De la Genealogía del Salvador, en cuanto a que en Mateo y en Lucas se refieren diferentes autores de ella. Cap. III.

Nuestro Señor y Salvador, quien es el Salvador de muchos, cuya generación la Escritura no enseñó, que fue mejor, ahora se describe como nacido según el orden de los padres. Y aunque su divinidad no está sujeta a un principio, por ti, que naciste en la carne, quiso nacer, y sin embargo, el orden de su nacimiento no es narrado de igual manera por los Evangelistas: lo cual ha perturbado mucho a algunos. Mateo, al comenzar a tejer la serie de su nacimiento, llega desde Abraham hasta decir: "La generación de Jesucristo fue así", y describe no a quien fue bautizado, sino a quien vino al mundo. Lucas, por su parte, al exponer su nacimiento, no lo lleva de lo superior a lo inferior; sino que, habiendo mencionado antes al bautizado, llega hasta el mismo Dios. Y no son las mismas personas en su generación cuando se dice que desciende y cuando asciende. Pues quien lo hizo descender del cielo, introduce no a cualquier mujer, sino a pecadoras, y a quienes la Escritura había reprendido: quien narra el bautizado, no menciona a ninguna mujer. En Mateo, como dijimos, se nombra a Tamar, quien engañó a su suegro para yacer con él, y a Rut la moabita, que no era del linaje de Israel: y a Rahab, de quien no sé de dónde fue tomada: y a la esposa de Urías, que violó el lecho de su marido. Porque nuestro Señor y Salvador vino para asumir los pecados de los hombres, y a quien no había cometido pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros: por eso, descendiendo al mundo, asumió la persona de los hombres pecadores y viciosos, y quiso nacer del linaje de Salomón, cuyos pecados están escritos, y de Roboam, cuyos delitos se cuentan, y de los demás, de los cuales muchos hicieron el mal ante los ojos de Dios. Pero cuando sube del lavacro, y se describe el segundo orden, no nace por Salomón, sino por Natán, quien reprendió a su padre por la muerte de Urías y el nacimiento de Salomón. Pero en Mateo siempre se añade el nombre de generación: aquí, sin embargo, se silencia por completo: pues está escrito allí: "Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos, Judá engendró a Fares y a Zará de Tamar", y hasta el final, siempre se añade "engendró". En Lucas, sin embargo, donde Jesús sube del lavacro, se dice hijo: "Como se suponía, hijo de José": y en tan larga serie de nombres, excepto que "se suponía hijo de José", no se añade el nombre de generación. En Mateo no está escrito "comenzaba": aquí, sin embargo, porque iba a subir del bautismo, se lee "comenzaba", refiriéndose la Escritura: "Y él era Jesús comenzando". Pues cuando fue bautizado, y asumió el misterio de la segunda generación, para que tú también destruyas el primer nacimiento, y nazcas en la segunda regeneración, entonces se dice que comenzó. Y así como el pueblo de los judíos, cuando estaba en Egipto, no tenía principio de meses: cuando salió de Egipto, entonces se le dice: "Este mes será para vosotros el principio de los meses, el primero de los meses del año" (Éxodo XII): así quien aún no ha sido bautizado, tampoco se narra que haya comenzado. Pues no debemos pensar que se añadió en vano a lo que se dice: "Él era Jesús", lo que sigue, "comenzando". Pero también lo que dice: "Como de treinta años", debe considerarse, José tenía treinta años cuando fue liberado de las cadenas, e interpretó el sueño del faraón, y se convirtió en príncipe de Egipto, y en tiempo de abundancia recogió trigo, para que en tiempo de hambre tuviera qué distribuir. Creo que los treinta años de José precedieron a los treinta años del Salvador. Este José no recogió tal trigo como aquel José en Egipto, sino el verdadero

y celestial trigo, para que en tiempo de abundancia, habiendo recogido el trigo, tuviera qué distribuir cuando el hambre fuera enviada a Egipto, no hambre de pan, ni sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios. Recoge de los profetas, de la ley, de los apóstoles, palabras de abundancia: de donde cuando ya no se escriben libros, ni se confecciona ningún nuevo instrumento, ni se envían por los apóstoles aquellas cosas que fueron llevadas por Jesús a los graneros de los apóstoles, esto es, a sus almas, y de todos los santos, distribuye y nutre a Egipto en peligro de hambre, especialmente a los hermanos, de quienes está escrito: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la Iglesia te cantaré" (Salmo XXI). Otros hombres también tienen palabras de paciencia: y palabras de juicio y otras palabras de virtudes: este es el trigo que José distribuyó a los egipcios. Pero otro es el grano que distribuyó a los hermanos, es decir, a sus discípulos de la tierra de Jesé, de la que mira al oriente, el trigo evangélico, el trigo apostólico. De este trigo debemos hacer panes, pero de tal manera que no se mezcle con la levadura vieja, y tengamos un pan nuevo del trigo de las Escrituras, y harina molida en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIX. De lo que está escrito: "Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó"; y de su primera tentación. Cap. IV.

Cuando lees en el Evangelio, "Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó", y en los Hechos de los Apóstoles donde se dice que fueron llenos del Espíritu Santo (Hechos II), no pienses que los apóstoles son iguales al Salvador: sino que reconoce que Jesús, los apóstoles, y cualquier otro de los santos están llenos del Espíritu Santo según la medida de su vasija: y como, por ejemplo, si quisieras decir, estas vasijas están llenas de vino o de aceite, no juzgas inmediatamente que están llenas en igual medida (pues una puede contener un sextario, otra una urna, otra una ánfora), de la misma manera Jesús y Pablo estaban llenos del Espíritu Santo: pero la vasija de Pablo era mucho menor que la de Jesús, y sin embargo, ambos estaban completos según su medida. Habiendo recibido el bautismo, el Salvador lleno del Espíritu Santo, que había venido sobre él en forma de paloma desde los cielos, era conducido por el espíritu. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Romanos VIII); pero él, fuera de todos, era propiamente el Hijo de Dios, por eso también debía ser guiado por el Espíritu Santo. Pues está escrito: "Era conducido al desierto por el espíritu" (Mateo IV). Jesús es tentado durante cuarenta días, y no sabemos cuáles fueron las tentaciones: quizás fueron omitidas porque eran mayores de lo que se podría creer en letras. Aunque así debe decirse, como el mundo no podía contener todos los libros, si se hubieran escrito las cosas que Jesús hizo y enseñó: así las tentaciones de cuarenta días con las que el Señor fue tentado por el diablo, el mundo no podría soportarlas, si la Escritura las hubiera enseñado. Nos basta con saber esto solamente, que estuvo cuarenta días en el desierto, y fue tentado por el diablo, y no comió nada en esos días. Mortificaba el sentido de la carne con ayuno continuo y constante: y cuando se completaron los días, tuvo hambre. Y el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. Di, dijo, a esta piedra. ¿A qué piedra? sin duda el diablo mostraba cuál quería que se convirtiera en pan. ¿Cuál es esta tentación, para que al pedir el Hijo al Padre pan, ni siquiera el adversario, el engañoso versátil, quiera dar una piedra en lugar de pan? esto es lo que el diablo quería, que la piedra se convirtiera en pan: y no más bien, que no en pan la piedra, sino que el hombre se convirtiera en piedra, que el diablo había mostrado en lugar de pan. Creo que hasta hoy el diablo muestra la piedra y exhorta a cada uno a hablar: Di que esta piedra se convierta en pan. En toda tentación en la que los hombres debían ser tentados, el Señor fue tentado primero según la asunción de la carne. Pero es tentado para que nosotros también, al vencer él, vencamos. Quizás lo que digo se vuelve oscuro, a menos que se haga más claro con un

ejemplo. Si ves a los herejes comiendo la mentira de sus dogmas en lugar de pan, sabe que su palabra es la piedra que muestra el diablo. Y no pienses que tiene una sola piedra; tiene muchas piedras, de las cuales en Mateo se le introduce diciendo: Di que estas piedras se conviertan en panes. Dijo también Marción, y la piedra del diablo se le hizo pan. Dijo Valentín, y otra piedra se le convirtió en pan. También tuvo Basilides de este tipo, y otros herejes. Por lo tanto, debemos cuidar diligentemente, no sea que comiendo la piedra del diablo, pensemos que nos alimentamos del pan de Dios. De lo contrario, ¿cuál era la tentación de convertir la piedra en pan, y que el Salvador la comiera? Supongamos que, proponiéndolo el diablo, el Señor convirtió la piedra en pan, y lo que había hecho con su poder lo comió, y sació su hambre: ¿cuál sería esa tentación, qué victoria del diablo, si esto se escribiera simplemente? Lo cual, como dijimos, visto con razón, muestra que fue una tentación si se hiciera, y una victoria, porque se despreciaron hacer. Al mismo tiempo se muestra que este pan que se hace de la piedra, no es la palabra de Dios, que alimenta al hombre, de la cual está escrito: "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, vivirá el hombre". Te responderé, oh versátil y malvado, que no temes tentarme: otro es el pan, la palabra de Dios que vivifica al hombre. Al mismo tiempo veamos que esto lo dice no el Hijo de Dios, sino el hombre, a quien el Hijo de Dios se dignó asumir, pues responde como de hombre, y dice: "Está escrito, no solo de pan vivirá el hombre" (Mateo IV); de lo cual es manifiesto, no fue Dios, sino el hombre quien fue tentado. Examinando diligentemente el sentido de las Escrituras, creo encontrar la razón por la cual Juan no describió la tentación del Señor: sino solo Mateo, Lucas y Marcos. Pues Juan, que había comenzado desde Dios diciendo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I): y no podía tejer el orden de la generación divina, sino que solo expresó que era de Dios y con Dios, añadió: "Y el Verbo se hizo carne". Pero porque Dios no puede ser tentado, de quien era su discurso: por eso no introduce que fue tentado por el diablo. Pero porque el libro de la generación de Jesucristo se narra de él en el Evangelio de Mateo, y en Lucas se describe su generación, y en Marcos es el hombre quien es tentado, por eso se lleva una respuesta similar: "no solo de pan vivirá el hombre". Si, por lo tanto, el Hijo de Dios se hizo hombre por ti, y es tentado: tú que por naturaleza eres hombre, no debes indignarte si acaso eres tentado. Pero si tentado, imitas a aquel que fue tentado por ti, y vences toda tentación, tendrás esperanza con aquel que entonces fue hombre, pero ahora ha dejado de ser hombre. Pues si quien una vez fue hombre, después de ser tentado, y el diablo se apartó de él hasta el tiempo de la muerte, resucitando de entre los muertos ya no morirá: pero todo hombre está sujeto a la muerte: por lo tanto, este que de ninguna manera muere, ya no es hombre, sino que es Dios. Pero si es Dios quien una vez fue hombre, y debes hacerte semejante a él, "Cuando seamos semejantes a él, y lo veamos tal como es", también tú deberás ser hecho Dios, en Cristo Jesús. A quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXX. Segunda tentación del Salvador. Cap. IV.

Tanto el Hijo de Dios como el Anticristo tienen el deseo de reinar. Pero también el Anticristo desea reinar, para matar a quienes se le sometan; Cristo reina para salvar. Y cada uno de nosotros, si es feliz, es gobernado por Cristo, en palabra, sabiduría, justicia, verdad. Pero si somos amantes del placer más que amantes de Dios, somos gobernados por el pecado, del cual el Apóstol habla: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal" (Romanos VI). Por lo tanto, dos reyes se apresuran a reinar: el rey del pecado, el diablo, sobre los pecadores, y el rey de la justicia, Cristo, sobre los justos. Y sabiendo el diablo que Cristo había venido para quitarle su reino, y que aquellos que estaban bajo él comenzarían a estar bajo Cristo: le muestra todos los reinos del mundo, y de los hombres de este siglo, cómo unos son

gobernados por la fornicación, otros por la avaricia, aquellos son arrastrados por la preocupación popular, estos son capturados por los encantos de la forma. Y no debemos pensar que, mostrándole los reinos del mundo, le mostró, por ejemplo, el reino de los persas o de los indios; sino que le mostró todos los reinos del mundo, es decir, su reino, cómo reinaba en el mundo, para que exhortándolo a hacer lo que quería, comenzara también a tener a Cristo como sujeto. ¿Quieres, dijo, reinar sobre estos hombres? Le mostró innumerables multitudes de hombres, que estaban bajo su dominio. Y en verdad, si queremos confesar simplemente nuestra miseria e infelicidad, el diablo es casi el rey de todo el mundo: por eso también es llamado por el Salvador el príncipe de este siglo. Por lo tanto, lo que dice: ¿Ves a estos hombres que están bajo mi reino? le mostró en un instante de tiempo, es decir, en el curso presente de los tiempos, que en comparación con la eternidad tiene el aspecto de un punto. Pues el Salvador no necesitaba que se le mostraran las dignidades de este siglo y los negocios: tan pronto como dirigió la mirada de sus ojos para contemplar, vio los pecados reinantes, y a aquellos que eran gobernados por vicios, y al mismo príncipe del siglo, el diablo, que venía y se regocijaba en su propia perdición, porque tenía a tantos bajo su dominio. Entonces el diablo dice al Señor: ¿Has venido para luchar contra mí, y quitar de mi dominio a aquellos que ahora tengo sujetos? No quiero que luches, no quiero que te esfuerces, para que no tengas ninguna molestia en la contienda. Solo hay una cosa que pido: postrándote, adórame, y toma todo el reino que tengo. Pero nuestro Señor y Salvador quiere ciertamente reinar, y que todas las naciones estén sujetas para que sirvan a la justicia, a la verdad, y a las demás virtudes; pero quiere reinar como justicia, para que reine sin esfuerzo, para que no haga nada indecoroso, y no quiere ser coronado sin esfuerzo, sujeto al diablo, ni así reinar sobre los demás, para que él mismo sea gobernado por el diablo. Por eso Jesús le habla: "Está escrito, al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás" (Mateo IV). A estos, dice, todos quiero que me sean sujetos, para que adoren al Señor Dios, y a él solo sirvan. Este es el deseo de mi reino. Pero tú quieres que tome de ti los pecados, que he venido a disolver, que también deseo quitar de los demás. Sabe y reconoce que permanezco en lo que dije, para que solo el Señor Dios sea adorado, y haga a todos estos estar bajo mi poder, y someterlos a mi reino: al cual nos alegramos de estar sujetos, y roguemos al Señor, para que mortifique el pecado reinante en nuestro cuerpo, y reine solo Cristo Jesús sobre nosotros, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXI. De la tercera tentación del Salvador. Cap. IV.

Scrutaminí las Escrituras, para que incluso en aquellas que se consideran simples, encontréis no pequeños sacramentos. Examinemos el principio de la lectura evangélica, todos los que hoy hemos escuchado, y lo que estaba oculto, salga a la luz. Llevó entonces el diablo a Jesús a Jerusalén. Esto es increíble, que el diablo condujera al Hijo de Dios, y Él lo siguiera. Lo seguía claramente como un atleta hacia la tentación, avanzando voluntariamente. No temía al tentador, ni temía las insidias del enemigo más astuto, y de alguna manera decía: Lleva a donde quieras, tiente como te plazca. Me ofrezco voluntariamente para ser tentado, soporto lo que sugieras. Me presento en cualquier cosa que intentes, me encontrarás más fuerte en todo. Lo llevó entonces a Jerusalén, y lo puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, lánzate abajo. Lo llevó a la cima, a la cúspide del templo, y lo incita a precipitarse desde allí. Lo que él proponía fraudulentamente, y bajo la apariencia de gloria, decía el Salvador: Está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Y al mismo tiempo considera cómo tiente el diablo. No se atreve a tentar de otra manera, sino tomando testimonio de los libros divinos y de los salmos, dice: Si eres Hijo de Dios, lánzate abajo; porque está escrito: Porque a sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. ¿De dónde, diablo, sabes que esto está escrito? ¿Acaso leíste a los profetas, o

conociste las palabras divinas? Aunque tú calles, yo responderé por ti. Leíste no para mejorar con la lectura de los santos, sino para matar con simplicidad a aquellos que son amigos de la letra. Sabes que si quisieras hablar de otros volúmenes, no engañarás ni tus afirmaciones tendrán autoridad. Así leía las Escrituras Marción como el diablo, así Basilides, así Valentín, para que con el diablo dijeran al Salvador: Está escrito, porque a sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra (Mat. IV). Si alguna vez escuchas un testimonio de la Escritura, ten cuidado de no asentir inmediatamente al que habla, sino considera de quién es, y de qué sentencia, de qué voluntad: no sea que finja ser santo como no lo es, y envenenado con herejía, bajo la piel de oveja se esconda un lobo, no sea que el diablo hable en él de las Escrituras. Pero así como el diablo habla de las Escrituras por ocasión de los tiempos: así, por el contrario, Pablo, para utilidad de los que escuchan, no solo toma testimonio de las Escrituras, sino también de los libros seculares, y dice: Los cretenses siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos (Tit. I, 12). Y de otro: Porque de él somos linaje (Hech. XVII, 28). Y también del Cómico: Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. XV). Pero ni el diablo, si ha hablado de las Escrituras, podrá engañarme con esta ocasión: ni Pablo, si ha tomado algún ejemplo de las letras gentiles, de cualquier manera me disuadirá con su elocuencia. Por eso Pablo tomó palabras incluso de las que están fuera, para santificarlas. Veamos entonces lo que el diablo habla de las Escrituras al Señor. Porque está escrito: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Mira cómo incluso en esos testimonios es astuto. Quiere disminuir la gloria del Salvador: como si necesitara la ayuda de los ángeles, tropezando con el pie, a menos que sea sostenido por sus manos. Toma el testimonio, e interpreta aquello de Cristo, que no es de Cristo, sino que está escrito de los santos en general. Con toda libertad y confianza contradigo al diablo, que esto no puede entenderse sobre la persona de Cristo. Porque no necesita la ayuda de los ángeles, quien es mayor que los ángeles, y ha obtenido una herencia y un nombre mejor que ellos. A ninguno de los ángeles dijo Dios jamás: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Hebr. I). A ninguno de ellos habló como a un hijo: Quien hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego ardiente (Sal. II); sino a su propio Hijo, de quien habla innumerables cosas en los profetas. No necesita, digo, la ayuda de los ángeles el Hijo de Dios. Más bien aprende, diablo, que a menos que Jesús ayude a los ángeles, tropezarán con su pie. Y si algún ángel ha parecido tropezar, de los cuales se ha leído antes, porque juzgaremos a los ángeles: por eso tropezó, porque no extendió su mano a Jesús, para que, tomado por Él, no tropezara. Porque confiando en su propia fuerza, no invocas la ayuda de Jesús, tropiezas, y no quisiste creer en Jesús Cristo Hijo de Dios. Pero para que sepas que lo interpretaste mal, y que no se entiende de Cristo, sino de los santos lo que sigue, escucha. De la ruina y del demonio del mediodía no libera Dios a Jesús Cristo, sino a los santos. Lee el salmo noventa, cuyo principio: El que habita al amparo del Altísimo, morará bajo la protección del Dios del cielo, y encontrarás que esto conviene más al hombre justo, que al Hijo de Dios: Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; pero a ti no se acercará, sin embargo, con tus ojos verás, y contemplarás la retribución de los pecadores, y lo demás, interpretando sobre la persona del justo. Pero incluso así, el diablo perversamente trae testimonios, para afirmar que se entienden sobre el Salvador, calla y pasa por alto los versículos que están escritos contra él. Pues cuando dijo: a sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra, calló lo que sigue: Sobre el áspid y el basilisco caminarás, y pisotearás al león y al dragón. ¿Por qué, diablo, callas, sino porque tú eres el basilisco, tú eres el rey de todos los reptiles, teniendo venenos más nocivos que los demás? Que tan pronto como ves a alguien, lo matas, y asumes otra fuerza contraria a ti, que se llama áspid, y está sujeta al hombre justo, y por eso callas todo. Tú eres el dragón, tú eres el león, de los cuales está escrito: Sobre el áspid y el basilisco pisotearás, y pisotearás al león y al dragón. Pero

aunque tú calles, nosotros que leemos las escrituras más correctamente, sabemos que tenemos el poder de pisotearte, y que se nos ha dado este dominio, no solo en el Antiguo Testamento como ahora se canta en el salmo, sino también en el nuevo, diciendo el Salvador: He aquí que os doy poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará (Luc. X). Tomemos las armas fortalecidos con tanto poder, y hagamos todo: para que por nuestra conducta pisoteemos al león y al dragón. Pero para que sepas cómo se pisotea al león y se aplasta al dragón, lee la Epístola de Pablo, en la que afirma que los pecadores son pisoteados por el Hijo de Dios. Así como el que es pecador es pisoteado por el Hijo de Dios: así, por el contrario, el que es justo pisotea al león y al dragón, y pisotea toda la fuerza del enemigo en el nombre de Jesucristo, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXII. De lo que está escrito: Jesús regresó en el poder del espíritu, hasta el lugar donde dice: Y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en Él. Cap. IV.

Primero, Jesús lleno del Espíritu Santo regresó del Jordán, y era llevado en el espíritu en el desierto por cuarenta días. Cuando era tentado por el diablo, porque aún iba a luchar con él, una y otra vez, no se menciona con ningún añadido del espíritu. Pero cuando superó luchando las tres tentaciones que la Escritura menciona, lo que se dice del espíritu de manera significativa y cautelosa, dice: Y Jesús regresó en el poder del espíritu. Se añadió poder, porque había pisoteado al dragón, y había vencido al tentador de cerca. Regresó entonces Jesús en el poder del espíritu a la tierra de Galilea, y su fama se extendió por toda la región acerca de Él: Él enseñaba en sus sinagogas, y era glorificado por todos. Ten cuidado de no juzgar solo a aquellos como bienaventurados, y pensar que tú eres el primero en la doctrina. Si son verdaderas las cosas que están escritas, no solo entonces en las congregaciones de los judíos, sino también hoy en esta congregación el Señor habla: y no solo en esta, sino también en otra asamblea, y en todo el mundo enseña Jesús, buscando instrumentos a través de los cuales enseñar. Orad, para que también me encuentre a mí dispuesto, apto para cantar. Porque así como el Dios omnipotente busca profetas en el tiempo en que la profecía es necesaria para los mortales, y encuentra, por ejemplo, a Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel: así busca Dios instrumentos a través de los cuales enseñar su palabra, o instruir a los pueblos en sus sinagogas, y ser glorificado por todos. Ahora Jesús es más glorificado por todos, que en aquel tiempo cuando solo era conocido en una provincia. Luego vino a Nazaret donde había sido criado, y entrando según su costumbre en la sinagoga en el día de reposo, se levantó para leer, y se le dio el libro del profeta Isaías, y desenrollando el libro encontró el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido (Mat. X). No desenrolló el libro por casualidad, y profetizando para sí mismo encontró las lecturas, sino que esto también fue providencia de Dios. Porque como está escrito: No cae un gorrión en la trampa sin la voluntad del Padre. Y porque los cabellos de la cabeza de los apóstoles están todos contados; así quizás también esto que el libro de Isaías fue encontrado principalmente; y la lectura no otra, sino esta que hablaba del misterio de Cristo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido (Isai. XV), porque Cristo es quien recuerda estas cosas, no se debe pensar que vino como le plazca y por casualidad, sino por providencia y disposición de Dios. ¿Cuáles son entonces las cosas que hablaba en el profeta, y después de sí mismo en la sinagoga resuena contemplemos. Evangelizar (dice) a los pobres me envió. Los pobres, significan las naciones. Estos eran los pobres, no poseyendo nada en absoluto, ni a Dios, ni la Ley, ni los Profetas, ni la justicia, y las demás virtudes. Por esta razón lo envió Dios, para que anunciara a los pobres: Predicar a los cautivos la remisión. Fuimos cautivos, a quienes Satanás había atado por tantos años, teniendo cautivos, y sujetos a él. Vino Jesús a predicar la remisión a los cautivos, y a los ciegos que vieran. Con su palabra, y la predicación de su

doctrina, los ciegos ven. La predicación de la remisión se entiende no solo sobre los cautivos, sino también sobre los ciegos. Liberar a los quebrantados en libertad. ¿Qué estaba tan roto, y colisionado, como el hombre que fue liberado y sanado por Jesús? Predicar el año aceptable del Señor. Según la simple inteligencia dicen, que el Salvador predicó el Evangelio en Judea por un año, y esto es lo que se dice: Predicar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución: a menos que quizás algún Sacramento en la predicación del año del Señor el divino discurso signifique. Porque habrá otros días, no tales como ahora vemos en el mundo, y otros meses, y un orden de calendarios diferente. Así como estas otras cosas, así el año del Señor será placentero. Todas estas cosas fueron predichas, para que después de la visión de la ceguera, después de la libertad de las cadenas, después de la sanidad de diversas heridas, lleguemos al año aceptable del Señor. Cuando Jesús hubo leído estas cosas, enrollando el libro lo devolvió al ministro, y se sentó, y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en Él. Y ahora si queréis, en esta sinagoga y asamblea pueden vuestros ojos estar fijos en el Salvador. Porque cuando diriges la principal mirada de tu corazón a la sabiduría, y la verdad, y al Unigénito de Dios para contemplar, tus ojos miran a Jesús. Bienaventurada congregación, de la cual la Escritura testifica, que los ojos de todos estaban fijos en Él. Cuánto desearía que esta asamblea tuviera un testimonio similar, que los ojos de todos, tanto de los catecúmenos como de los fieles, y de las mujeres y de los hombres, y de los niños no los ojos del cuerpo, sino del alma miraran a Jesús. Porque cuando miráis a Él, de su luz y mirada vuestros rostros serán más claros, y podréis decir: Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Sal. IV). A quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXIII. De lo que está escrito: Sin duda me diréis este proverbio, y lo demás, hasta el lugar donde dice: Pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio.

En Cafarnaúm, en cuanto a la luz de la historia se refiere, Jesús aún no se había detenido, ni se describe que haya hecho algún signo en ella, ya que no estuvo allí. Pero antes de que viniera a Cafarnaúm, se señala que estuvo en su patria, es decir, en Nazaret. Sin duda me diréis este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que se ha hecho en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu patria. Por lo que creo que algo de misterio se oculta en el presente discurso, y Nazaret en tipo de los judíos, Cafarnaúm en tipo de los gentiles precedió (Rom. XI). Sabiendo entonces Jesús que no tendría honor en su patria, ni él, ni el profeta, ni los apóstoles, no quiso predicar allí, sino que predicó entre los gentiles, para que no se le dijera por los hombres de su patria: Sin duda me diréis este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo. Habrá un tiempo cuando el pueblo de los judíos dirá: Todo lo que he oído que se ha hecho en Cafarnaúm entre los gentiles signos y prodigios, hazlo también entre nosotros en tu patria. Lo que has mostrado al mundo entero, muéstranos también a nosotros. Predica tu palabra al pueblo de Israel; para que al menos cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel sea salvo (Rom. XI). Por lo cual me parece que en orden consecuente a los nazarenos que preguntaban, el Salvador respondió: Ningún profeta es acepto en su patria. Y creo que más según el sacramento, que según la letra es verdad lo que se dice, aunque Jeremías en Anatot su patria no fue acepto (Jer. I), e Isaías, cualquiera que fuera su patria, y los demás profetas; pero más me parece que debe entenderse así, que digamos que la patria de todos los profetas, fue el pueblo de la circuncisión, y este no recibió a los profetas, ni sus vaticinios: pero las naciones que estaban lejos de los profetas, y no tenían su conocimiento, recibieron el vaticinio de Jesucristo. Ningún profeta es entonces acepto en su patria, es decir, en el pueblo de los judíos. Pero nosotros que éramos ajenos al testamento y peregrinos de las promesas (Efe. II), hemos recibido a los profetas con todo el corazón, y tenemos más a Moisés y a los profetas predicando de Cristo, que aquellos que por no haber recibido a Jesús,

tampoco recibieron a aquellos que anunciaron de Él. Por lo cual a lo que había dicho: Ningún profeta es acepto en su patria: y añade otra cosa: En verdad os digo, que muchas viudas había en los días de Elías en Israel, cuando el cielo fue cerrado por tres años, y seis meses. Lo que dice es tal: Elías era profeta, pero estaba en el pueblo de los judíos. Pero cuando iba a hacer algo maravilloso, aunque había muchas viudas en Israel, las dejó, y vino a una viuda en Sarepta de Sidón, a una mujer gentil, explicando la figura de lo que vendría, porque ocupando el hambre no de pan, ni de sed de agua, sino de hambre de oír la palabra de Dios, vino a la viuda, de la cual también el profeta testifica diciendo: Muchos hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Isai. LIV). Y cuando vino, multiplica su pan y sus alimentos. Tú eras la viuda en Sarepta de Sidón, de cuyos confines sale la mujer cananea, y desea que su hija sea sanada, y por la fe mereció recibir lo que pedía. Muchas viudas había entonces en el pueblo de Israel, pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a la mujer viuda en Sarepta. Pero también dice otra cosa que pertenece al mismo sentido: Muchos leprosos había en Israel en los días del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue limpiado sino Naamán el sirio, que ciertamente no era de Israel. Considera hasta el día presente muchos leprosos en Israel según la carne, ve por el contrario a los cubiertos de lepra, y al espiritual Eliseo nuestro Señor y Salvador, pero tú ser purificado por el sacramento del bautismo, y decirte: Levántate y ve al Jordán, y lávate, y se restaurará tu carne (IV Reg. V). Naamán se levantó y fue, y habló cumpliendo el misterio del bautismo, y su carne se hizo como la carne de un niño, que en el lavacro de la regeneración ha nacido en Cristo Jesús. A quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXIV. De lo que está escrito: Maestro, ¿qué bien haré para poseer la vida eterna? hasta el lugar donde dice: Ve y haz tú lo mismo.

Dado que hay muchos preceptos en la ley, el Salvador en el Evangelio solo estableció aquellos que, de manera resumida, guiarían a los obedientes hacia la vida eterna. Esto se refiere a lo que el doctor de la ley le preguntó diciendo: Maestro, ¿qué debo hacer para poseer la vida eterna? Esta lectura, según Lucas, se ha recitado hoy para ustedes: respondió: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu fuerza, con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo. Y luego. Bien, dijo, has respondido correctamente: haz esto, y vivirás. No hay duda de que recibirás la vida eterna haciendo esto, sobre lo cual también preguntó el doctor de la ley. Al mismo tiempo, se nos enseña claramente en el precepto de la ley, que debemos amar a Dios. En el Deuteronomio está escrito: Escucha, dice, Israel, el Señor tu Dios es un solo Dios. Y amarás al Señor tu Dios con toda tu mente, y lo demás, y a tu prójimo como a ti mismo (Deut. VI). Y el Salvador testificó sobre esto diciendo: En estos dos mandamientos se basa toda la Ley y los Profetas (Matt. XXII). Sin embargo, queriendo el doctor de la ley justificarse a sí mismo, y mostrar que nadie era su prójimo, y diciendo: ¿Quién es mi prójimo? el Señor introdujo una parábola, cuyo comienzo es: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó (Luc. X), y lo demás: y enseña que nadie fue prójimo del que descendía, excepto aquel que quiso guardar los preceptos, y prepararse para ser prójimo de todo hombre que necesite ayuda. Esto es lo que se pone al final de la parábola. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Pues ni el sacerdote ni el levita fueron sus prójimos: sino, como también respondió el doctor de la ley, aquel que tuvo misericordia fue su prójimo. Por lo tanto, el Salvador dice, Ve, y haz tú lo mismo. Un cierto presbítero, queriendo interpretar la parábola, decía que el hombre que descendía era Adán; Jerusalén, el paraíso; Jericó, el mundo; los ladrones, las fuerzas contrarias; el sacerdote, la Ley; el levita, los profetas; el samaritano, Cristo: las heridas, la desobediencia; el animal, el cuerpo del Señor; la posada, es decir, el establo, que recibe a todos los que quieren entrar, interpretaba como la Iglesia. Además, los

dos denarios se entendían como el Padre y el Hijo; el posadero, el presidente de la Iglesia, a quien se le ha confiado la administración. En cuanto a que el samaritano promete regresar, figuraba el advenimiento del Salvador. Aunque estas cosas se dicen razonablemente y con belleza, no se debe pensar que se aplican a todo hombre. Pues no todo hombre desciende de Jerusalén a Jericó, ni todos por eso habitan en este siglo presente: aunque aquel que fue enviado, vino por las ovejas perdidas de la casa de Israel. Por lo tanto, el hombre que descendía de Jerusalén a Jericó, porque quiso descender, por eso cayó en manos de los ladrones. Los ladrones no son otros, sino aquellos de los que el Salvador dijo: Todos los que vinieron antes de mí, fueron ladrones y salteadores (Juan X). Sin embargo, no cayó en ladrones, sino en salteadores mucho peores que los ladrones, quienes al encontrarlo descendiendo de Jerusalén, lo despojaron y le infligieron heridas. ¿Cuáles son las heridas? ¿Cuáles son las llagas con las que el hombre fue herido? Vicios y pecados. Luego, porque los salteadores que lo despojaron y lo hirieron no se quedan con el desnudo, sino que, después de infligirle nuevamente heridas, lo dejan, por eso está escrito: Despojándolo, y aplicándole heridas, se fueron, dejándolo no muerto, sino medio muerto. Sucedió que en el mismo camino primero descendió un sacerdote, luego un levita, quienes tal vez hicieron algún bien a otros hombres, pero no a este, que descendía de Jerusalén a Jericó. Pues lo vio el sacerdote, creo que la Ley lo vio: el levita, supongo, el discurso profético. Y al verlo, lo dejaron y pasaron de largo. La providencia lo reservaba para aquel que era más fuerte que la Ley y los Profetas, a saber, el Samaritano, que se interpreta como guardián. Este es el que no duerme ni dormita guardando a Israel: por el medio muerto partió este Samaritano no de Jerusalén a Jericó, como el sacerdote y el levita descendiendo: o si descendió, fue para salvar y guardar al que estaba muriendo. A quien los judíos dijeron: Eres samaritano y tienes demonio (Juan VIII). Quien, aunque negó tener demonio, no quiso negar ser samaritano. Pues sabía que era guardián. Así que cuando llegó al medio muerto, y lo vio revolcándose en su sangre, se compadeció y se acercó a él para hacerse su prójimo. Vendó sus heridas, vertió aceite mezclado con vino, y no dijo lo que está escrito en el profeta: No hay unguento para aplicar, ni aceite, ni vendajes (Isai. I). Este es el Samaritano, cuya cura y ayuda necesitan todos los que están enfermos. De la ayuda de este Samaritano necesitaba especialmente aquel que descendiendo de Jerusalén cayó en manos de los ladrones, y herido por ellos, fue dejado medio muerto. Pero para que sepas que según la providencia de Dios este Samaritano descendió para curar al que cayó en manos de los ladrones, se te enseñará claramente por el hecho de que llevaba consigo vendajes, aceite, y vino. Que yo creo, no solo para este medio muerto, sino también para otros que por diversas causas habían sido heridos, y necesitaban vendajes, aceite, y vino, el Samaritano los llevaba consigo. Tenía aceite del que está escrito: Para alegrar el rostro con aceite (Sal. II); sin duda, con el aceite también se calmarían los tumores de las heridas del que había sido curado. Pero también limpia las heridas con vino, añadiendo algo de aspereza: y al que había sido herido lo puso sobre su animal, es decir, sobre su propio cuerpo, según lo que es, dignándose asumir al hombre. Este Samaritano lleva nuestros pecados (Isai. LIII), y por nosotros sufre, lleva al medio muerto, lo introduce en la posada, es decir, en la Iglesia, que recibe a todos, y no niega su ayuda a nadie, a la cual Jesús invita a todos diciendo: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Matt. XI). Y después de introducirlo, no se va inmediatamente, sino que permanece un día en el establo con el medio muerto, y cura las heridas no solo de día, sino también de noche, dedicando su cuidado y diligencia restante. Y cuando quiere partir por la mañana, de su plata probada, de su dinero probado toma dos denarios, y carga al posadero, sin duda el ángel de la Iglesia, a quien ordena que lo cuide diligentemente, y lo lleve hasta la salud, al que por la estrechez del tiempo también él había curado. Los dos denarios me parecen ser el conocimiento del Padre y del Hijo, y el conocimiento del sacramento, de cómo el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre: quien quiere, se le dan recompensas al ángel,

para que cuide más diligentemente al hombre encomendado a él, y se le promete que todo lo que gaste de lo suyo en la curación del medio muerto, le será devuelto inmediatamente. Verdaderamente este guardián de la Ley y de las almas de los profetas es más cercano, quien hizo misericordia al que cayó en manos de los ladrones, y apareció como su prójimo no tanto en palabra como en obra. Porque es posible, según lo que sigue, imitar a Cristo, y tener misericordia de aquellos que cayeron en manos de los ladrones, acercarse a ellos, vendar las heridas, verter aceite y vino, ponerlos sobre nuestro propio animal, y llevar sus cargas; por eso, exhortándonos a tales cosas el Hijo de Dios, no solo habla al doctor de la ley, sino también a todos nosotros: Ve y haz tú lo mismo. Si hacemos lo mismo, obtendremos la vida eterna en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXV. De lo que está escrito: Cuando vayas con tu adversario, y lo demás, hasta el lugar donde dice: Y pagarás hasta el último céntimo.

Si no tuviéramos innato en nuestra naturaleza el juicio de lo que es justo, nunca el Salvador diría: "¿Y por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?" (Luc. XII). Sin embargo, para no extendernos demasiado en la demostración de esta sentencia, especialmente cuando muchos temas más difíciles están vinculados a este capítulo, bastará con haber señalado a los soberbios. Más bien, despleguemos las velas de nuestras almas hacia Dios y supliquemos la venida de su palabra, para que interprete la parábola sobre la cual está escrito: "Cuando vayas con tu adversario al magistrado, en el camino da lo mejor de ti para librarte de él, no sea que te entregue al juez, y el juez te entregue al alguacil, y seas echado en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo" (Ibídem).

Veo que se mencionan cuatro personas: el adversario, el magistrado, el juez y el alguacil. Y dado que el evangelista Mateo parece haber dicho algo similar en lo que dice: "Ponte de acuerdo con tu adversario mientras vas con él por el camino", me pregunto si es el mismo sentido o si hay alguna diferencia, ya que en Mateo se omite una persona y se cambia otra. Se omite el magistrado y se introduce un servidor en lugar del alguacil; el adversario y el juez son mencionados de manera similar por ambos. Así que vamos con nuestro adversario al magistrado, y es necesario que, mientras aún estamos en el camino, trabajemos arduamente para liberarnos de él.

Porque es una palabra ambigua, y puede referirse tanto al magistrado como al adversario: "No sea que te entregue", ya sea el adversario o el magistrado, al juez, y el juez te entregue al alguacil, y no saldrás de allí hasta que pagues el último céntimo: por lo cual Mateo dice: "Hasta que pagues el último cuadrante" (Mat. V). Ambos escriben la palabra "último": sin embargo, parecen diferir en que aquí se menciona un cuadrante, y allí un céntimo. Hay ciertos secretos que debo tocar para entender que el adversario es uno, y las otras tres personas son el magistrado, el juez y el alguacil.

Leemos (si a alguien le agrada recibir tal Escritura) sobre los ángeles de la justicia y la iniquidad discutiendo sobre la salvación y la destrucción de Abraham, mientras ambos grupos quieren reclamarlo para su propio bando. Si a alguien no le agrada, pase al volumen titulado "El Pastor", y encontrará que a todos los hombres se les asignan dos ángeles: uno malo, que incita al mal, y uno bueno, que persuade a todo lo bueno. Se escribe en otro lugar que hay ángeles dobles que asisten al hombre, ya sea para bien o para mal. El Salvador también menciona a los buenos, diciendo: "Sus ángeles ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos" (Mat. XVIII).

Pregúntate si los ángeles de los pequeños en la Iglesia siempre ven el rostro del Padre, y si los ángeles de los demás no tienen la libertad de mirar el rostro del Padre: porque no se puede esperar que los ángeles de todos vean el rostro del Padre que está en los cielos. Si soy de la Iglesia, aunque sea el más pequeño, mi ángel tiene la libertad y la confianza de ver siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos. Pero si estoy fuera, y no de esa Iglesia que no tiene mancha ni arruga (Efes. V), o algo de ese tipo, y en realidad se prueba que soy ajeno a tal congregación, mi ángel no tiene la confianza de mirar el rostro de mi Padre que está en los cielos.

Por esta razón, los ángeles están preocupados por los buenos, sabiendo que si nos guían bien y nos llevan a la salvación, también ellos tendrán la confianza de ver el rostro del Padre. Porque así como por su cuidado e industria se obtiene la salvación para los hombres, siempre contemplan el rostro del Padre: así, si por su negligencia el hombre cae, tampoco ignoran que es asunto de su propio peligro. Y así como un buen obispo y un excelente administrador de la Iglesia sabe que es mérito y virtud suya si las ovejas del rebaño que le fue confiado son guardadas, así también entiende de los ángeles. Es una ignominia para el ángel si un hombre justo le fue confiado y peca: al contrario, es gloria para el ángel si al menos el más pequeño en la Iglesia le fue confiado. Porque verán no alguna vez, sino siempre, el rostro del Padre que está en los cielos, mientras que otros no lo verán siempre. Según el mérito de aquellos de quienes son ángeles, los ángeles contemplarán el rostro de Dios siempre, nunca, poco o mucho. De lo cual Dios tiene pleno conocimiento, y si alguien (aunque raramente) es encontrado a quien Cristo ha iluminado.

Veamos, pues, primero quién es el adversario con quien hacemos el camino. Siempre está con nosotros el adversario. Infelices y miserables de nosotros. Cada vez que pecamos, nuestro adversario se regocija, sabiendo que tiene la facultad ante el príncipe de este mundo, quien lo envió, de regocijarse y gloriarse, porque el adversario, por ejemplo, de este o aquel, lo ha hecho sujeto al príncipe de este mundo por tales y tantos pecados, por este o aquel delito. Sin embargo, a veces sucede que si alguien está preparado con la armadura de Dios, y se cubre por todas partes, el adversario intenta herir, pero no tiene la facultad de golpear.

Siempre camina con nosotros el adversario, nunca nos abandona, busca la ocasión de emboscadas, si de alguna manera puede subvertirnos, para que en el principal [ἡγεμονικῶ] de nuestro corazón introduzca un mal pensamiento. Cuando vas al magistrado. ¿Quién es este magistrado? Cuando el Altísimo dividía las naciones, cuando dispersaba a los hijos de Adán, estableció los límites de las naciones según el número de los ángeles de Dios, y la porción del Señor fue su pueblo Jacob, la cuerda de su herencia fue Israel (Deut. X). Por lo tanto, desde el principio, la tierra fue dividida entre los magistrados, es decir, los ángeles. Daniel, de hecho, testifica más claramente que los ángeles que Moisés nombró son magistrados, diciendo: "El príncipe del reino de Persia, y el príncipe del reino de Grecia, y Miguel, príncipe de las naciones". Y cada uno de nosotros tiene un adversario adherido, cuyo trabajo es llevarnos al magistrado, y decir: Oh magistrado, por ejemplo, del reino de Persia, este que estaba debajo de ti, lo he guardado como era necesario: ninguno de los otros magistrados pudo llevárselo, ni siquiera aquel que se jactaba de haber venido para arrebatarse a los hombres de todas las herencias de Persia, o de Grecia, y de todas las naciones, y hacerlos sujetos a la herencia de Dios.

Cristo nuestro Señor venció a todos los magistrados, y pasando sus límites, trasladó a los pueblos cautivos a sí mismo para la salvación. Y tú eras de la parte de algún magistrado: vino Jesús y te arrebató de la potestad perversa, y te ofreció a Dios Padre. Por lo tanto, nuestro adversario camina, llevándonos a su magistrado. Por lo cual, creyendo que todas las palabras

de las Escrituras tienen razón, no creo que el juez esté puesto en griego con el artículo, que es un significador de singularidad; pero el magistrado está escrito sin artículo, simplemente.

Cuando vas con tu adversario. Significativamente dice, "tu". Porque no todos son adversarios de todos, sino que cada uno tiene su propio adversario, que lo sigue por todas partes y es su compañero. Cuando vas con tu adversario al magistrado. No puso el magistrado con el artículo, para no parecer mostrar uno en particular; sino sin artículo, para mostrar que de entre muchos es uno: lo cual se entiende mejor en griego. Porque cada uno de nosotros no tiene un magistrado propio. El que es sirio, está bajo el magistrado de los sirios, y cada uno está bajo el magistrado de su nación: si hasta aquí me basta haber avanzado, y de esta discusión pasar a otra mayor, para también mencionar a las demás naciones. Por lo cual se dice: "Mirad a Israel según la carne" (Num. XI).

Para el prudente, comenzar es decir: aunque también este discurso comenzó en el pueblo. El que te quiere, dice, llevar a su magistrado, y ser conducido por otro magistrado, cuando vas con tu adversario al magistrado, en el camino da lo mejor de ti para liberarte de él. A menos que trabajes con todo esfuerzo, mientras aún recorres el camino, antes de que entres al magistrado, antes de que el magistrado te entregue al juez preparado por el adversario, después intentarás en vano. Da, pues, lo mejor de ti para liberarte de él, ya sea del magistrado al que te lleva el adversario. Da lo mejor de ti para tener sabiduría, justicia, fortaleza y templanza, y entonces se cumplirá: "He aquí el hombre, sus obras ante su rostro". A menos que des lo mejor de ti, no podrás romper el pacto del adversario, cuya amistad es en Dios.

Cuando vas con tu adversario al magistrado, en el camino da lo mejor de ti. Hay algo oculto en este lugar, y es un secreto, en el camino da lo mejor de ti. El Salvador dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV). Si das lo mejor de ti para liberarte del adversario, permanece en el camino: y cuando estés en aquel que dice: "Yo soy el camino", no basta con haber permanecido, sino da lo mejor de ti para liberarte del adversario. A menos que des lo mejor de ti para liberarte del adversario, escucha lo que te seguirá. Te lleva al juez el adversario, o el magistrado cuando te haya recibido del adversario, te lleva al juez. Qué elegante palabra, te lleva, para mostrar de alguna manera que los que se resisten y no quieren son llevados y obligados a ir a la condenación. ¿Quién, pues, siendo homicida, va con paso rápido al juez? ¿Quién se apresura alegremente a su condenación, y no es llevado a la fuerza, resistiendo?

Porque sabe que va para recibir la sentencia de muerte. No sea que te lleve al juez. ¿Quién crees que es este juez? No conozco otro juez que no sea mi Señor Jesucristo, de quien se dice en otro lugar. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Y de nuevo: "El que me confiese, yo también lo confesaré ante mi Padre que está en los cielos" (Mat. XXV). Pero el que me niegue ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos. Te lleva al juez, y el juez te entrega al alguacil.

Cada uno de nosotros sufre una pérdida por cada pecado, y según la calidad y razón del delito, se calcula la magnitud de la pérdida. Debo traer algún testimonio de las Escrituras sobre la pérdida y la multa de dinero. Uno sufre una pérdida de quinientos denarios, y los debe, otro es condenado a cincuenta denarios: suma que ambos reciben del acreedor. Además, otro, como dice la Escritura: "Le fue presentado uno que debía diez mil talentos" (Mat. XVIII), es condenado a diez mil talentos. ¿Y qué necesidad tengo de seguir más? Cada uno, según la calidad y cantidad del pecado, paga una sentencia de multa diferente. Si es poco lo que pecas, serás golpeado con la pérdida de un céntimo, como escribió Lucas, o como

Mateo, de un cuadrante. Sin embargo, también es necesario pagar incluso lo que se debe, por pequeño que sea. No saldrás de allí hasta que pagues incluso lo más mínimo.

El que es fiel no sufre ninguna pérdida, sino que diariamente se enriquece: "Porque todo el mundo es su riqueza" (357-358). Pero el infiel no tiene ni un óbolo. Uno es condenado a un denario, otro a una mina, otro a un talento. Y el encargado de este asunto, que conoce las medidas de todos los pecados. Este delito es condenado a un talento: ese pecado merece una multa de este tipo. Porque está escrito: "Cuando comenzó a hacer cuentas". Debe calcularse la gracia para todos nosotros. No hay otro tiempo para hacer cuentas que el tiempo del juicio, cuando se conocerá claramente qué se nos confió, y qué ganancia o pérdida hemos hecho, quién de nosotros recibió una mina, quién un talento, quién dos, quién cinco (Mat. XXV).

No es necesario indicar más, cuando basta con decir en general que daremos cuenta: y si somos encontrados deudores, seremos llevados al juez, y el juez nos entregará al alguacil. Cada uno de nosotros tiene su propio alguacil: pero toda la multitud es entregada a muchos, según lo que está escrito en Isaías: "Mi pueblo, tus exatores te despojan, y los que son poderosos dominan sobre ti" (Isai. III). Dominan los exatores, si debemos algo. Pero si tenemos confianza, y hemos vivido con frente libre, guardaré el precepto con gusto: "Pagad a todos lo que debéis, al que tributo, tributo: al que temor, temor: al que impuesto, impuesto: al que honor, honor" (Rom. XIII).

Si he pagado todo a todos, vengo al exactor, y con mente intrépida respondo, No te debo nada. Viene el exactor a exigir, le resisto. Porque sé que si no debo nada, no tiene poder sobre mí. Pero si soy deudor, mi exactor me enviará a la cárcel, en el orden que se ha dicho. Porque el adversario me lleva al magistrado, el magistrado al juez, y el juez me entregará al exactor, y el exactor me enviará a la cárcel. ¿Cuál es la ley de esta cárcel? No saldré de ella, ni el exactor me permitirá salir, hasta que haya pagado toda la deuda. El exactor no tiene poder para concederme siquiera un cuadrante, o la porción más pequeña, hay uno que puede conceder a los deudores que no tienen con qué pagar. "Se acercó", dice, "a él uno que debía quinientos denarios, y otro cincuenta: y como no tenían con qué pagar, a ambos les perdonó" (Luc. VII).

El que perdonó es el Señor: pero este que es exactor, no es el señor, sino que ha sido puesto por el señor para exigir las deudas. No fuiste digno de que se te perdonaran quinientos o cincuenta denarios, ni mereciste oír, se te han perdonado tus pecados: sino que eres enviado a la cárcel, y allí se te exige por el trabajo y las obras, o por los castigos y suplicios, y no saldrás de allí hasta que pagues el cuadrante, o el último céntimo, que en griego puede decirse tenue. Pero nuestros pecados son gruesos. Porque está escrito: "Se ha engrosado el corazón de este pueblo" (Mat. XIII; Act. XXVIII). O en comparación con algo mayor, tenue y sutil. Bienaventurado, pues, primero el que no peca, en segundo lugar que en comparación alguien tenga al menos un pecado tenue. Y entre esos también tenues y sutiles, hay diversidad de pecados. Si no hubiera dinero sutil, nunca se diría: "No saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante". ¿Cómo sin dinero se diría el último céntimo, que es denario, o moneda, o óbolo, o estatera? Pero si debemos una gran cantidad de dinero, como aquel que se escribe que debía diez mil talentos (Mat. XVIII), cuánto tiempo estaremos encerrados en la cárcel, hasta que paguemos la deuda, no puedo pronunciarlo claramente. Porque si el que debe poco, no saldrá hasta que pague el último cuadrante: ciertamente al que está sujeto a tanta deuda se le contarán siglos infinitos para pagar la deuda. Por lo tanto, demos lo mejor de nosotros para liberarnos del adversario, mientras estamos en el camino, y unámonos al Señor Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

359-360 HOMILÍA XXXVI. De lo que está escrito: "El que quiera salvar su vida, la perderá", hasta el lugar donde dice: "El reino de Dios está dentro de vosotros".

"El que busque", dice, "salvar su vida, la perderá, y el que la pierda, la salvará". Los mártires buscan salvar su vida: por eso la pierden, para salvarla. Pero los que quieren salvar su vida, para no perderla, estos pierden tanto el cuerpo como el alma juntos en el infierno. Por lo tanto, no temáis a los que pueden matar el cuerpo, dice, sino temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno (Luc. XVII). Esto lo hemos dicho brevemente según las fuerzas de nuestro ingenio. Pero el hombre natural no recibe las cosas que son del espíritu (I Cor. II): y por eso no puede salvarse. Se siembra cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual (I Cor. XV). Pero el que se adhiere al Señor, se convierte en un solo espíritu. Si, pues, el que se une al Señor, siendo animal, se transforma en espiritual, y es un solo espíritu: nosotros también perdamos nuestra alma, para que, adhiriéndonos al Señor, seamos transformados en un solo espíritu.

Pero también sobre el reino de Dios, interrogado, respondió el Salvador a los fariseos: "Cuando venga", dice, "no vendrá el reino de Dios con observación, ni dirán, he aquí, o he allí. Porque el reino de Dios está dentro de vosotros" (Luc. XVII). No a todos dice el Salvador, "el reino de Dios está dentro de vosotros": porque en los pecadores está el reino del pecado, y sin ninguna ambigüedad, o el reino del pecado, o el reino de Dios reina en nuestro corazón. Por lo cual, ya sea lo que hacemos, ya sea lo que hablamos, ya sea lo que pensamos, contemplemos con más atención, y entonces veremos si el imperio de Dios reina en nosotros, o el imperio de los delitos. Conociendo esta diversidad, el Apóstol advierte a algunos, diciendo: "No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal" (Rom. VI).

Si alguno de nosotros desea el reino de Dios, es gobernado por él. Si alguno es atormentado por el ardor de la avaricia, es gobernado por la avaricia. Pero el que tiene la injusticia como reina, es gobernado por ella. El que se eleva por la ambición de la vana gloria, le gobierna la fama popular. El que se aflige, el que teme algo, el que ama, el que desea, cada uno de ellos le gobierna, según es poseído por diversas perturbaciones. Conociendo todas estas cosas, y cuántos son los géneros de reinos, levantémonos y oremos a Dios, para que quite de nosotros el reino del enemigo, y podamos estar bajo el reino de Dios omnipotente, es decir, bajo el reino de la sabiduría, la paz, la justicia, la verdad, que todas se entienden en el unigénito Hijo de Dios, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXVII. De lo que los discípulos desataron el pollino de la asna.

Se leyó en el Evangelio según Lucas, cómo cuando el Salvador llegó a Betfagé y Betania, cerca del monte de los Olivos, envió a dos de sus discípulos para que desataran un pollino de asna que estaba atado, y sobre el cual ningún hombre había montado jamás (Luc. XIX). Esto me parece que pertenece más a una comprensión más profunda que a una simple historia. El asno estaba atado. ¿Dónde? Frente a Betfagé y Betania. De las cuales Betania se interpreta como casa de obediencia, y Betfagé, casa de las mandíbulas: un lugar sacerdotal, pues las mandíbulas se daban a los sacerdotes, como se prescribe en la ley. Allí, donde hay obediencia, donde el lugar está dedicado a los sacerdotes, el Salvador envía a sus discípulos para que desaten el pollino de asna sobre el cual ningún hombre había montado jamás. Ahora bien, ¿qué otra cosa puede montar sobre un asno sino un hombre? Quiero tomar un ejemplo por un momento, para que lo que voy a decir pueda ser entendido. Está escrito en Isaías: Visión de cuadrúpedos en tribulación y angustia (Isai. XXX), y lo demás, hasta el lugar donde dice: No les servirán de nada las riquezas de las víboras. Cada uno de nosotros

considere cuántas riquezas de víboras ha llevado antes, cuántas riquezas de bestias, y cómo nunca un hombre racional ha montado sobre nuestro asno, ni la palabra de Moisés, ni de Isaías, ni de Jeremías, ni de todos los demás profetas: y verá entonces que la palabra de Dios y la razón se han sentado sobre nosotros, cuando vino el Señor Jesús, y ordenó a sus discípulos que fueran a desatar el pollino de asna, que antes estaba atado, para que caminara libre. Así, el pollino de asna desatado es llevado a Jesús, para cuya liberación había enviado a sus discípulos diciendo: Si alguien os pregunta por qué desatáis el pollino, decidle que el Señor lo necesita. Muchos eran los dueños de este pollino antes de que el Salvador lo necesitara: pero después de que él comenzó a ser el dueño, cesaron de ser muchos dueños. Nadie puede servir a Dios y a las riquezas. Cuando servimos a la maldad, estamos sujetos a muchas pasiones y vicios. Por tanto, el pollino es desatado porque el Señor lo necesita. Vosotros sois el pollino de asna, ¿qué necesita de vosotros el Hijo de Dios? ¿Qué espera de vosotros? Necesita vuestra salvación, desea que seáis liberados de las cadenas del pecado. Luego, los discípulos ponen sus vestiduras sobre el asno y hacen que el Salvador se siente. Asumen la palabra de Dios y la colocan sobre las almas de los oyentes. Se despojan de sus vestiduras y las extienden en el camino. Sobre nosotros están las vestiduras de los apóstoles: sus buenas obras son nuestros ornamentos, los apóstoles quieren que sus vestiduras sean pisadas por nosotros. Y en verdad, el asno desatado por los discípulos y llevado a Jesús, cae sobre las vestiduras de los apóstoles cuando imita su doctrina y vida. ¿Quién de nosotros es tan bendito que Jesús se siente sobre él? Mientras estuvo en el monte, permanecía con sus apóstoles: pero cuando comenzó a acercarse al descenso, entonces la multitud de gente salió a su encuentro. Si no hubiera venido al descenso, la multitud no podría haber salido a su encuentro. Descendió, se sentó sobre el pollino de asna, y todo el pueblo con una sola voz alababa a Dios. Lo cual, al ver los fariseos, decían al Señor: Repréndelos. A lo que él respondió: Si estos callan, las piedras clamarán (Mat. III). Cuando nosotros hablamos, las piedras callan: cuando nosotros llamamos, las piedras claman. Porque el Señor puede de estas piedras suscitar hijos a Abraham. ¿Cuándo callaremos? Cuando se enfríe la caridad de muchos, cuando se cumpla lo que fue predicado por el Salvador: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra? Por eso, supliquemos la misericordia del Señor, para que no sea que, al callar nosotros, las piedras clamen; sino que hablemos y alabemos a Dios en el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo: a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXVIII. De lo que está escrito: Cuando se acercó, vio la ciudad y lloró sobre ella, hasta el lugar donde dice: Expulsó a todos los que vendían palomas. Cap. XIX.

Cuando nuestro Señor se acercó a Jerusalén, al verla lloró, y dijo: Si también tú conocieras en este día lo que te pertenece para la paz; pero ahora está oculto a tus ojos, porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te rodearán con un vallado. Son sacramentos lo que se dice, y esperamos, con la ayuda de Dios, poder revelar lo que está oculto. Primero, veamos su llanto. Todas las bienaventuranzas que Jesús pronunció en el Evangelio, las confirma con su ejemplo, y lo que enseñó, lo prueba con su testimonio. Bienaventurados, dice, los mansos. Esto es similar a lo que dijo de sí mismo: Aprended de mí, que soy manso (Mat. XI). Bienaventurados los pacificadores: y ¿quién más pacificador que mi Señor Jesús, que es nuestra paz, que deshizo la enemistad y la destruyó en su carne? Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia. Nadie sufrió persecución por la justicia como el Señor Jesús, que fue crucificado por nuestros pecados. Por tanto, el Señor mostró en sí mismo todas las bienaventuranzas. A semejanza de esto, también lo que dijo, Bienaventurados los que lloran, él mismo lloró, para sentar los fundamentos de esta bienaventuranza también. Lloró sobre Jerusalén, diciendo: Si conocieras también tú en este día lo que te pertenece para la paz,

pero ahora está oculto a tus ojos, y lo demás, hasta el lugar donde dice: Porque no conociste el tiempo de tu visitación. Alguno de los oyentes podría decir: Lo que se dice es manifiesto y se cumplió en Jerusalén. Pues el ejército romano la rodeó y la devastó hasta la destrucción, y vendrá el tiempo cuando no quedará piedra sobre piedra en ella. No niego que aquella Jerusalén fue destruida por los crímenes de sus habitantes, pero me pregunto si este llanto también se refiere a nuestra Jerusalén. Nosotros somos la Jerusalén que se llora, que nos parece tener una mayor visión. Si después de los misterios de la verdad, después de la palabra del Evangelio, después de la doctrina de la Iglesia, después de la visión de sus sacramentos, alguno de nosotros peca, es lamentado y llorado. Ningún gentil es llorado, sino aquel que fue de Jerusalén, porque después de los pecados, los enemigos la rodean, es decir, las fuerzas contrarias, los espíritus malignos, y levantan un vallado a su alrededor, y la asedian, y no dejan piedra sobre piedra: especialmente si después de mucha continencia, después de algunos años de castidad, alguien es vencido, seducido por los halagos de la carne, y pierde la paciencia y la castidad. Si has fornicado, no dejarán piedra sobre piedra en ti. Pues dice en otro lugar: No recordaré las justicias anteriores: en su pecado, en el que fue sorprendido, en él lo juzgaré (Ezequiel XXVIII). Esta es, por tanto, la Jerusalén que se llora. Después de lo cual se dice: Entró en el templo. Y cuando hubo entrado, expulsó a los que vendían palomas. No expulsó a los compradores, pues quienes compran, poseen lo que han comprado. Jesús expulsó del templo del Padre a aquellos que venden y desechan lo que tenían, a semejanza de aquel hijo pródigo que tomó su herencia del padre y la desperdició viviendo disolutamente (Luc. XV). Si alguien, por tanto, vende, es expulsado, especialmente si vendía palomas. ¿Por qué no mencionó otras aves sino palomas? Este animal es simple y decoroso. Temo que también en nosotros se encuentre un vicio de este tipo. Pues si lo que me ha sido revelado por el Espíritu Santo, y confiado para que lo divulgue, lo vendo por un precio, y no enseño sin recompensa, ¿qué otra cosa hago sino vender palomas, es decir, al Espíritu Santo? Y cuando lo he vendido, soy expulsado del templo de Dios. Por lo tanto, roguemos al Señor, que todos compremos más bien que vendamos. Pues si no vendemos, conocemos y entendemos nuestra salvación: de lo contrario, los enemigos rodearán nuestra ciudad. Y si alguna vez el ejército hostil nos ha cercado, no mereceremos las lágrimas de Dios. Levantémonos, pues, temprano, y supliquemos al Señor, para que al menos podamos comer las migajas que caen de su mesa. La Escritura se maravilla de que la reina de Saba viniera desde los confines de la tierra a escuchar la sabiduría de Salomón: y cuando vio el banquete, y el mobiliario, y los servicios de su casa, se asombró, y quedó toda maravillada (III Reg. X). Si nosotros no abrazamos con gusto tantas riquezas de nuestro Señor, tanta abundancia de palabras, y de doctrinas, si no comemos el pan de vida, si no nos alimentamos de la carne de Cristo, y bebemos su sangre, si despreciamos los banquetes de nuestro Salvador, debemos saber que Dios tiene tanto benignidad como severidad. De las cuales debemos orar más por su benignidad, en Cristo Jesús nuestro Señor: a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXXIX. Sobre la cuestión de los saduceos, que propusieron al Señor, de la mujer que tuvo siete maridos; y nuevamente sobre el denario que el Salvador mandó mostrarle. Cap. XX.

Hay una herejía entre los judíos, que se llama de los saduceos, que niega la resurrección de los muertos, y cree que el alma perece con el cuerpo, y que después de la muerte no hay más vida. Por lo tanto, proponiendo una cuestión al Señor, compusieron la fábula de la mujer de siete maridos, que después del primer marido, para resucitar la descendencia del primero, tomó otro: y cuando este murió, también un tercero, y nuevamente un cuarto: y de esta manera llegó hasta el séptimo. Se pregunta, por tanto, en la resurrección de los muertos, quién de los siete hermanos la reclamará como esposa. Este problema, insidiosos con las

palabras del Salvador, lo propusieron en el momento en que lo vieron enseñar a los discípulos sobre la resurrección. A los cuales el Salvador respondió: Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios. En la resurrección de los muertos ni se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles en los cielos. Quienes serán como ángeles, ciertamente serán ángeles. Al mismo tiempo, se debe aprender que los ángeles no tienen matrimonios. Aquí, donde hay muerte, y matrimonios, y se necesitan hijos: donde son inmortales, no se necesita ni matrimonio ni hijos. Propondré una cuestión muy molesta para mí, y que no se resuelve fácilmente, desde la perspectiva de aquellos que son muy estudiosos de las Escrituras, y meditan día y noche en la Ley del Señor (Sal. I). ¿Dónde, dicen, está escrito: Que ni se casarán ni se darán en matrimonio? Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, recorriéndolos de memoria y mente, no recuerdo haber leído tal cosa. Si acaso me equivoco, que quien sepa más me enseñe. Aprendo con gusto lo que no sé. Pero según creo, ni en el antiguo ni en el nuevo instrumento se encontrará tal cosa. Todo su error surge de la lectura profética, que no entienden: de las cuales está en Isaías: Mis lechos no tendrán hijos en maldición (Isai. LXV). Y en Deuteronomio en las bendiciones: Benditos los hijos de tu vientre (Deut. XXVIII). Y piensan que estas cosas sucederán en la resurrección, no entendiendo que se predicen bendiciones espirituales. Pues Pablo, el vaso de elección, interpretando espiritualmente todas estas bendiciones que se ponen en la Ley, y sabiendo que no son carnales, habla a los Efesios: Bendito sea Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual, cuando resucitando de los muertos alcanzamos la bienaventuranza eterna (Efe. I). Pero también en los salmos, encontrando algo similar, caen en el mismo error. Tu esposa, dice, como vid fecunda en los lados de tu casa, tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa (Sal. CXXVII), hasta el lugar donde dice: Bendígate el Señor desde Sion, y veas los bienes de Jerusalén. Por tanto, cuando Jerusalén sea instruida, y restaurada a su estado antiguo, entonces verá los bienes que la Escritura menciona. Quienes entienden espiritualmente a Jerusalén, y saben que se dice de la que es celestial, la que está arriba, que es nuestra madre (Gal. IV); verán los bienes de los que hemos hablado a menudo, y lo que ahora hemos puesto del salmo: Tu esposa como vid fecunda en los lados de tu casa, tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa. Todas estas cosas, entendidas corporalmente por los saduceos, que eran una parte de los judíos, dice el Salvador: No conocéis las Escrituras, ni el poder de Dios. Estas cosas sobre la cuestión que los saduceos propusieron al Señor, sean dichas brevemente. Ahora bien, lo que se añadió sobre la imagen de César, también sobre esto debemos decir algunas cosas brevemente. Algunos piensan que fue dicho por el Salvador simplemente: Dad al César lo que es del César, es decir, pagad el tributo que debéis. ¿Quién de nosotros contradice el pago de tributos al César? Por tanto, el lugar tiene algo de místico y secreto. Hay dos imágenes del hombre, una que recibió de Dios al ser creado al principio, como está escrito en Génesis: Según la imagen y semejanza de Dios (Gen. I); otra del hombre terrenal, es decir, terrenal, después de que por la desobediencia y el pecado fue expulsado del paraíso, la asumió, persuadido por las seducciones del príncipe de este mundo. Así como la moneda y el denario tienen la imagen de los emperadores del mundo; así quien hace las obras del gobernante de estas tinieblas, lleva la imagen de aquel cuyas obras tiene; la cual Jesús mandó que se devolviera y se desechara de nuestro rostro, y se asumiera aquella imagen, según la cual desde el principio fuimos creados a semejanza de Dios. Y así se hace, que lo que es del César, al César, y lo que es de Dios, lo devolvamos a Dios. Mostradme, dice, una moneda. Por la cual en Mateo se escribe denario (Mat. XXII, 19). Y cuando lo hubo recibido, dijo: ¿De quién es la inscripción? Y ellos respondiendo, dijeron: Del César. A los cuales nuevamente; dad, pues, dice, lo que es del César al César, y lo que es de Dios a Dios. Cuya consecuencia también Pablo habló, diciendo: Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial (I Cor. XV). Por tanto, lo que dice: Dad lo que es del César al César, dice

esto: Deponed la persona del terrenal, desechad la imagen terrenal, para que podáis imponeros la persona del celestial, y devolver lo que es de Dios a Dios. Dios nos reclama. ¿Qué reclama? Lee a Moisés: Y ahora, ¿qué reclama el Señor de ti? y lo demás que sigue. Por tanto, Dios nos pide y suplica, no porque necesite algo que le demos: pide y después de que le hayamos dado, nos lo devuelve para salvación. Para que esto sea más claro, pondré la parábola de las minas. Quien había recibido una mina, y había hecho diez; y la ofreció al Señor, de quien había recibido la mina, recibió también otra que antes no tenía. Pues la mina de aquel que no había multiplicado lo que recibió, el Señor manda que se le quite, y se dé a quien tiene otras. Quitadle, dice, la mina, y dadla a quien tiene diez minas. Y de esta manera lo que hayamos dado a Dios, él mismo nos lo devolverá con lo que antes no teníamos. Dios exige y pide de nosotros, para tener ocasión de dar, para que él mismo otorgue a quien ha dado. Pues su gracia es la mina duplicada, y dignos son aquellos a quienes se les ha dado más de lo que esperaban. Por tanto, levantémonos y oremos a Dios, para que seamos dignos de ofrecerle dones que nos devuelva, y que por los terrenales nos otorgue los celestiales, en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.